

*Hay bailes por los que
merece la pena morir*

MI VALS CON LA
MUERTE

KELLY DREAMS

A man with a beard and intense gaze is shown from the chest up, wearing a dark, heavy hooded cloak. He is set against a dark, starry night sky with wispy clouds and a bright, glowing light source on the right side. The overall mood is mysterious and dramatic.

*Hay bailes por los que
merece la pena morir*

MI VALS CON LA
MUERTE

KELLY DREAMS

MI VALS CON LA MUERTE

Kelly Dreams

COPYRIGHT

MI VALS CON LA MUERTE

© 1ª edición abril 2020

© Kelly Dreams

Portada: © <https://stock.adobe.com/es/>

Diseño Portada: Kelly Dreams

Maquetación: Kelly Dreams

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del copyright.

DEDICATORIA

A mis lectoras,
Gracias por seguir confiando en mis historias.

Kelly Dreams

SINOPSIS

Traicionado por los dioses a los que servía, *Reaper* es condenado a pasar el resto de sus días en el *Inframundo*. Lo que prometía ser el final, se convierte en una larga condena cuando la Muerte decide que no es su momento y lo trae de vuelta, dejándolo a merced de Hades.

Ahora es un *Segador*, encargado de conducir a las almas que están al borde de la muerte hasta su morada final, un trabajo que se verá alterado, al igual que su destino, cuando una inesperada mujer se cruce en su camino.

Olimpia no es lo que parece, su cercanía con la muerte hace que se fije en ella, que quiera conocerla y descubrir quién se oculta detrás de la misteriosa panadera que podría alterar su destino.

¿Podría ser esa pequeña y dulce mujer la elegida para poner fin a su condena? ¿Será capaz de bailar con la muerte para recuperar su libertad?

ÍNDICE

[COPYRIGHT](#)
[SINOPSIS](#)
[ÍNDICE](#)
[PRÓLOGO](#)
[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)
[CAPÍTULO 13](#)
[CAPÍTULO 14](#)
[CAPÍTULO 15](#)
[CAPÍTULO 16](#)
[CAPÍTULO 17](#)
[CAPÍTULO 18](#)
[CAPÍTULO 19](#)
[CAPÍTULO 20](#)
[CAPÍTULO 21](#)
[CAPÍTULO 22](#)
[EPÍLOGO](#)

PRÓLOGO

*Hace milenios...
En algún lugar del Inframundo*

Había ideas que era mejor que se guardase para sí mismo.

Esa era sin duda una idea que Reaper debía considerar, sobre todo si quería conservar la piel sobre la carne, especialmente porque esos dos gilipollas están dispuestos a cortársela las veces que hiciera falta.

—Si vuelves a usar ese cuchillo te corto los huevos con él y se los doy a comer a tu novio.

Quizá debería haber tenido en cuenta que su actual situación no era demasiado favorable. Llevaba tiempo suficiente en ese agujero, encadenado, flagelado y torturado, como para que se pusiera exquisito ante el hecho de que ese par le hiciese algunos cortes de más. Aquello no era más que el principio, su sangre reseca teñía el suelo de piedra, allí dónde había caído una y otra vez, producto de los cortes y la salvaje carnicería que ese maldito había ordenado.

Sus propios gritos le habían destrozado la garganta, su voz era ahora un raspado sonido que emergía a través de las dañadas cuerdas vocales; todavía podía escucharla resonándole en los oídos. Su cuerpo se estremecía bajo el recuerdo del desgarrador dolor que lo envolvía una y otra vez, sin darle un segundo de alivio. Por momentos creyó enloquecer, creyó acabar sucumbiendo a la desesperación y al castigo que él mismo se había buscado al negarse a convertirse en uno de los *Segadores de la Parca*.

Atrás quedaban los tiempos en los que había sido algo más que un paria maldito y abandonado por los dioses, en los que su nombre había hecho temblar a sus enemigos, pero esa vida se había extinguido al igual que una vela. Se fue consumiendo poco a poco entre los recuerdos del engaño, la traición y la muerte hasta que dio con sus huesos en el *Inframundo* y Celesta le obsequió con su beso; uno que lo había condenado en vez de salvarlo.

«*Algo no va bien*».

Recordaba esas palabras con la misma claridad que si acabasen de ser pronunciadas. Escuchaba en sus oídos el silencio que precedió al desastre, notaba en su piel la tibieza del sol

antes de ocultarse y dar paso a la noche; una que se cubrió con la sangre de sus soldados, aquellos a los que había jurado proteger.

Habían sido engañados, traicionados y él ni siquiera lo había visto venir.

La traición ingresó en sus filas bajo el manto de las *Hisminas*^[1], un ataque inesperado, un juego entre dioses que se tornó despiadado y carente de honor, uno con el que Ares pretendía apuntarse un tanto contra su señora Atenea, convirtiéndolo a él, el comandante de uno de sus ejércitos atenienses, en la única cabeza de turco.

El *Caos* y la *Discordia* se extendieron por un campo de batalla en el que ya no se distinguían amigos de enemigos, dónde esos malditos demonios confundieron sus mentes y los llevaron a derramar sangre inocente.

«¡Mátale! Sabes que siempre ha deseado lo que tienes, siempre ha rondado a su alrededor, esperando la oportunidad para deshacerse de ti y poseerla».

«Ella no es la diosa justa que crees, ¿cómo puede serlo cuando deja que todos sus soldados mueran en el campo de batalla?».

«Clávale la espada, demuéstrale que eres el único que debe poseer el favor de los Dioses del Olimpo».

Las lágrimas le picaron tras los ojos al recordar el rostro de Electra y el horror que lo sacudió al encontrar su propia espada enterrada profundamente en su corazón.

«Siempre has sido un instrumento de los Dioses, una pieza de un tablero de ajedrez y hoy, una vez más, les has permitido ganar».

Incluso ahora, después de tanto tiempo, esas palabras dolían más que la tortura que estos seres oscuros le prodigaban. Dolía incluso más que la espada que lo atravesó desde atrás o las palabras que Niké le susurró al oído antes de que su vida se terminase y su alma acabase vagando por las praderas a orillas del río Estigia.

«La venganza no engendra sino venganza, Reaper». Le había dicho la Diosa de la Victoria. *«Déjala ir y busca la redención a través de tu penitencia».*

No lo hizo, no podía, no cuando esos mismos dioses a los que había entregado su vida y lealtad, decidieron joderlo también en la muerte.

Un nuevo tirón y el ramalazo de fuego sobre su descarnada piel, lo arrancaron de ese mínimo momento de paz que encontraba al perderse en sus recuerdos. Apretó los dientes que todavía quedaban intactos en su boca, y fulminó a los esbirros de Hades con su ojo bueno. Los grilletos volvieron a hundirse en la carne abierta de sus muñecas cuando tiró de ellos, intentando llegar a sus torturadores para hacerlos pedazos.

—Dad gracias a que no puedo ponerlos las manos encima o en este momento seríais ya jirones.

Rieron. Siempre reían. Sus torturadores eran siempre los mismos; sombras amorfas de ojos llameantes y lenguas viperinas que maltrataban sus ya sangrantes oídos con sonidos estridentes y agudos.

Apretó los dientes con fuerza, sintiendo cómo se movía alguno de ellos, pero negándose a emitir un solo gemido más. Era consciente de que cuanto más gritaba más disfrutaban esas sombras del *Tártaro* dedicadas a la tortura y no estaba por la labor de ofrecerles gratificación o diversión alguna; no a costa de su propio sufrimiento.

El ardiente dolor que le acuchilló la parte superior de la espalda lo hizo caer de rodillas, apenas podía respirar mientras notaba cómo la carne se abría y la sangre corría por su espalda. Quedó suspendido de las cadenas, forzando a los músculos poco acostumbrados a ese peso a hincharse y provocándole al mismo tiempo más dolor. El acero de los grilletes se hundía en su carne abriendo las heridas que nunca cicatrizaron realmente; más sangre se deslizó por sus brazos.

No mires. No se te ocurra mirar.

Se obligó a mantener los ojos cerrados, luchando a través del dolor y la agonía, negándose a presenciar una tortura que ya sentía hasta en los huesos.

El silbante sonido de las risas hizo eco en la oscura caverna en la que se encontraba y apretó los ojos incluso con más fuerza, sintiendo cómo el párpado izquierdo se negaba a bajar más por lo hinchado que estaba. Ni siquiera las frías y húmedas piedras de las paredes que formaban su prisión o la exigua luminiscencia de las antorchas le molestaban tanto como esas malditas risas.

—¡Callaos! —Acabó sucumbiendo a la desesperación—. ¡Callaos de una maldita vez, escoria!

No lo soportaba. Prefería casi cualquier tortura a esas silbantes voces que se clavaban en su cerebro y en su alma, haciéndolos sangrar. A estas alturas ya no debería de tener siquiera oídos, pero de alguna forma seguía escuchándolos, oyendo sus propias voces como si esto no fuese sino otro regalo más de su condena.

Un agudo grito se le escapó de la garganta, todo su cuerpo se tensó al mismo tiempo, dolorido y agonizante, cuando una hoja al rojo vivo se atravesó lo que suponía que era el hígado. Se combó, vomitando bilis pues no tenía nada en el estómago. No había probado bocado alguno ni bebido para calmar su sed, si bien no lo necesitaba para sobrevivir, era un placer que había adquirido con el paso del tiempo, uno que le negaban.

Los puntos negros fluctuaron ante sus ojos. Desde que estaba allí encerrado había experimentado el dolor, la desesperación, la inanición y toda clase de torturas inimaginables.

Escupió, sintiendo su propia sangre inundándole la boca, coqueteando con la conciencia e inconsciencia y deseando rendirse a esta última para escapar del dolor. Hades lo había despojado de todo lo que había sido, de lo que era y lo había convertido en un siervo de la muerte.

No podía morir, Celesta se había encargado de ello. La personificación femenina de la

muerte, se había personado a orillas del río del odio y le había arrebatado la posibilidad de subir a la barca de *Caronte* reteniendo su alma y concediéndole la visión de la *Muerte*.

«No ha llegado tu hora, Strategos, vivirás sin vivir, morirás sin morir, serás la Muerte que nadie puede ver, hasta que bailes con ella tu último vals».

Quizá debió haberle pedido en ese momento que lo sacase cagando leches de allí, pero siendo el primer mortal que veía a la pálida mujer vestida de blanco, cuyas sandalias aladas la mantenían suspendida en el aire y le impedían tocar el suelo de los mortales, su mente se obnubiló al punto de olvidarse hasta de su nombre.

Y el hijo de puta de Hades había sabido sacar partido de ello.

El *Dios del Inframundo* no sabía lo que era aceptar un no por respuesta, pero dado que técnicamente no estaba ni vivo ni muerto, tampoco lo podía reclamar sin más.

Maldita sea, ¿quién en su sano juicio hacía tratos con los dioses?

Nadie. Pero claro, él no estaba en su sano juicio, en aquellos días ni siquiera estaba seguro de saber lo que era el «juicio».

«Si deseas salir, tendrás que convencer al Guardián del Inframundo para que te deje regresar al mundo de los vivos».

Mala suerte para el perro de tres cabezas... Ejem, bueno, el perro de «dos cabezas», pues la tercera había tenido la mala baba de morderle y... ¡Puf!

Y más mala suerte aún para él, que se había convertido en la diana de Hades, el cual estaba dispuesto a cobrarse su servicio por la pérdida de la puñetera cabeza del can así tuviese que arrancarle la piel a tiras.

No, espera, eso ya lo había hecho y no le sirvió de nada.

Reaper se había reído de él en su propia cara, había volcado en la deidad toda la frustración y el odio que habitaba en su interior y se había jactado de que hiciese lo que hiciese, no conseguiría doblegarle.

«Ríndete».

Su voz resonaba en su mente incluso cuando no estaba delante de él, lo laceraba sin necesidad de armas.

«No puedes seguir luchando, no tienes nada por lo que luchar».

Su categórica negativa siempre era premiada con latigazos, huesos rotos, dedos fracturados y más dolor y agonía, pero sus fuerzas empezaban a menguar con la misma rapidez con la que las insidiosas dudas penetraban en su mente sembrando el caos.

¿De qué valía resistirse? ¿Por qué no se rendía a él de una vez? ¿Qué importaba nada cuando su vida, muerte o lo que quiera que fuese su actual estado, no le provocaba otra cosa que infinito dolor?

—¿Has sufrido ya lo suficiente o deseas seguir siendo torturado, *Xanthus*?

Lo sintió incluso antes de escuchar su verdadero nombre, aquel que había dejado de utilizar, al cual ya no respondía porque no tenía nada que ver con quién y qué era ahora.

Luchó para levantar la cabeza, su ojo bueno se abrió lentamente contemplando la oscuridad del Dios que se alzaba ante él. El largo pelo negro enmarcaba unas facciones elegantes y bellas, sus caprichosos y variables ojos habían decidido colorearse hoy de un tono azulado similar al suyo; un tono que sabía cambiaba en cada momento que declinaba su oferta u osaba responderle cuando no era requerida tal respuesta. Poseía una belleza oscura, carnal y tan peligrosa como la misma muerte su cuerpo delgado y fibroso dotaba a sus movimientos de un concierto de fluidez y elegancia.

Sus miradas se encontraron y él pudo ver en sus ojos lo mucho que lo fastidiaba tener que bajar hasta allí y mancharse los zapatos; ¿Quién iba a pensar que Hades sería tan tiquismiquis?

Era consciente de que su paciencia se había agotado hacía ya tiempo, esperaba que de un momento a otro le aferrarse el cuello hasta hacer que su frente se encontrase con el suelo, incrustándose en cuantas piedrecillas y suciedad hubiese. Era un suicida, ahora más que nunca era consciente de ello, pero ese gramo de rebeldía era el que le instaba a seguir batallando y no bajar todavía los brazos.

No le tocó, no hacía falta, su poder era tan inmenso que no precisaba de ayuda alguna para someter a aquellos que no se inclinaban respetuosamente ante él. La agonía ascendió por sus brazos, en la forma de un caliente relámpago, cuando estos se vieron sometidos a mayor presión. Su cabeza mantenía ahora una adecuada postura de sumisión.

—Tu desafío es absurdo e innecesario. —Su voz era tan poderosa como su propia aura. Demandante y doblegadora de voluntades—. ¿Sientes tanto placer bajo la tortura que no deseas liberarte de ella?

Se lamió los descarnados labios.

—Encuentro tu hospitalidad tan entrañable que me resisto a prescindir de ella —respondió, vertiendo en cada una de sus palabras toda la ironía que podía.

Un ramalazo de dolor atravesó su espalda haciéndole gritar y tirar de sus cadenas. La carne se abrió bajo invisibles cuchillas y dejó surcos sangrantes.

—Si pones tanto empeño en otras cosas como en resultar irritante, serás un magnífico baluarte a tener en cuenta —comentó él. Lo sintió moverse, su figura parecía envuelta en sombras que hacían que en vez de caminar, pareciese deslizarse—. Te lo preguntaré una última vez. Piensa bien tu respuesta, pues de ella depende que tus perspectivas... mejoren... o se vuelvan mucho más crueles.

Bufó.

—Y yo que pensaba que hasta el momento estaba disfrutando de las atenciones de un circuito de *spa*.

Sí, quería morir, estaba agotado de todo ese infierno.

Él ignoró su comentario y fue directo al grano.

—Contesta ahora, *Siervo de la Muerte*, ¿aceptarás de una vez mi propuesta o debo dejarte aquí para siempre, sin que conozcas otra cosa que la tortura y el horror?

Su cuerpo experimentó en un solo segundo lo que significaban sus palabras, la promesa que aguardaba tras una nueva negativa. Gritó hasta que se quedó sin aire, las lágrimas se deslizaron por sus mejillas y su cuerpo acusó una vez más la intensidad de nuevas fracturas y laceraciones.

—Dame tu respuesta final.

Tembló ante el tono de su voz, ante el poder que esgrimía cada una de sus palabras, penetrando en su alma, seduciendo su orgullo y su entrega como si le estuviese ofreciendo volver al lugar al que una vez había pertenecido. Ambos sabían que la lucha había llegado a su fin, que su resistencia había menguado lo suficiente como para pensar en aceptar entregarle el alma a cambio de un solo instante de alivio y escapar por fin a esa incesante tortura.

Apretó los maltrechos dientes, sintiendo cómo cedía una nueva pieza en su boca, llenándola una vez más de sangre que se obligó a tragar. Bajó la cabeza aún más, sintiendo cómo su alma gritaba ante la derrota.

—Acepto —escupió la palabra como si fuese un ascua ardiente en su lengua.

Los labios del *Dios del Inframundo* se curvaron durante un instante, fue consciente de ello cuando el oscuro regente se cernió sobre él y resbaló el dedo por la comisura de su labio manchándolo de rojo.

—Con tu sangre, el pacto queda sellado —declaró. No bien hubo pronunciado las palabras, Reaper sintió un nuevo ramalazo de dolor, más intenso de lo que sintió en todo el tiempo que estuvo sometido a tortura, recorrió cada recoveco de su cuerpo dejando tras él una sensación de ardor y de conexión desconocida para él hasta el momento.

Los grilletes cayeron de sus manos. Los dedos que había tenido rotos y curvados volvían a estar de nuevo completos y sanos, al igual que su boca, sus ojos y el resto de su masacrado cuerpo.

—Bienvenido a tu nueva vida, *Segador de la Parca*.

CAPÍTULO 1

En la actualidad.

Atenas

—¿Quédanos para comer?

Reaper se giró totalmente desnudo a su última compañera de cama. La mujer era una belleza despampanante, con un cuerpo de infarto y un champiñón por cerebro. Todo lo que codiciaba en la vida era pescar un marido rico y gastar su dinero. Un deseo de lo más superficial, como llegó a ver a los pocos minutos de cruzarse en su camino. El verdadero anhelo de esa cabeza de chorlito era algo más... común. Deseaba un hombre que mirase más allá de su apariencia, que consiguiese desnudar su alma y ver qué había en su interior; una mujer frágil e inconsistente necesitada de protección y cariño cuya vida se cortaría abruptamente el día de hoy.

Ver la muerte de las personas con las que se cruzaba día a día era una mierda, pero tener que esperar a que esta acudiese a ellas y así poder acompañar sus almas al *Inframundo*, una tarea desquiciante.

¿Creías que los dioses entendían que hoy en día que la gente era multiteísta? ¿Qué en una misma ciudad podían profesarse tres o cuatro religiones diferentes o ninguna?

Pues no, los había que no lo entendían, ni tampoco comprendían porque *Disney* los había retratado con el pelo azul y en llamas.

Puso los ojos en blanco al pensar en su jefe y los berrinches que tenía con las referencias a esas películas.

El tiempo de los dioses había quedado atrás, en la actualidad era complicado encontrar a alguien que creyese en ellos con el mismo fervor o devoción, pero no se quejaba, al menos a él lo habían dejado en territorio conocido.

Le echó un fugaz vistazo a la mujer con la que había pasado los últimos cuatro días. La había visto esperando el metro en *Panepistimio*, frente a la *Biblioteca Nacional de Grecia*, rebuscando en su bolso mientras maldecía por lo bajo a su último ligue. La presencia de la muerte se cernía sobre ella como un aura blanca, cuya intensidad le avisaba de la cercanía de la misma.

No necesitó esforzarse mucho para que reparase en su presencia, una amena charla, una inocente invitación a tomar un café, un nuevo oportuno encuentro al día siguiente y al final del día la tenía en su cama. Sencillo y aburrido, la misma tarea de siempre desde hacía milenios.

El final estaba cerca, el aura que la envolvía se había vuelto de un profundo tono blanco y era cuestión de horas que la maldita hembra que le había hecho el regalo de la inmortalidad, apareciese para llevársela.

Mala suerte para ella, esta dama era suya y sería él quién la acompañaría hasta su última morada.

—Si no estás libre al mediodía, podemos posponerlo para esta noche —insistió con suavidad, buscando la mejor manera de camelárselo.

Negó con la cabeza y le dedicó una breve mirada.

—No habrá comida o cena a la que puedas llegar hoy, Petra —le informó sin más—, tu corazón se parará en unos pocos minutos y dejarás de existir.

Ella frunció el ceño, se envolvió en la sábana y lo miró con renovada suspicacia.

—¿De qué demonios estás hablando?

Miedo, incertidumbre, en esos momentos estaba pensando con qué clase de chalado se había ido a la cama y si sus palabras obedecían a un interés por matarla.

—Tendrás un ataque al corazón, es un defecto congénito, creo, tu padre también murió de la misma manera, ¿no?

La mujer empezó a palidecer, sus labios se abrieron listos para pronunciar algo, pero se quedó en blanco.

—No tienes nada de lo que preocuparte, me encargaré de que tu hermana se dé cuenta de que no la has llamado y vendrá a ver qué te pasa —continuó como si tal cosa mientras que la chica palidecía cada vez más—. Te sugeriría que te pusieses al menos las bragas y una camiseta, no creo que sea bueno para tu reputación que te encuentren muerta en pelotas.

—¿De qué mierda estás hablando, pirado?

Su respuesta fue consultar el reloj, hizo un rápido cálculo mental en función al color de su aura y chasqueó la lengua.

—Tres minutos, pequeña, el tiempo se acaba...

La chica saltó de la cama, recogió su ropa interior y se la puso, no por su pudor ante la muerte, sino porque consideraba que era un psicópata o algo, a juzgar por todas las lindezas que le soltaba mientras se vestía.

—Estás zumbado, claro que sí —replicaba poniéndose el sostén y luego la blusa—. ¿Por qué coño me pasan a mí estas cosas? Será mejor que te vistas y te largues, porque...

Sus palabras se congelaron en sus labios en el momento en que vio que su cuerpo terminaba cubierto de pies a cabeza con su indumentaria de trabajo, un *oufit* de piel y cuero totalmente

negro, pero su sorpresa y horror no llegó a permanecer mucho tiempo en su rostro.

La mujer se llevó una mano al corazón, jadeó y clavó esos ojos marrones sobre él un segundo antes de desplomarse en el suelo dejando escapar su último aliento.

—Um, parece que he afinado incluso más mi puntería —comentó para sí, mirando de nuevo el reloj.

Se acuclilló al lado del cadáver de su amante y ni siquiera se molestó en mirar hacia atrás cuando sintió su presencia.

—Puedes irte, Celesta, ya la acompaño yo.

—Reaper...

Apretó los dientes, negándose a mirarla como lo había hecho desde la primera vez que se encontraron.

—Vete...

No hubo protesta, no había necesidad, *Tánatos* y ella tenían bastante trabajo en todo el mundo cómo para preocuparse ahora por un alma más o menos, así que se marchó tan silenciosamente cómo había llegado.

—Vamos, Petra, es hora de irse a casa.

Sus palabras ejercieron como una cuerda sobre el alma que todavía no había abandonado el cuerpo. Una figura incorpórea con el mismo aspecto de la hembra, pero con unos cuantos años menos, se incorporó desde su propio cuerpo sin saber qué sucedía.

Esta había sido la época más feliz de su vida, cada alma solía adoptar la apariencia del momento en el que se habían sentido realmente vivos al llegar la muerte y ella parecía atesorar algún momento a finales de los dieciséis.

—¿Qué... qué ha pasado?

Le tendió la mano y esperó a que ella posase la suya sobre esta, algo a lo que ningún alma se resistía jamás.

—Acabas de morir y voy a llevarte a dónde debes estar.

Porque, a pesar del fracaso que había sido su vida, de todas las pérdidas que había padecido, el alma de la mujer era limpia y, si el tribunal del Hades lo consideraba, tomaría el camino de los *Campos Elíseos*.

Este lugar necesita un buen decorador, pensó Reaper al entrar en los dominios de Hades. Le encantaría hacerle unas cuantas sugerencias al propietario, pero le gustaban demasiado sus órganos en el lugar en el que estaban como para que se los extirparan ante la sola sugerencia.

Notó el ligero temblor en el alma que llevaba de la mano, rescoldos de las emociones

humanas que poco a poco irían desapareciendo hasta olvidarse por completo.

—Ignora la decoración, esta es una planta de paso, la tuya está en otro lado.

Avanzó sin detenerse, odiando con cada fibra de sus ser aquel oscuro lugar, sintiendo la necesidad de abandonarlo incluso antes de haber llegado al umbral que los introduciría a ambos en los dominios del hijo de puta de su actual jefe.

Echó un vistazo al can agazapado en una esquina y que meneaba la cola con gesto sumiso al reconocer su olor. La tercera cabeza había vuelto a crecerle, pero ya no cometía el error de intentar merendárselo, por el contrario, para horror de Hades, *Cerbero* se había convertido en un perro faldero con lo que a él respetaba.

—Hola chico, ¿has sido bueno? —Lo saludó y sacó del bolsillo unas croquetas caninas, se las lanzó y estas crecieron el tamaño suficiente para esas tres estúpidas y babeantes cabezas.

—Eso... eso es... es... ¿cómo se llama esa palabra? Vaya, creo que la he olvidado...

Miró la figura fantasmal a su lado y negó con la cabeza.

—No te esfuerces, cariño, lo olvidarás todo antes de llegar a tu última morada.

Tiró de ella y ambos atravesaron el umbral solo para tener que detenerse de nuevo a los pocos pasos cuando dos enormes estatuas de piedra les impidieron traspasar las puertas que custodiaban.

—¿Quién osa atravesar los dominios de nuestro señor? —La pregunta surgió al mismo tiempo, un fuerte y grave eco emitido por los dos enormes gigantes obsidiana que se alzaban cual par de colosos ante ellos. Había escuchado algunos rumores sobre quienes habían sido en otro tiempo, justo antes de que Hades tuviese uno de sus síndromes premenstruales y los jodiera, pero, para ser honestos, no podía importarle menos sus historias.

Tomó una profunda respiración y alzó la voz.

—Si por mí fuera, buscaría otro destino en el que pasar las vacaciones, pero ya sabéis cómo funciona esto... —barruntó apretando la inconsistente mano—, en mi trabajo no hay tal cosa como vacaciones. Quizá debiese quejarme al sindicato, ¿qué opináis, chicos?

Su opinión llegó en la forma de sendas espadas.

—Ya veo que también habéis perdido el sentido del humor además de la elegancia —continuó, al tiempo que se enderezaba y clavaba con voz clara—. Soy Reaper, *mensajero de la muerte* y traigo conmigo un alma.

Como si fueran uno solo, los dos colosos se retiraron a sus puestos, flanqueando de nuevo la delicada y hermosa puerta que se alzaba ante él.

Siempre sentía tristeza al estar ante ella, una pena que se intensificaba cuando el delicado y dulce rostro cobraba vida en la madera blanca y clavaba esos vacuos ojos en su mirada.

«¿Qué alma traes al otro lado, siervo de la muerte?».

Extendió la mano y la posó con suavidad sobre la lisa piedra, permitiéndole que leyese la

verdad en sus palabras y quién sabía si algo más.

—Un alma para los *Campos Eliseos*.

Esos ojos sondearon el agujero en el que una vez había estado su alma antes de desvanecerse y permitir que la puerta se abriese permitiéndole entrar.

—Es... hermoso...

El murmullo de su acompañante lo hizo ladear la cabeza mientras avanzaba a través del corredor de enormes columnas blancas que llevaban hacia la sala de recepciones de Hades, cómo le gustaba llamarla.

—¿Dónde... dónde estamos?

—Creo que vosotros lo llamaríais... El otro lado —murmuró, echando un rápido vistazo a la sala en la cual Hades concedía sus audiencias y decidía que almas mandar al tribunal y cuales apropiarse para sí mismo—, aunque el propietario lo llama *Parque de Atracciones*.

Y dicho propietario estaba ahora sentado en su trono, un asiento hecho a base de huesos, calaveras y almas torturadas que hacían lo imposible, realzar la belleza del ser que lo ocupaba. A su lado había otro asiento más pequeño y menos intimidante, aunque no por ello menos oscuro, que correspondía a la *Reina del Inframundo*, aunque durante esta época del año, Perséfone estaría dando por culo a Deméter.

—Ah, Reaper, veo que una vez más llegas justo al límite del tiempo.

Puso los ojos en blanco ante tal comentario. Como si el tiempo contase para algo dentro de esos muros.

—Ya sabes que encuentro infinito placer viviendo al límite —reclamó en voz baja, pero no lo suficiente como para que su amo no lo escuchase y actuase en consecuencia.

Un ardiente latigazo le atravesó la espalda haciendo que cayese de rodillas, pero eso no hizo que soltase la mano que aferraba.

—Señor... —Se preocupó el alma, mostrando su verdadera naturaleza.

—No es nada —replicó a través de los apretados dientes. No era nada que no hubiese sentido antes en su carne.

—Deberías retener tu lengua, segador, no es la primera vez que te lo advierto.

Ni sería la última, pensó con una mueca.

Sí, era un puto suicida, ¿qué se le iba a hacer?

Hades clavó la mirada en el alma y se inclinó hacia delante.

—¿Qué me traes?

Ah, no, ese jueguito se lo sabía.

—Un alma —se limitó a responder.

El Dios se levantó de su asiento y avanzó hacia ellos, a él lo ignoró, como siempre, depositando toda su atención en la etérea figura que seguía arrodillada a su lado.

—Tú perteneces a los *Campos Eliseos*.

Tan pronto como sus palabras resonaron en la sala, una sección de la pared de piedra se abrió a la izquierda. Al momento el sonido de los pájaros y el aroma de todo tipo de cosas agradables inundaron la sala, la luz que emergía de su interior llamó la atención del alma. La soltó y dejó que caminase hacia ella, hacia su nuevo hogar durante el resto de la eternidad. Con suerte se reencontraría con sus personas amadas y sería feliz.

Tenía que admitir que su jefe podía ser un verdadero hijo de la gran puta, pero era un Dios justo y jamás castigaba a un alma que debía pasar el resto de su eternidad en paz.

—Puedes volver al trabajo, Reaper.

No dijo una sola palabra más, dio media vuelta y volvió al lugar que ocupaba, sin duda a meditar alguna de sus cosas o, más probablemente, sobre la próxima llegada de su esposa; aquella era la única razón que no lo hubiese desangrado en el suelo por el mero placer de hacerlo en ese mismo momento.

Se inclinó a regañadientes, pero se cuidó de no decir ni una sola palabra y volvió al mundo de los humanos para continuar con su eterna tarea.

CAPÍTULO 2

—No puedo creer que digas algo así.

Olimpia levantó la cabeza de la masa que estaba golpeando sin piedad y puso su mejor cara de inocente.

—¿No puedes o no quieres creer que pueda salir algo así de mi boca?

—Oh, soy muy consciente de que lo que sale de tu boca no lo hace por casualidad, pero ni siquiera tú puedes ser tan retorcida.

—¿Qué no? —soltó una amarga carcajada—. Estamos hablando de la nueva novia de mi padre. Si piensa que voy a hacerle el favor de ir con ella a su prueba del vestido, es que ha perdido la cabeza por completo. Lo digo muy en serio, Nikki, ni esa mujer pone un solo pie en mi casa, le rapo la cabeza con la maquinilla que usa tu hermano para esquilar las ovejas.

—No metas a tu tío Zelo en esto —la apuntó con el dedo—. Conociéndole, es capaz de hacerlo el mismo para que no tengas que mancharte tú las manos.

Sonrió para sí.

—Estoy segura que disfrutaría tanto como yo de ello —replicó y volvió a concentrarse en el amasado.

—Eso no tienes ni que jurarlo.

—Admítelo, Nikki, tú eres de la misma opinión, te gusta tanto este nuevo matrimonio de mi padre tanto como a mí.

La mujer puso los ojos en blanco y resopló.

—Kratos no sabe lo que es la derrota, esa tal Elina no es otra cosa que una conquista más para él —resopló—. Te lo juro, tendría que haberle roto la cabeza cuando dijo que iba a casarse con esa... mujer.

Puso los ojos en blanco.

—Ya lo intenté yo y todo lo que me dijo fue, palabras textuales: *Tú siempre serás mi bebé, Olimpia*. —Puso los ojos en blanco ante semejante frase—. Esquivó la sartén voladora de puro milagro.

—¿Qué te tengo dicho sobre amenazar de muerte a tu padre?

—¿Lo mismo que sobre amenazar de muerte a cualquier otra persona? —replicó divertida—. Y, citándote textualmente: «*Mal, muy mal, Olimpia, pero que muy mal*».

Ahora fue ella la que puso los ojos en blanco.

—Sigue amasando ese pan, muchacha deslenguada.

Se rió al tiempo que movía de nuevo la masa, consiguiendo la consistencia que quería.

—No soy tan letal como quieres creer, nadie se ha muerto todavía tras comerse mi pan —señaló lo obvio—. De hecho, suelen repetir, varias veces.

La mujer sacudió la cabeza, dejó escapar un suspiro y se cruzó de brazos.

—Y que sigan repitiendo —deseó con puro convencimiento—, los dioses saben que tu tienda ha sido como un soplo de aire fresco para la gente de *Monastiraki*.

Sabía que se había arriesgado al abrir una panadería en una zona en la que había una continua afluencia de inmigrantes intentando abrirse paso con sus negocios y los típicos lugareños que acudían cada día con sus cestas con ajos y especias para vender llenando las aceras, pero era un lugar mucho más tranquilo y menos agitado que el mercado de la plaza, el cual solía llenarse también de turistas.

Lo cierto es que no le había ido nada mal, llevaba tres meses con la tienda abierta y solía recibir bastantes encargos, además las empanadas de carne que hacía eran muy demandadas.

—El alquiler era más razonable que el del local que vimos cerca del barrio de Placa —admitió. Algo que sin duda la había llevado a instalarse en él y dejar de buscar por todo Atenas el lugar perfecto para dar rienda suelta a su creatividad.

La mujer asintió.

—¿Tu madrastra se ha molestado en visitarte después de la inauguración?

Helena era un espíritu libre, o así se definía a sí misma, pues era incapaz de estarse quieta en un mismo lugar por más de diez minutos.

—Me llamó anoche para decirme que estaba en... ¿España? —Caviló, pues no le había hecho demasiado caso—. Lo cual no deja de ser curioso porque no tiene ni idea de español.

—Esa mujer no necesita hablar más idiomas que el suyo propio para conseguir lo que quiere —repuso su tía poniendo los ojos en blanco—. Debería poner los pies sobre la tierra y establecerse...

—Sabes que Helena jamás lo haría.

Hacía tiempo que había dejado de llamarla «*mamá*». De niña, cada vez que lo hacía, veía una mueca en su rostro y le decía que la llamase por su nombre de pila porque era más chic. El hecho de que no fuese su madre biológica, también tenía mucho que ver, pero era la única figura materna que conocía, además de su tía Niké, pues su padre se había casado cuando ella apenas tenía un año.

No había conocido a su progenitora, solo sabía que la había dejado en la puerta de la casa de su padre y su tía con una nota diciendo quién era.

Su padre podía ser un cabeza hueca, pero la había aceptado desde el primer momento en que la vio, o eso le decía siempre su Nikki, le había dado todo el amor que se le puede dar a una hija, la había apoyado y esperaba que ella hiciera lo mismo con él.

Suspiró mentalmente.

Si la mujer que hubiese elegido para casarse no fuese casi quince años más joven que él y tuviese una cara de zorra que tiraba para atrás, le habría dado incluso su bendición, pero había algo en ella que, simplemente, no le inspiraba confianza.

—Tu padre planeando una boda y tu madrastra viviendo la vida loca, en menuda familia has ido a caer.

Sonrió a pesar de todo.

—Al menos he ido a dar a una —le recordó con un guiño—, y tengo a la tía más guapa del mundo.

—No seas zalamera —chasqueó y señaló la masa a la que ya empezaba a dar forma—. Termina eso, te has librado del encargo de tu padre, pero no del mío.

—¿Dónde piensas meter tantas empanadas? —le preguntó mirándola de soslayo—. ¿Vas a volver a trapichear con los guías de la Acrópolis?

Si había alguien que conocía la historia de Grecia a pies juntillas, era su tía, era una de las mejores historiadoras que tenía el país y a menudo echaba una mano a los arqueólogos encargados de la conservación y restauración de la Acrópolis.

—Una tiene que recurrir a las armas que tiene para extraer beneficios, amor —le aseguró.

Sacudió la cabeza y negó.

—Déjame acabar con esto y te preparo tu alijo —señaló la cocina de su pequeño piso—. Hoy tengo que salir un poco antes para hacer hacer una entrega, después me iré al obrador antes de que Argus se declare en huelga.

—¿Estás segura de que la tienda sigue en pie?

No pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Sigue en pie —chasqueó poniendo los ojos en blanco—. Lo cual es un milagro, vale, lo sé, pero no es culpa mía que sea un patoso.

Y lo era, su único empleado y amigo de la infancia, era un caso perdido, pero lo quería lo bastante como para dejarle al frente de su negocio y poder disponer de unas horas para sí misma cada mañana.

—Cogeré la bici y...

—¿Vas a volver a utilizar esa trampa mortal? Haz el favor de tirar con ella y toma el metro.

—Hablando de trampas mortales...

Resopló, se sacudió las manos, se las limpió al delantal y se dirigió a preparar el encargo de su tía.

—Voy a empaquetar las empanadas para que te largues de una vez.

—Ten sobrinas para esto —replicó con un fingido resoplido.

—Tenlas para que te solucionen la vida culinaria.

Echó un rápido vistazo al reloj y calculó que tendría menos de veinte minutos para prepararlo todo e irse como una flecha al obrador, así que se puso manos a la obra.

CAPÍTULO 3

Reaper sacó un cigarrillo del bolsillo superior de la chaqueta y se lo llevó a los labios mientras se palpaba en busca del encendedor. Aquel era uno de los pocos placeres que se permitía y por el que no acababa sufriendo algún inesperado castigo. Echó un nuevo vistazo a su entorno, a esas horas de la mañana las calles de Atenas empezaban a cobrar vida, la gente se preparaba para ir al trabajo, los comerciantes abrían sus negocios y la hostelería preparaba sus mesas para la jornada que se extendía ante ellos.

Levantó la mirada para ver la estructura de la *Acrópolis* recortándose contra el cielo. El sitio privilegiado en el que estaba ubicada hacía que fuese visible desde cualquier parte de la ciudad, recordándoles a los griegos la grandiosidad de otra época, una dedicada a las grandes deidades del Olimpo.

Dejó a un lado todo pensamiento de vidas pasadas y tomó asiento en el bajo muro de piedra que rodeaba la pequeña *Iglesia de Pantanassa*, en plena *Plaza Monastiraki*.

Aquel era un lugar estratégico para el turismo, la estación de metro dejaba a los viajeros en pleno centro arqueológico con accesos a la *Gran Biblioteca de Adriano* y al *Ágora Griega*, así como también les permitía optar por el colorido *Mercado de Pulgas*, un laberíntico conjunto de tiendas étnicas, de muebles, comida y recuerdos en los que podía encontrarse de todo.

Encendió el cigarrillo y le dio una primera calada mientras observaba los poco artísticos

grafitis en el techo del quiosco, una muestra de lo que en la actualidad dominaba gran parte de las paredes y superficies dibujables de gran parte de la ciudad dándole un aspecto sucio e incluso peligroso.

Nunca había entendido por qué los dirigentes políticos de la capital helénica no le ponían fin, aunque posiblemente ya considerasen un icono el paso de los vagones de metro llenos de grafitis a la altura de la *Estoa de Átalo* que solían fotografiar los turistas.

Dejó escapar el humo entre los labios y miró hacia el cielo totalmente despejado que prometía traer el calor próximo a la primavera.

—Por eso Hades estaba hoy de buen humor —murmuró para sí.

Puestos a elegir entre su jefe y su esposa, prefería mil veces tener que lidiar con Hades que con la perra de Perséfone. La diosa estaba sin duda a la altura del hombre con el que se había desposado, la *Reina del Mundo de los Muertos* distaba mucho de ser la doncella de la que hablaban los mitos, era una auténtica zorra y disfrutaba siéndolo.

Sacudió la cabeza y se limitó a esperar, contemplando a la gente que cruzaba la plaza. Algunas mujeres le dedicaban una mirada de interés al pasar, otras, demasiado ocupadas con el teléfono pegado a la oreja o sacando fotos, ignoraban su presencia, cosa que agradecía.

No era fácil pasar desapercibido cuando medías casi un metro noventa y tenías el aspecto de un jodido armario. En su época aquello no había sido un problema, pero en esta despertaba todo tipo de respuestas, algunas deseadas y otras no tanto.

Apagó el cigarrillo en el suelo y mandó la colilla apagada a una papelería cercana con tan solo un pensamiento. El grupo que charlaba animadamente a la entrada del edificio que albergaba la estación de metro llamó su atención.

Empezó a descartar aquellas almas que no entraban en su rango, una pareja de lesbianas que solo pensaban en llegar a casa y darse el lote, una insulsa auxiliar de biblioteca y una muñequita que se restregaba contra el torso de su novio mientras masticaba chicle y lo recorría a él con la mirada, comiéndole con los ojos, sin que el idiota del que iba del brazo se diese cuenta.

Ninguna estaba marcada por la muerte, no poseía esa aura que indicaba su proximidad a la siguiente vida, así que continuó con su lenta búsqueda.

Aquel no era un trabajo sencillo, podía pasarse horas ahí sentado sin encontrar alguien adecuado, cuando eso sucedía cambiaba de lugar, rondaba alguna residencia de ancianos o el hospital, pero hoy no tenía ganas de enfrentarse a tal deprimente panorama.

Su meta no era acortar la vida de los marcados, sino permanecer a su lado hasta que llegase el momento de conducirlos al Inframundo, si ese era su destino.

Porque esa era otra, no todas las personas próximas a la muerte creían en los antiguos dioses o aspiraban a entrar en los *Campos Elíseos*, había tal cantidad de «cielos» como «religiones» y, de igual modo, su papel también lo ostentaban otros recolectores.

En Atenas había dos mensajeros más, Aisha y Mica, los cuales se encargaban de sus respectivas facciones sin meterse en su territorio como tampoco él se metía en el de ellos. La muerte tenía suficiente para todos, nadie escapaba de ella, algo que sabía mejor que nadie.

—Necesito algo especial —musitó apoyando los antebrazos sobre los muslos—. Un alma pura sería como suplicar el final de mi condena; descartado. Los niños son la última cosa que quiero tener que acompañar hoy o cualquier día, ya no digamos adolescentes. A ver cómo les explicas que han sido unos completos gilipollas y se han matado en un accidente o sacándose un puto *selfie*...

Deslizó la mirada por el resto de la plaza y localizó a tres posibles candidatos. Dos de ellos estaban todavía demasiado lejos de la morada final, así que los descartó y se concentró en el tercero.

Su aura fluctuaba entre un claro tono gris y un sucio blanco, la Parca la esperaba a la vuelta de la esquina, pero todavía no se decidía a ir por ella.

Aquello era lo que había empezado a llamar «*el Tío LA*», el *Libre Albedrío* era un regalo para los mortales, uno que había puesto a los dioses de morros en más de una ocasión e impedía que incluso la Muerte pudiese ejercer la siega final.

Clavó los ojos en ella, era una mujer y se fijó en la cantidad de ropa que llevaba encima, el exceso de maquillaje y la manera en que parecía querer ocultarse dentro del cuello del abrigo.

Ocultaba algo. ¿*Marcas*? ¿*Moratones*?

Si tenía tiempo, le haría una visita al hijo de puta que había convertido a una hembra hermosa en ese ratoncillo asustado y lo enviaría a él de una patada al *Inframundo*, aún si con eso se ganaba un castigo.

A Hades no le gustaba que ocurriesen «accidentes» durante el trabajo, suponía demasiado papeleo, decía, además de levantarle tal jaqueca que lo ponía de un rabioso mal humor que acababa pagando con él.

Y aun sabiéndolo, estaba dispuesto a correr el riesgo y borrar de la faz de la tierra a un hijo de puta o al menos dejarlo lo suficiente incapacitado para que no pudiese volver a levantarle la mano a alguien.

Giró la muñeca e hizo aparecer en la palma de su mano un pequeño reloj de arena. Fijó los ojos en el fino polvo rojo que caía a una velocidad constante a la par que lenta.

—Una o dos semanas para ser recolectada, eso el tío LA no entra antes en acción.

Echó un último vistazo al reloj y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Dadas las circunstancias, aquello era mejor que nada.

—De acuerdo, hora de trabajar.

Se limitó a vigilarla en silencio, levantándose tan solo cuando vio que abandonaba la entrada del edificio y enfilaba por la *calle Areos*, para continuar después por delante de la *Gran*

Biblioteca de Adriano y recorrer toda la *calle Adrianou*, la cual empezaba a llenarse ya de gente que aprovechaba para sentarse en alguna terraza a disfrutar de la comida o las vistas del *Ágora*.

Si bien todavía era bastante temprano para encontrarse con una gran afluencia de locales, los turistas ya estaban cámara en mano, inmortalizando hasta los malditos adoquines del camino.

La chica apuró el paso hasta llegar a la puerta de entrada del *Ágora*, dónde se detuvo a contemplar el cartel con los avisos y el horario. Le hizo una foto con el móvil que sacó del bolsillo del abrigo y retomó su rápido paseo.

Su destino pareció ser el al quiosco que había al final de la calle, apenas a unos metros de la parada de metro de *Thissio*, dónde se entretuvo unos segundos hablando con el quiosquero.

—De acuerdo, manos a la obra.

Con la mirada clavada en la mujer, dejó la acera y empezó a cruzar la plaza que daba cabida a un pequeño mercadillo.

—¡Cuidado!

El grito llegó acompañado del chirrido de unos frenos y del metálico sonido de la bicicleta, que tuvo la mala fortuna de meter una de sus enclenques ruedas en uno de los huecos dejados por tantos adoquines sueltos. Tuvo el tiempo justo de ver como el manillar se le escapaba de las manos al torcerse, el inestable vehículo paraba en seco y su ocupante salía volando, chocando contra él, mientras las cajas que iban apiladas en la parte de atrás, se desparramaban por el suelo.

Reaper se encontró en el suelo, con una mujer rubia encima y unos claros ojos azules mirándole cómo si acabase de encontrarse con un fantasma.

—Ay, dios. Joder. Cuánto lo siento —empezó a disculparse al tiempo que se arrastraba sobre su cuerpo, luchando por desembarazarse del lío de brazos y piernas que habían formado los dos al caer—. Los malditos frenos eligieron esa bajada para dejar de funcionar y este maldito suelo tampoco ayuda... ¡Oh, mierda! ¡Las empanadas!

Siguió su mirada mientras se afanaba en recoger las cajas todavía intactas y hacía varios ruiditos de fastidio al ver el contenido de otras diseminado por el suelo.

—Joder, joder, joder...

Entrecerró los ojos sobre ella al tiempo que se levantaba del suelo y la contemplaba en silencio. Algo debió de llamarle la atención, pues se encontró de nuevo con esas gemas azules.

—¿Vas a quedarte ahí plantado toda la mañana o piensas echarme una mano?

Su pregunta le provocó un respingo, miró las cajas en el suelo y una vez más a ella.

—¿Cómo es que sigues viva?

La pregunta escapó de su boca incluso antes de que se diese cuenta de que la estaba formulando.

—Esa es una pregunta que me hago demasiado a menudo —replicó al tiempo que se levantaba y le dejaba en los brazos un par de cajas—. Sujeta esto, por favor.

El aroma de las empanadas de carne lo distrajo unos segundos, pero solo tuvo que mirarla para volver a lo que le preocupaba.

Esa mujer llevaba la marca de la muerte impresa en su piel, su aura era tan condenadamente blanca que a estas alturas ya debería de estar muerta y sin embargo, ahí seguía, cargándole alegremente de cajas.

—Demonios, tendré que ir a por más mercancía al obrador —repuso con un bufido tras dejarle la última caja en los brazos, entonces soltó un nuevo gritito al ver el estado de su bicicleta—. Oh, vamos, no puedes morirte ahora...

Ladeó la cabeza para poder ver cómo la chica se inclinaba para levantar aquel desastre de hierros del suelo y, metiendo la rueda torcida entre las piernas, la sujetó con los muslos e hizo fuerza hasta conseguir poner el manillar de nuevo en su sitio.

—Bueno, está claro se te acabó la buena vida, pero al menos podrás traquetear hasta el obrador —suspiró, arrastró el inestable vehículo hasta la acera y lo apoyó en el muro, volviéndose entonces hacia él—. Gracias. —Le quitó las cajas de los brazos y volvió a colocarlas en la parte de atrás de la bicicleta, asegurándolas de nuevo con las gomas de anclaje que había utilizado anteriormente—. Es una pena que se hayan estropeado tantas —musitó mirando lo que había quedado esparcido por el suelo—. Me tocará volver a hornearlas.

Ya no sabía que le sorprendía más de aquel inesperado encuentro, el que la chica tuviese un aura blanca como la nieve y que no la hubiese diñado aún, que lo hubiese tomado como un conocido al que poder endilgarle un montón de cajas o que pareciese totalmente inmune a su presencia.

Por regla general, un alma próxima a morir sentía una especial conexión ante la presencia de un segador, se creaba un vínculo inmediato, pero esa mujer lo estaba ignorando con tanta efectividad que no sabía muy bien como obrar.

—Joder, a este ritmo no llegaré ni para la hora de la comida —chasqueó la lengua, se quitó el casco de bici que todavía llevaba puesto y sacudió la larga trenza rubia en la que no había reparado hasta ahora.

La mujer parecía un condenado ángel, literalmente hablando, pero no sentía en ella ese aire de divinidad propio de los bichos emplumados.

—Eso, Olimpia, tú sigue diciendo tacos con tanta fluidez y llenarás el bote antes de una semana —farfulló a continuación. La vio introducir la mano en el bolsillo de la chaqueta y extraer un puñado de monedas y un billete arrugado—. Adiós a mi chocolate de la semana.

Sacudió la cabeza y se concentró en ella. Menuda, rubia, ojos azules, piel suave y blanca y unas divertidas pecas salpicándole el puente de la nariz... ¿Le salpicarían también otras partes de ese voluptuoso cuerpo? Y olía tan bien, no a perfume sino... bueno, a empanada de carne.

Ella era la candidata perfecta para librarse del mal humor de Hades durante una buena

temporada, pero, ¿por qué demonios no podía ver en su aura el tiempo que le quedaba?

—Esto no tiene sentido...

Cómo si pensase que iba con ella, la mujer se giró en su dirección e hizo una mueca.

—Ay, lo siento, ni siquiera me he disculpado por haberte saltado encima —murmuró, sus mejillas se colorearon, pero fue su sonrisa, tierna y cariñosa lo que lo dejó sin palabras—. Mil perdones. Te juro que no fue a propósito, los frenos decidieron dejar de funcionar y... Lo confieso, apenas llego con la punta de los dedos al suelo si voy sentada... Soy Olimpia, por cierto. Si te invito a una empanada, ¿me perdonas?

—¿Siempre hablas tanto? —Se encontró preguntando.

—¿Y tú siempre eres tan ceñudo? —replicó ella con esa bonita sonrisa en los labios—. No me has dicho tu nombre.

—Reaper.

—¿En serio? —Su gesto no podía ser más escéptico.

—Así es cómo me llaman.

—Vaaalep. Sé cuándo dar marcha atrás y no volver a abrir la boca —declaró, cogió la bici y se despidió con una mano—. Adiós, Reaper y perdona por el accidente.

Lo miró atónito.

—¿Te vas?

Se detuvo y lo miró de nuevo.

—Pues sí, tengo cosas que hacer.

Sacudió la cabeza con incredulidad.

—No puedes irte.

Ahora fue ella la que ladeó la cabeza sorprendida.

—¿Por qué no?

—Te estás muriendo.

Se echó a reír.

—¿Perdona?

Volvió a mirarla de arriba abajo y frunció el ceño.

—Tienes el aura de la muerte, tu tiempo... debería haber acabado ya.

Su inicial diversión empezó a mudar hasta convertirse en una máscara de seriedad, incluso su voz perdió esa calidez.

—No sé de qué estás hablando y no tengo tiempo para perderlo con alguien que dice cosas raras —le soltó, le dio de nuevo la espalda y se apresuró a desaparecer por la calle por la que él había venido, la cual empezaba a llenarse ya de gente.

Entrecerró los ojos sobre esa extraña rubita y negó con la cabeza.

—Sí, lo sabes, no sé por qué o quién demonios eres, pero lo sabes —musitó para sí, echó un

vistazo al suelo en el que todavía quedaban algunos pedacitos de empanada.

Extrajo el reloj de arena de su bolsillo al tiempo que volvía a ver esa trenza balanceándose a la espalda de la mujer que se internaba entre la muchedumbre, bajó la mirada para ver la caída de la arena y sintió que se le paraba el corazón.

La arena se había detenido en su caída, daba igual si lo giraba de un lado o de otro, esta se negaba a caer.

—Olimpia...

Ahora, la *Muerte* tenía un nombre, pensó viéndola desaparecer finalmente, tenía un nombre y vivía como una mortal más.

CAPÍTULO 4

Olimpia no podía sacarse de la cabeza la mirada del hombre sobre ella, la manera en que la había recorrido, la sorpresa en sus palabras. Al principio pensó que estaba haciendo algún juego de palabras, bromeando por su torpeza, pero aquella última frase la congeló por dentro.

«Tienes el aura de la muerte, tu tiempo... debería haber acabado ya».

Sus palabras habían sido como un dardo directo a su corazón, su sonrisa se había borrado y, por primera vez, se permitió mirar atentamente a aquel hombre...

Él también posee el beso de la Muerte.

Había aprendido a llamar así a todas las personas que habían sido tocadas de un modo u otro por la Parca, aquellas que habían estado lo bastante cerca como para cruzar al otro lado y volver.

Era algo que siempre había sabido, incluso de niña, un don o una maldición de la que no podía deshacerse y que, por más que lo intentaba, no le encontraba una explicación lógica.

Sabía cuándo alguien iba a morir, podía verlo de algún modo, ver que su vida estaba a punto de terminar o que ya había terminado, así como también veía a aquellos que ya habían traspasado el umbral y caminaban de la mano de sus guías espirituales.

Pero con ese hombre había sido distinto, él había visto a través de ella, había visto esa indeleble marca de la que nadie más era consciente.

Echó un vistazo atrás, por encima del hombro, ¿y si la seguía? ¿Quién era él realmente? ¿Por qué la había mirado de esa manera? ¿Y por qué demonios había hablado con tanta confianza a un completo desconocido?

No tenía las respuestas y eso, por encima de todo, era lo que más miedo le daba.

Cerró los ojos con fuerza y volvió a abrirlos, pero la imagen de Reaper no se le iba de la mente.

¿Qué había en esos insondables ojos del color de los zafiros que la había llevado a hablarle con tanta familiaridad? ¿Por qué esa enorme montaña de hombre moreno de cabello y piel, un típico griego, no la había hecho recular, murmurar una rápida disculpa y desentenderse de él?

Se obligó a concentrarse en el camino y sortear a la gente, la rueda delantera de la bicicleta se había torcido lo suficiente como para que no fuese viable subirse en ella sin llevarse un nuevo

porrazo.

Temblaba como una hoja, no podía evitarlo, cada paso que daba se notaba tan inestable como la maldita bicicleta y la idea de soltarla y echar a correr se le antojaba cada vez más apetecible.

Apuró el paso todo lo que pudo y empezó a callejear por temor a que él pudiese seguirla. Siempre con un ojo puesto en la retaguardia, avanzó a trompicones, disculpándose con la gente a la que atropellaba, hasta alcanzar finalmente la calle paralela a la plaza *Monastiraki* y enfilarse la cuesta hasta su destino.

El sonido de la campanilla de la puerta de entrada de su negocio le provocó un inesperado alivio, entró hasta el fondo del local, dónde se encontraba la cocina y atravesó las puertas con la bicicleta haciendo que su empleado saltase.

—¡Jesús! Acabas de darme un susto de muerte.

—No eres el único que se lo ha llevado, créeme —replicó apoyando la maltrecha bicicleta en la pared para intentar desanudar los cordeles con pulso tembloroso—. Maldita sea, vamos, suéltate...

—Por todos los dioses. —Mica le cogió las manos y la obligó a apartarse y sentarse en un taburete—. Siéntate y respira. Te traeré un poco de agua, estás pálida como la leche. ¿Y qué demonios le has hecho a esa cosa?

—He tenido un pequeño encontronazo con el suelo —replicó con un mohín y señaló su maltrecha carga—. Y he perdido algunas empanadas en el proceso. Eso es lo que más me fastidia de todo.

—¿Las has hecho en casa?

—Por supuesto que las he hecho en casa —resopló poniendo los ojos en blanco—. Quería adelantar trabajo, pero ese hombre se cruzó en mi camino, los adoquines estaban sueltos y al intentar esquivarle... acabé sobre él y las empanadas por los suelos.

—Espera, ¿has acabado encima de un hombre? —repitió y soltó una alegre carcajada—. ¡Ya era hora!

Entrecerró los ojos y lo fulminó con la mirada.

—¿En serio? ¿Vamos a ponernos a hablar de eso ahora? ¿Cuándo he tenido un accidente y me ha parecido ver a la mismísima muerte ante mí?

Él lo miró de arriba abajo y chasqueó la lengua.

—Te encuentro bastante viva.

Sacudió la cabeza.

—Olvídalo —declaró y señaló la nevera—. Tráeme esa agua y deja de perder el tiempo.

—Sí, jefa, lo que usted diga —replicó con un mohín—. No sé ni para que me molesto, eres dura como el bendito Partenón.

Cogió el vaso con agua helada que le sirvió y lo bebió a sorbos, dejando que el frescor se deslizase por su garganta provocándole un pequeño estremecimiento.

—Gracias.

—¿Seguro que te encuentras bien?

Asintió y se pasó la mano por la cabeza.

—Llevaba el casco puesto y *él* amortiguó la caída, la verdad.

—¿Y quién es ese «*él*», porque estoy seguro de que no hablas del casco?

Negó con la cabeza.

—No estoy segura y, con sinceridad, no sé si quiero saberlo —admitió recordando esa mirada—. Dijo que su nombre... O mejor dicho, que lo llamaban Reaper...

—¿*Reaper*? Qué *creepy*.

No se hacía una idea de ello.

—Como sea, será mejor que vea qué podemos salvar y me ponga a trabajar —dejó el vaso de agua a un lado y se levantó, ya más serena—. Quédate en la parte de delante y atiende a quién venga, yo me ocuparé de lo demás.

—A sus órdenes, jefa.

Dejó que su compañero se retirase, cogió el delantal del gancho en el que siempre lo colgaba y se lo puso.

—De acuerdo, Olimpia, es hora de centrarse en el trabajo y dejar a un lado esa intensa mirada del color de los zafiros.

Solo esperaba que fuese tan fácil hacerlo como decirlo.

CAPÍTULO 5

*Esa misma tarde,
Colina Filopapo, Atenas*

Ella había desaparecido entre la muchedumbre dejándole con una intranquilidad que no había sentido en siglos. Nunca, en su larga vida, había estado tan cerca de la muerte como en el instante en el que tuvo a Olimpia delante y, maldita fuera, esa hembra era humana.

Reaper avanzó a paso rápido a través de uno de los senderos de la *Colina Filopapo*, a esas horas solo los que paseaban sus mascotas o salían a correr acababan vagando por sus alrededores y llegó a las ruinas que sembraban el suelo en una zona convertida en un perfecto mirador de la *Acrópolis*.

Las Musas habían establecido hacía eones su hogar en aquel frondoso lugar, susurrando al oído de los mortales y dotándolos de la inspiración que venían buscando. Este era uno de los pocos lugares en los que todavía era aceptado, uno de los templos en los que no había sido vetado y que le proporcionaba algo de paz.

Se detuvo en medio de las ruinas, el viento se levantó acariciándole el pelo, trayendo consigo susurros que lo hicieron sonreír.

—Hola a ti también, Terpsícore.

Una risa acompañó su frase al tiempo que la *musa de la danza* adquiría su forma original, vestida con el típico peplo griego, una guirnalda de flores adornándole el pelo y la lira entre las manos.

—Hacía tiempo que no nos visitabas, *Strategos*, ¿qué te trae a nuestra morada?

—Respuestas —admitió—. Respuestas a preguntas.

—¿Y qué preguntas son esas?

La única por la que había estado esperando desde el momento en que Celesta lo había traído de nuevo a la vida y dejó en sus manos el acertijo en el que se convertiría su destino.

—¿Mi muerte está en esta vida?

Ella sonrió y vagó por el terreno, sin llegar a tocar realmente el suelo.

—Tu vida está en esta muerte —la corrigió ella arrancando unas notas a su lira—. Aquella con la que debes danzar, aquella con la que ya te has topado, el fin de todo y el principio de tu porvenir.

—Olimpia.

La musa asintió.

—Ella fue besada por la muerte el día de su nacimiento y la muerte la ha acompañado desde entonces.

No pudo evitar fruncir el ceño.

—Pero es humana...

—Tú también lo fuiste —le recordó tomando asiento en el muro de antiguos restos—. Y aun así recibiste la bendición de los dioses...

Sus palabras lo llevaron a rechinar los dientes.

—Unos dioses que me dieron la espalda en cuanto tuvieron la oportunidad.

Sonrió con calidez y tibieza.

—Mientras unos te daban la espalda, otros preparaban el camino para tu regreso a casa, *Strategos* —aseguró con ese tono cantarín—. Los dioses son caprichosos, algunos más que otros y solo un puñado son capaces de reconocer sus errores y están dispuestos a enmendarlos, aunque jamás te lo dirán en voz alta...

Dudaba que hubiese una sola deidad que admitiese su error ni siquiera para sí mismo.

—¿Mi regreso a casa? —Señaló hacia la Acrópolis—. Ellos fueron los que me enviaron al *Inframundo*, los que me entregaron a Hades, los que permitieron que Celesta me trajese de vuelta... El hogar que conocía, en el que crecí, dejó de existir hace más de un milenio...

La musa deslizó los dedos sobre las cuerdas de sus liras y ladeó la cabeza como si estuviese escuchando su propia música, el universo o vete a saber.

—Todo héroe debe transitar por un camino lleno de obstáculos para poder alcanzar la gloria —le dijo—. No te rindas cuando estás ya tan cerca de la meta, *Strategos*, no tendrás otra oportunidad.

—¿Me estás diciendo que ella es mi meta, Terpsícore?

Ella sonrió con esa calidez y dulzura que parecía borrar cualquier preocupación.

—Es la Muerte que llevas esperando toda una vida y ya es hora de que le pidas un vals.

Con eso se elevó sobre él para darle un beso y con una nueva risita, desapareció.

CAPÍTULO 6

Una semana después...

Plaza Kotzia

¿Qué posibilidad había de encontrarte con el mismo hombre dos veces en una ciudad tan grande como Atenas? A la luz de los acontecimientos, parecía que más de las que Olimpia había llegado a pensar posible.

No había hecho más que internarse en la *Plaza Kotzia*, dónde esa tarde había quedado con su tía para hacerle entrega de un par de empanadas cuando lo vio cerca de la fuente, haciendo algo tan inocente cómo dar de comer a las palomas.

Se movió como una flecha para esconderse detrás de uno de los altos maceteros que rodeaban la plaza y lo observó desde una prudente distancia.

Estaba cometiendo una enorme estupidez y lo sabía, no necesitaba que la mirasen al pasar, ni que se riesen de su repentina acción furtiva, bastante avergonzada estaba ya de su propio comportamiento, pero no por ello abandonó su posición.

Lo más inteligente sería hacer cómo si no lo hubiese visto y cruzar la plaza en dirección al *Palacio Municipal*, podía bordear la fuente desde el otro lado y él ni siquiera se enteraría, pero eso no pondría solución a toda la inquietud que la había asediado esa última semana.

Su encuentro había sido breve y accidentado, pero desde el momento en que se alejó con su destartalada bicicleta, le había sido imposible dejar de pensar en él hasta el punto de obsesionarse con un completo desconocido.

Aferró la bolsa que llevaba consigo y se incorporó, respiró profundamente y se quedó totalmente inmóvil cuando vio cómo su aura fluctuaba adquiriendo una brillantez particular.

Las palomas a su alrededor decidieron levantar el vuelo en ese momento, formando una nube de alas y cuerpos de color gris que ocultaron durante unos segundos su presencia.

—¿Dónde...?

Salió de su escondite al ver que simplemente había desaparecido, ya no estaba al lado de la

fuelle y, por más que buscaba entre las pocas personas que atravesaban la plaza o disfrutaban dando de comer a las aves que se acercaban a ver qué podían obtener de los humanos, él había desaparecido por completo.

—Es imposible, no has podido...

—Nos encontramos de nuevo, Olimpia.

Su grito tuvo que escucharse en toda la plaza, pensó mortificada al darse cuenta de que acababa de soltar un alarido. El corazón le palpitaba a toda velocidad mientras miraba esos ojos, del color de los zafiros, fijos en ella y se daba cuenta, una vez más, de lo enorme que era ese hombre y de la huella que llevaba impreso sobre todo él.

El recién llegado hizo el gesto de querer avanzar hacia ella y su reacción fue inmediata, dio un par de pasos hacia atrás y levantó la bolsa con las empanadas a modo de advertencia.

—No des un solo paso más.

Su respuesta fue detenerse y levantar las manos y mostrarse cómo alguien inofensivo, algo difícil dado que llevaba a la Muerte por bandera.

—No te haré daño —le dijo con un tono profundo que la hizo estremecer de pies a cabeza—. Lo juro.

—¿Quién eres?

Su mirada se clavó en la suya, pero no había animosidad, ni nada que sugiriese que fuese peligroso, no más allá de lo que proclamaba su propia presencia.

—Sabes quién soy.

Negó con la cabeza con energía suficiente como para que su trenza volase al compás de sus movimientos.

—No. —Lo apuntó con un dedo y retrocedió otro prudente paso—. No sé quién eres y, en honor a la verdad, tampoco quiero saberlo. Si esto es por lo de aquella mañana, de verdad, no fue mi intención chocar contigo... Si quieres, te pago la tintorería de la ropa...

Enarcó una ceja y ladeó ligeramente la cabeza.

—Me tienes miedo.

¡Por supuesto que le tenía miedo! ¿Quién demonios no temería a la Muerte si la tenía delante? Y ya no digamos a un hombre con el que chocas una mañana y al que te vuelves a encontrar algunos días después cómo si te estuviese esperando.

Aunque el miedo no tenía que ver con lo que estaba sintiendo ahora mismo y sí con ese extraño vacío que llevaba sintiendo desde que tenía uso de razón, que había empezado a reconocer cada vez que estaba cerca de alguien que había sido besado por la Parca. Con él ese... tirón, era más fuerte, se sentía empujada hacia él, cómo si cada uno fuese una pieza de un imán y desearan volver a estar unidos.

Se lamió los labios y dio un nuevo paso, ahora a la izquierda.

—No tengo miedo de ti, sino de lo que representas —musitó en voz baja, una respuesta que debería haberse guardado para sí misma, pero que sus labios decidieron pronunciar.

Su comentario pareció sorprenderlo, porque acabó preguntando.

—¿Y qué crees que represento?

Apretó los labios negándose a pronunciarlo en voz alta, nunca llamaría a la Muerte de esa manera, no la quería más cerca de lo que ya la tenía.

—Déjame pasar... —pidió intentando sortearlo, pero él dio un paso hacia el mismo lado, impidiéndole pasar.

—Olimpia, espera...

Apretó los dientes y retrocedió al mismo tiempo.

—No pronuncies mi nombre, no te acerques a mí —murmuró en voz baja, sus ojos buscando los suyos—. Seas quién seas, no quiero estar cerca de ti.

Aquello lo llevó a entrecerrar los ojos.

—Sabes quién soy...

Negó con la cabeza una vez más.

—No, no lo sé —se negó a admitirlo y volvió a intentar rebasarlo por el lado contrario—, y como ya dije, no quiero saberlo...

Él estiró entonces el brazo y sus dedos se cerraron alrededor de su antebrazo.

—Detente.

El contacto fue como una descarga eléctrica, levantó la cabeza y solo pudo jadear al contemplar su rostro, uno cuyas facciones se habían afilado y oscurecido, cómo si su propio cráneo se hubiese impreso por encima de la piel mostrando un rostro cadavérico.

Dio un salto atrás, empujó su mano con decisión y cuando se negó a soltarla, le asestó un golpe con la bolsa de las empanadas.

—¡Suéltame ahora mismo! —jadeó, sintiendo que toda su sangre empezaba a correrle con mayor rapidez por las venas, haciendo bombear su corazón a un ritmo de vértigo—. ¡Déjame ir!

Él no solo no lo hizo, sino que se acercó más a ella, siguiéndola a medida que ella retrocedía, creando entre ambos una especie de baile sin sentido.

—No puedo hacerlo...

—Claro que puedes, solo tienes que aflojar los dedos —siseó intentando hacerlo ella misma—. ¡Suéltame o te doy de nuevo con la bolsa!

—No fue suficiente con todas las empanadas que destrozaste esa mañana.

El recordatorio la hizo darse cuenta de lo que acababa de hacer y gimió como si acabasen de decirle que iba a terminarse el mundo.

—¡Oh, mierda! ¡Mierda, mierda, mierda! ¡Eran las empanadas de Nikki! —jadeó horrorizada. Entonces volvió a darle con la bolsa, descargando sobre él toda su frustración—. Es

culpa tuya, una vez más es toda culpa tuya...

Entre bolsazo y bolsazo acabaron desplazándose por la plaza, la gente pasaba por su lado cómo si no se estuviese protagonizando una escena de violencia doméstica en plena calle o una mujer se esforzase por librarse de alguien indeseado.

¿Es que se habían vuelto invisibles o qué?

—¿Quieres estarte quieta con eso? —protestó él, sujetando ahora la bolsa de modo que iniciaron un nuevo tira y afloja.

—¡Suelta mis empanadas!

—Me atreveré a decir que a eso ya no se le pueden llamar empanadas —replicó tirando de la bolsa—. Estate quieta de una vez.

—¡Suéltalas!

—Por los dioses, qué belicosa eres.

La fuerza que hacía para mantener el tirón se aflojó, sus dedos se desprendieron de la tela y se encontró trastabillando hacia atrás. Perdió el equilibrio, el tacón de una de sus botas se torció y se encontró manoteando en el aire tras dar un nuevo paso atrás para estabilizarse, sin embargo el bordillo de la fuente apareció para ponerle la zancadilla y hacerla caer irremediabilmente en sus aguas.

La fuente no tenía apenas profundidad, pero tampoco era necesaria, dado que los cinco chorros que expulsaban agua estaban en pleno funcionamiento y prácticamente tuvo una pelea a muerte con uno de ellos.

—¡Mierda! ¡Joder! ¡Está helada! ¡Qué asco! ¡Putá agua!

Cada vez que intentaba ponerse de pie, resbalaba, el peso del abrigo ahora empapado tiraba de ella hacia abajo y le complicaba cualquier tipo de maniobra.

—¿Vas a quedarte ahí parado todo el día o piensas hacer algo para sacarla?

La inesperada voz femenina hizo que cesase en sus esfuerzos durante un milisegundo, se apartase el flequillo de la cara y se encontrase con la mirada fulminante de su tía Nikki sobre un sorprendido Reaper.

CAPÍTULO 7

Reaper se quedó inmóvil, mirando a la recién llegada cómo si no pudiese creer en su presencia. Daba igual que su apariencia fuese humana, que se hubiese teñido el pelo, sus ojos y esa aura inmortal que la rodeaba era inconfundible.

—¿Niké?

Los ojos de la mujer refulgieron con la reminiscencia de su poder, una silenciosa advertencia que se encargó de recalcar al momento.

«Debería convertirte en un gusano por destrozar mis empanadas, Strategos».

Entonces, en voz alta, añadió.

—¿A qué esperas? ¿A qué te den una medalla?

No entendía nada. ¿Qué hacía allí la diosa de la Victoria? ¿Quién era esa humana para ella? ¿Quién demonios era Olimpia?

—No necesito su a-ayuda... —Habían empezado a castañearle los dientes—. Pu-puedo salir so-sola.

—Por el amor de Dios... —masculló la mujer al tiempo que lo fulminaba una vez más con la mirada.

«De verdad, esperaba mucho más de ti».

La reprimenda y el tono en su voz lo sacudieron con la suficiente efectividad cómo para sacarlo de su estupor y ayudar a la muchacha.

—No me toques —siseó ella, pegándole con las manos heladas—. Es todo culpa tuya.

Se limitó a ignorarla, tiró de ella con fuerza y la levantó, notando el peso añadido del agua que escurría de toda ella.

—Ayúdale a quitarse el abrigo, ha debido de beberse media fuente ella sola —chasqueó la mujer, moviéndose al mismo tiempo para ayudar a la chica a salir del agua.

Como si el mundo se hubiese puesto de nuevo en movimiento, la gente que había mantenido en un limbo hasta ese momento, se percató del accidente y empezaron a mirar en su dirección y a interesarse por la caída que se habían perdido.

—¿Está bien?

—Sí, no se preocupe —se encargó de responder la diosa—. Ha sido un tonto accidente, solo está mojada.

—Estoy... congelada, que lo... sepas... —masculló luchando con los botones del abrigo.

—Déjame —le apartó las manos solo para que ella misma le apartase las suyas.

—Mantente-lejos-de-mí —pronunció cada palabra con lentitud, mirándole a los ojos con inusitado fervor—. ¡Es todo culpa tuya!

Dicho eso se giró hacia Niké y volvió a señalarlo.

—¡Se ha cargado tus empanadas! —lo acusó y añadió—. Es un acosador, tropecé con él hace una semana y... ¡Estoy segura de que se ha dedicado a seguirme!

—Yo no te he seguido y, te recuerdo, que has sido tú la que me ha empezado a dar bolsazos con eso —señaló la bolsa tirada a los pies de la fuente—. En cuanto a nuestro fortuito encuentro, te recuerdo que deberías aprender a andar primero en bicicleta, quizá así evitarías atropellar a la gente.

—¿Atropellaste a Reaper con la bicicleta? —preguntó la diosa perpleja.

—No, me atropelló ella —la señaló con un gesto—. Literalmente se me echó encima.

—¡Eso no es cierto! —protestó dando un pisotón en el suelo, entonces se volvió hacia la diosa con gesto contrariado—. Espera, ¿le conoces?

Ella asintió, pero no tuvo tiempo a explicarse porque él respondió al momento a su negativa.

—¿Vas a negar que caíste sobre mí?

Abrió la boca, pero volvió a cerrarla, entonces entrecerró los ojos y lo apuntó de nuevo con el dedo.

—Si vuelvo a verte cerca de mí, te denuncio.

—De acuerdo, de acuerdo —intervino la mujer alternando la mirada entre ellos y juraría que incluso estaba reprimiendo una sonrisa cuando se dirigió hacia él—. ¿Puedes explicarme qué demonios le has hecho a mi sobrina?

Se quedó mirando a la diosa, sus palabras no eran más que un eco en su mente, uno que tardó en asimilar.

—Tu sobrina.

—Sí.

Volvió a mirarla y frunció el ceño, eso solo podía significar que la chica tenía que ser hija de uno de sus hermanos, pero ninguno de ellos podía haberle dado ese poder de...

«¿De quién es hija?».

Pasó al contacto mental, pues intuía que la muchacha no apreciaría semejante interrogatorio delante de ella viniendo de un desconocido.

«Su madre la dejó siendo un bebé en la puerta de Kratos, su padre».

Kratos, era la personificación masculina de la fuerza y del poder, fiel siervo de Zeus y el

único que se atrevió a defenderlo delante de Atenea. En otra época habían sido más que amigos, casi como hermanos y ahora su hermana le decía que la humana que estaba ante él era hija suya.

«Y ella no tiene la menor idea, ¿no es así?».

Se limitó a dedicarle un encogimiento de hombros mental.

«Olimpia se ha criado como una mortal».

«Pero no lo es, no completamente».

Negó, ese manto que la envolvía, esa aura de brillante blancura no pertenecía a un mortal, ni siquiera a uno bendecido por los dioses.

«No, no lo es, tú mejor que nadie debería saberlo. ¿No reconoces a tu propia mitad? Ella quería deshacer el error cometido por los dioses y darte la oportunidad que no te dieron los dioses».

Ella... Solo había una mujer, una deidad que ostentaba tal poder, la única que le había hablado de su futuro.

«No ha llegado tu hora, Strategos, vivirás sin vivir, morirás sin morir, serás la Muerte que nadie puede ver, hasta que bailes con ella tu último vals».

«Es hija de...».

Niké le cerró la garganta, impidiéndole pronunciar su nombre.

«Incluso tú sabes que hay nombres que no deben ser pronunciados en voz alta».

No, a menos que quisieras convocarles y tratándose de ella, lo mejor sería ir con mucho cuidado.

«Será mejor que te presentemos a mi sobrina, Strategos o tendrás un problema mucho mayor».

La fulminó con la mirada y ella se limitó a sonreír con ironía.

—Olimpia, él es Reaper Kynigos —hizo las oportunas presentaciones—. Es un viejo amigo de tu padre, nos conocemos desde hace... mucho tiempo, aunque no sabía que estabas en Atenas.

—No suelo pasar mucho tiempo en el mismo lugar, pero de vez en cuando la nostalgia hace que quieras volver a tu ciudad natal —replicó mirando a los ojos de la diosa, entonces se volvió hacia ella—. Aunque nunca había tenido un recibimiento semejante.

Ella abrió la boca para replicar, pero la detuvo con un gesto.

—Y, solo para que conste en acta, la caída en la fuerte ha sido algo fortuito.

—Eres un acosador —lo increpó ella.

Su respuesta fue mirarla de arriba abajo y murmurar en voz baja.

—Dado que no era yo quien se ocultaba detrás del macetero mientras ejercía de espía...

Los ojos azules brillaron al momento.

—¡No te estaba espiando!

—¿Te escondiste detrás de un macetero para espiarle? —la incredulidad de Niké era

fingida, no así la diversión que intentaba contener por todos los medios.

«¿Te estaba espiando?».

«Ha sido pura casualidad».

Pero sí, había sido consciente de su presencia desde el mismo instante en que se presentó en la plaza y le había causado cierta diversión el que se escondiese detrás del arbusto de las macetas que marcaban el perímetro.

«Que interesante».

—Claro que no. —Su respuesta fue tan poco convincente que sintió pena por ella—. Me había detenido a... recolocar las empanadas cuando él me sorprendió por la espalda, dándome un susto de muerte.

—Me disculpo por ello, Olimpia.

—Vaya, tus modales han mejorado —soltó la mujer ganándose una fulminante mirada de su parte—. Serías un buen partido, ¿no crees, Olimpia?

—No, ni de broma, ni lo sugieras siquiera —siseó, mirando a su tía para finalmente volverse hacia él y señalarle—. No quiero tener nada que ver con él.

—Un poco tarde para eso...

—Acércate de nuevo a mí y llamo a gritos a la policía —le soltó la aludida en respuesta.

—¿No estás siendo un poquito drástica? —replicó mirándola a los ojos—. No te he hecho nada... aún.

—Buena manera de mostrar interés —ronroneó Niké—. Directo y conciso, todavía no te has casado, ¿verdad?

—¡Tía Nikki!

—Cariño, créeme, cuando los dioses deciden poner en tu camino a alguien como Reaper, lo mejor que puedes hacer es arrodillarte, dar gracias y luego follártelo.

—Ay Dios. —Olimpia se cubrió el rostro con una mano.

«¿Eso era necesario?».

Ella no le contestó, pero tampoco es que hiciera falta.

—Por cierto, tu padre me ha llamado —continuó la diosa, cambiando al momento de tema—. Quiere...

La chica se cubrió las orejas con las manos.

—No quiero saberlo —replicó y, acto seguido, estornudó—. Mierda.

—Esa boca —la sermonó Niké—. Olvídate de las empanadas, me pasará yo por el obrador a buscarlas.

Con eso, abrió su bolso y rebuscó en su interior hasta sacar un juego de llaves y entregárselo.

—Acompáñala a casa, ¿quieres? —pidió, pero su tono no aceptaba un no por respuesta—.

Que se quite todo eso, se dé una ducha...

—¿Te has vuelto loca? —jadeó ella e intentó arrebatarle las llaves, sin conseguirlo—. ¡Le estás dando las llaves de mi casa a un completo desconocido!

—Tu padre y yo respondemos por él —le soltó sin más y añadió—. Además, le has atropellado, le has machacado con las empanadas, ya no puedes considerarlo un desconocido...

—¿Pero qué demonios te has tomado hoy? —jadeó ella.

—Reaper, mi indigente sobrina prefiere el barrio obrero de *Monastiraki* a las zonas verdes de *Colonaki* —le informó y señaló hacia un lateral de la plaza—. *Calle Aristidou*, número 14. Piso tres.

Hizo un repaso mental de dónde estaba la calle y no pudo menos que enarcar una ceja.

—¿Vives allí? ¿En serio?

—Déjame adivinar, tú prefieres el lujoso barrio de Placa o las zonas verdes próximas al *Licabeto*.

—Pues sí —admitió sin más—, al menos están más limpias que el barrio en el que vives.

—¡Pues no tienes nada que hacer en él si tanto te disgusta! —le soltó e intentó recuperar las llaves una vez más—. Dame esas llaves.

—No —negó convencido—. Te han dejado a mi cuidado, así que, cuanto antes nos pongamos en movimiento...

Su respuesta fue mirar a Niké, quien se lo estaba pasando en grande.

—¡Le has dado las llaves de mi casa a un completo desconocido!

—No soy un desconocido, al parecer tu tía me ha colgado el cartel de «disponible».

—Eso en tus sueños —rumió ella.

Se limitó a contemplar las llaves antes de llevárselas al bolsillo del pantalón.

—Sería interesante aparecer en ellos.

—¿Pero quién te crees que...?

—Tienes que quitarte la ropa mojada antes de que pilles un resfriado —intervino Niké conciliadora—. Sabes que no te dejaría en manos de alguien a menos que confiase en él.

—Ni siquiera le conozco...

—Yo sí y te aseguro que estarás tan a salvo como quieras estarlo con él.

La vio abrir la boca y volver a cerrarla.

—Tu sexto sentido o como quieras llamarlo, no evitará que me asesine si esa es su intención.

—No tengo la menor intención de asesinarte.

—¿Lo ves? —replicó Niké y la besó en la frente—. Todo arreglado.

Solo entonces se giró hacia él y lo miró con una mortal advertencia en los ojos que no tenía absolutamente nada de ficticio.

—Te encargo lo más precioso que tengo, Reaper, más te vale protegerlo con tu propia vida, porque si algo le pasa, si tan siquiera la haces llorar, no habrá lugar en el mundo... o fuera de él, en el que puedas esconderte de su familia.

Dicho eso, compuso su rostro más beatífico y se volvió hacia su sobrina.

—Él ha hecho un largo viaje hasta aquí, no lo despidas sin escuchar primero su relato —la escuchó murmurarle al oído a la chica—. Si necesitas alguna cosa, llámame por teléfono. Enviaré a tu padre y él se encargará de esconder el cadáver.

La respuesta de Olimpia fue gemir en voz baja, como si acabase de caerle encima la *Gran Plaga de Atenas*.

CAPÍTULO 8

*Casa de Olimpia,
Monastiraki, Atenas*

—Dame la llave.

—No.

—Es mi casa —se plantó—. No vas a entrar.

—¿Te apuestas algo? —agitó las llaves y las introdujo a continuación en la cerradura.

—Eso es allanamiento de morada.

—Tengo tus llaves, tú estás aquí, ergo no estoy allanando nada.

La cerradura cedió bajo su giro de muñeca y la puerta se abrió dejando escapar el típico aroma de cocina casera.

—¿También te traes el trabajo a casa? —Empujó y se hizo a un lado para dejarla entrar—. Adelante.

—De acuerdo, has cumplido con tu parte del trato, estoy en casa y estoy bien, ya puedes irte.

—Invítame a entrar.

—¿Qué eres? ¿Un vampiro? —le soltó.

—No, soy... un mensajero.

—¿Un mensajero de qué?

—Dímelo tú —pidió en voz baja—. Algo me dice que ves mucho más que la mayoría.

Clavó esos ojos celestes sobre él y frunció el ceño.

—Lo único que veo en estos momentos es tu arrogancia.

Se llevó las manos a los bolsillos e insistió.

—¿Vas a invitarme?

—No.

—No te fías de mí.

—¡Bingo!

—¿Por qué me estabas espiando en la plaza?

—Yo no estaba...

—Olimpia...

—¡No pronuncies mi nombre! —Alzó la voz, entonces se contuvo, respiró profundamente y dejó escapar de nuevo el aire—. Por favor, vete ahora, antes de que sea demasiado tarde...

Su comentario lo llevó a mirarla con sospecha.

—¿Tarde para qué?

Se pasó las manos por el pelo, hizo un gesto de irritación y lo miró a los ojos.

—Para evitar que acabes en una maldita celda de comisaría —siseó y trató de mover la puerta que él todavía retenía—. Oh, vamos, incluso tú tienes que ver lo absurdo que resulta todo esto.

—Lo veo, pero no es algo que le preocupe, no ahora, al menos —admitió—. No todos los días se tiene la oportunidad de mirar directamente a la cara al propio destino.

—No soy un destino particularmente agradable —admitió y se señaló a sí misma—. Y seré uno incluso peor si sigo aquí, charlando contigo y pillo una pulmonía, así que, adiós y gracias.

Volvió a intentar empujar la puerta sin éxito.

—Entra, Olimpia —la empujó con suavidad—, date una ducha de agua caliente y después...

—No habrá ningún después —lo atajó—. Te vas ahora...

La obligó a entrar al tiempo que cerraba la puerta tras de sí.

—Me iré, si eso es lo que quieres que haga, cuando me haya asegurado de que no pillarás una pulmonía.

—¿Te das cuenta de que no nos conocemos de nada? —insistió—. Que mi tía y tú os conozcáis no es suficiente garantía...

—Y sin embargo, eso no importa, ¿verdad?

Abrió la boca dispuesta a replicar y, sin embargo fue incapaz de encontrar una respuesta, porque al igual que él, aún si ella no entendía el motivo, sabía que ambos estaban conectados a través de la Muerte.

—¿Cómo sé que no eres un asesino en serie y que si te dejo entrar en mi casa no me torturarás y me harás pedacitos?

Se la quedó mirando.

—¿Niké me habría dado las llaves si tan siquiera sospechara que yo podría ser un peligro para ti?

Aquello pareció desarmarla finalmente.

—No.

Asintió y entonces añadió.

—¿Crees que soy un peligro para ti?

—Sí, en más formas de las que deberías —declaró con rotundidad y aquello lo llevó a

sonreír.

—Te juro que nunca, en ninguna vida, algún daño te sobrevendrá de mi mano —declaró con total sinceridad.

Resopló.

—No deberías hacer juramentos si no piensas cumplir con tu palabra.

—Precisamente porque voy a cumplirla, es que te lo juro —replicó con sencillez—. Ahora, ve a cambiarte, estás tiritando.

Ella optó por bufar, levantó las manos hacia el cielo y masculló algo que no llegó a entender. Entonces se volvió hacia él y lo amenazó de nuevo con ese dedo que empezaba a tener ganas de llevárselo a la boca solo para a saber qué cara ponía.

—Tienes prohibido acercarte a cualquier habitación de este lado de la casa —señaló el pasillo a su izquierda—. Si vas a quedarte, ahí tienes la cocina y el salón. No toques nada.

Ladeó la cabeza.

—¿Puedo prepararme al menos un café mientras espero?

—Mi cafetera es de cápsulas —le soltó—, si la rompes, me la pagas.

—¿Siempre eres una anfitriona tan agradable?

Iba a responder, pero en su lugar estornudó—. Es igual, no contestes, ve a ducharte, Olimpia, tienes que entrar en calor.

No la dejó protestar, se metió en la cocina con la esperanza de que ella hiciese lo mismo y se fuese al baño. Si no lo hacía de una maldita vez, la llevaría él mismo.

Miró a su alrededor e intentó hacerse un retrato de la mujer que vivía en aquella casa, alguien cuya existencia y cometido desconocía y que, sin embargo, había nacido para él.

Olimpia era hija de dos dioses, una diosa por derecho y, sin embargo, su humanidad era total, era mortal, solo esa conexión tan estrecha con la muerte la convertía en alguien especial.

Celesta, ella le había dado la clave del futuro aún sin saberlo, la piadosa muerte lo había traicionado trayéndole a la vida solo para resarcirlo ahora con esta dulce mensajera.

—Kratos y Celesta —Sacudió la cabeza—. Menuda combinación.

No sabía cómo había terminado su antiguo amigo con una *Diosa de la Muerte*, pero sí lo que decía Niké era verdad y Olimpia había sido dejada a su cuidado, estaba claro que lo que quiera que hubiese pasado entre ellos había sido fugaz.

Pero, ¿por qué entregársela a ellos? ¿Por qué los dioses emergían ahora de sus agujeros cuando le habían dado la espalda durante tantos siglos?

Nadie se había acercado a él desde que entró a formar parte del personal del Hades, las únicas deidades con las que había tenido contacto hasta el momento, le habían provocado más dolor que compañía y de repente, aquella humana que olía a empanada chocaba con él y su mundo daba un giro de trescientos sesenta grados.

Debería estar furioso, rabioso incluso por qué jugasen con él de aquella manera, pero Olimpia era inocente, posiblemente la única inocente de todos ellos.

Recorrió la pequeña cocina con la mirada, localizó la cafetera y las cápsulas pulcramente colocadas en un soporte de metal. La habitación olía a comida, era el aroma del pan y las especias de la cocina tradicional griega, las encimeras estaban impolutas, solo había algunas piezas de loza secando en el fregadero de doble seno y un par de coloridos paños descansando sobre la redonda mesa de desayuno bajo la ventana.

Una conocida marca de cereales descansaba al lado de un par de botes para el café, el cacao y el azúcar bastante coloridos, mientras un viejo frutero pedía a gritos que se repusiera el material que ya iba escaseando.

Una pizarra magnética pegada a la nevera contenía algunos apuntes, varios imanes hablaban de los distintos lugares que había visitado y algunas notas de colores contenían teléfonos y curiosas frases con mensaje.

Eran las huellas de una mujer independiente, casera, puede que un poco caótica, alguien que disfrutaba de las pequeñas cosas y que parecía huir de la sofisticación.

—Una mujer mortal —murmuró para sí.

Sacudió la cabeza, recogió dos tazas del fregadero y, tras comprobar las cápsulas que había, preparó dos capuchinos.

CAPÍTULO 9

Olimpia no sabía cómo había terminado en esta situación, no era del tipo de mujeres que metía en su casa a un tío al que no conocía de nada, su hogar era como un santuario y el que Reaper estuviese ahora en él la desconcertaba tanto como la ponía nerviosa.

¿Cómo demonios era posible que su tía y él se conocieran? Porque tenía claro que así era, la manera en que se habían hablado, las miradas fulminantes y esa sutil advertencia en los ojos de la hermana de su padre para con el tipo al que había atropellado esa mañana, hablaba de un entendimiento bastante profundo.

¿Podría haber sido cosa de su tía? ¿Habría orquestado ella todo esto desde el principio?

Nikki era muy capaz de eso y más, se recordó a sí misma, no había una sola cosa que recordase que hubiese dejado inconclusa. Era como si la vida supusiese un completo desafío para ella, uno en el que siempre debía salir victoriosa.

Niké. Él la había llamado Niké, un diminutivo que había oído alguna que otra vez en la voz de su padre. Había muy poca gente que la llamase por su nombre completo, Nicole, desde que tenía uso de razón, siempre había sido Nikki... Y ella parecía tener todas las papeletas para haberla metido en esto.

Limpio el vaho del espejo con una mano y se encontró con su imagen borrosa, tenía el pelo rubio suelto cayéndole por la espalda, la toalla se ajustaba a su menuda figura y sus ojos parecían haber adquirido esa profundidad que solían mostrar ante la cercanía de la muerte.

—Pero, ¿por qué? —murmuró para sí, ladeó la cabeza y miró hacia la puerta cerrada con llave—. ¿En qué demonios estabas pensando, tía Nikki?

Su tía no tenía la menor idea de su particular afinidad con el otro lado, ignoraba su capacidad para ver el aura de aquellas personas que estaban cerca de la muerte o como se sentía atraída hacia ellas, cómo tenía la inexplicable necesidad de acompañarlas en sus últimos momentos hasta que sus almas pasaban al otro lado.

En alguna ocasión creía haber visto incluso sombras rondando a esas personas, siluetas que parecían acompañarles en su último suspiro, pero cuando eso sucedía, apartaba la mirada hasta que se marchaban.

No quería que la viesen, no quería que supiesen que era consciente de su presencia, de hecho, hacía todo lo posible por escapar de ese extraño tipo de atracción, por ignorarla, pero en ocasiones era tan difícil...

—Y con él esa atracción es incluso más acuciante —murmuró poniendo en palabras sus emociones.

Un mensajero. Cuando le preguntó que era, se limitó a decir que era *un mensajero*, pero, ¿de quién? ¿De qué?

Se estremeció. Nadie vivo tenía un aura tan intensa, no con esa huella tan tangible, de mil y una formas, ese hombre debería estar muerto, debería haber cruzado ya al otro lado y no estar en su cocina haciendo Dios sabe qué cosa.

Se posó una mano por el pelo con gesto desesperado. El corazón empezó a latirle con más fuerza o puede que solo fuese producto de su nerviosismo, de saber con arrolladora seguridad que él estaba en algún lugar al otro lado de esa puerta y sentir la necesidad de ir a su encuentro.

—No puedes perder la cabeza ahora, Olimpia, no es un buen momento —le dijo a su reflejo en el espejo—. Sal ahí fuera y échalo, dile que se vuelva a casa y te deje en paz. Entonces llama a tu tía y dile que meta sus narices en algo más productivo.

Asintió para sí, le lanzó un beso a su propio reflejo y giró sobre sus pies desnudos

decididos a echar a aquel tipo de su casa.

Le quitó el pestillo a la puerta del baño, respiró hondo y la abrió. Al momento un delicioso aroma a café llegó hasta su nariz, la boca se le hizo agua y acabó por dejarse llevar por el aroma hasta el umbral de la puerta de la cocina.

Él estaba de espaldas a ella, sorbiendo el café mientras miraba por la ventana. A pocos centímetros de él, sobre la mesa del desayuno, había otra humeante taza.

—Te he preparado un *capuchino*... —Aquellos ojos color zafiro se giraron entonces en su dirección y todo pensamiento coherente abandonó su mente—. Supuse que podría... apetecerte.

La mirada que deslizó sobre ella la estremeció, se sintió más desnuda que nunca y, contraria a la vergüenza que debería haber sentido, tembló de inesperado deseo.

—No... No me apetece.

Se dio la vuelta con tal rapidez, que acabó dando un pequeño resbalón que la llevó directa al suelo. El golpe le arrancó el aire de los pulmones, un relámpago de dolor le atravesó la cadera y no pudo evitar soltar un exabrupto en el mismo momento en que él aparecía por la puerta.

—Olimpia, ¿estás bien?

Apretó los dientes y se negó a soltar una sola lágrima mientras aferraba la maldita toalla con fuerza contra su cuerpo mientras intentaba sentarse.

—¡Esto es culpa tuya! ¡Lárgate de mi casa! —Levantó la cabeza y señaló con el brazo la salida—. ¡Vete!

Le escuchó chasquear la lengua y un segundo después estaba acucillado a su lado, con las manos sobre su cuerpo, comprobando que estaba de una sola pieza.

—¡No me toques! —le pegó cada vez que sus manos se posaban sobre ella—. No tienes derecho a...

—Silencio.

¿Acababa de mandarla callar? ¿Cómo se atrevía?

—¡No voy a callarme, capullo! ¡Quítame las manos de encima!

Pero no lo hizo, la levantó del suelo sin esfuerzo alguno y clavó una vez más esos zafiros en ella.

—¿Siempre montas pataletas cuando no te sales con la tuya?

—Yo no monto pataletas.

—¿Y esto qué es?

—Una efusiva declaración de intenciones.

Su respuesta lo cogió por sorpresa, entonces se echó a reír, una carcajada de verdad, de esas que notabas en todo el cuerpo.

—Por los dioses, tienes respuesta para todo.

Su risa era agradable, sexy y contagiosa, posiblemente se hubiese reído también si no

estuviese prácticamente desnuda y en sus brazos.

—Déjame en el suelo —gruñó.

—Lo haré cuando esté seguro de que no te romperás la crisma intentando escapar de mí.

Dicho lo cual se dirigió hacia el pasillo que le había prohibido visitar.

—¿Me dices cuál es tu dormitorio o tengo que adivinarlo?

—¿Te digo dónde está la puerta de salida, que parece que se te ha olvidado?

Sonrió, se limitó a mirar hacia delante y mantener esa sexy sonrisa en los labios.

—No te caigo bien, ¿eh?

—No te conozco como para emitir tal juicio.

—Una respuesta inteligente —admitió y le dedicó una soslayada mirada—. Así que, ¿qué te parece si empezamos a conocernos?

—Te ha enviado mi tía, ¿verdad? —le soltó—. Quiero decir, todo este rollo del encuentro fortuito, la seducción... el darte las llaves... Todo esto lo ha orquestado ella.

—No he visto a Niké desde... hace siglos —replicó con una mueca—. ¿Derecha o izquierda?

—¿No ibas a adivinar?

Sus labios se curvaron de nuevo y deslizó la mirada sobre su cuerpo.

—Puedo adivinar que tienes una figura preciosa, una piel blanca y unos pechos suculentos.

Abrió los ojos como platos, sus palabras volvieron a hacerla consciente de que estaba prácticamente en cueros.

—¡Bájame! ¡Suéltame ahora mismo! ¡Déjame en el...!

Sus protestas fueron ahogadas por su boca. La besó, incursionó en su boca, la acarició con la lengua y se bebió sus protestas. Era persuasivo, seductor, no había agresividad en su toque, pero sí dominación, una sutil manera de decirle que no era necesario que luchase y que rendirse era una buena opción.

No supo cuándo cedió, pero se encontró devolviéndole el beso y suspirando en su boca un segundo antes de que él lo interrumpiera.

—Tu dormitorio.

—No te lo diré —declaró mirándolo a los ojos, reafirmando a pesar de que su cuerpo había abandonado la lucha.

Sonrió y le miró los labios.

—Niké no tiene nada que ver con esto —le dijo entonces—. No sabía ni que existías hasta esta misma mañana, cuando te caíste de la bici, sobre mí... Hasta ese momento, no fui consciente de que eras alguien muy parecida a mí.

Tragó y mantuvo la mirada sobre él.

—No sé a qué te refieres.

—Tú también ves aquello que los demás no ven. —No era una pregunta—. La presientes, sabes cuándo llegará...

Lo certero de sus palabras que hicieron temblar.

—Sabes quien tiene su marca.

Se estremeció.

—Y la has visto en mí, del mismo modo que yo la veo en ti —terminó con suavidad—. Eres parte de ella... ambos lo somos.

Negó con la cabeza.

—Yo no soy...

Volvió a besarla. Fue suave, un roce de labios, pero suficiente para que quisiera responderle, para que quisiera esa cercanía.

—No te tocaré si no quieres que lo haga, te dejaré si es lo que deseas, lo último que quiero es ahuyentarte... —comentó lamiéndose los labios, mirándola—. Pero no voy a mentirte para hacer que te sientas bien, eres como yo, eres parte de ella y por más que queramos huir, nunca correremos lo bastante rápido... Ella...

Le tapó la boca con los dedos, interrumpiéndole, sus palabras haciendo eco todavía en sus oídos.

—La puerta de la izquierda —murmuró.

Le sostuvo la mirada, echó un vistazo en esa dirección y acto seguido, la dejó resbalar hasta el suelo.

—Puedo dejarte aquí y esperar en la cocina —le dijo—. Soy consciente de que no me conoces, de que soy un extraño para ti...

Tenía razón, sus palabras eran coherentes y aun así, estando en sus brazos, estando ahora delante de él, habiendo escuchado esas palabras...

—No me gusta el *capuchino* —respondió y, rogando para sus adentros no equivocarse, se dejó llevar por el instinto y se soltó la toalla dejándola caer al suelo—. Solo lo tengo para las visitas...

La recorrió con la mirada.

—¿Y qué es lo que te gusta?

—El chocolate.

Bajó sobre ella, planeando ante sus labios.

—Lo recordaré.

La besó, con ternura, con persuasión, permitiéndole elegir algo que hasta ese momento no sabía ni que quería y lo eligió por encima de todo, lo eligió a pesar de esa vocecita en su cerebro que le ordenaba detenerse, lo eligió porque, de un modo que todavía no entendía, lo había estado esperando toda su vida.

CAPÍTULO 10

Olimpia estaba sumergida hasta las orejas en una delirante fantasía. No existía otra forma de explicar lo que ocurría, lo que quiera que hubiese dado comienzo en el mismo momento en que se conocieron.

No había una explicación lógica para su comportamiento, para una necesidad que nacía tan solo en su presencia y que los había conducido a ese febril encuentro en su dormitorio.

Recuperó el aire en el breve paréntesis que le permitieron sus labios, sus manos recorrían ahora su cuerpo desnudo, jugaban con sus pechos, torturándola y excitándola más allá de lo imaginable.

Echó la cabeza atrás y gimió cuando su boca encontró ese pequeño punto en su garganta, uno cuya existencia desconocía, que la hacía contorsionarse y humedecerse cada vez más.

—Deja de pensar —escuchó su voz cerca del oído—, no hay nada por lo que debas preocuparte. —Dejó su cuello un breve instante y la miró a los ojos—. Este momento es nuestro, deja todo lo demás detrás de esa puerta...

Deslizó los nudillos por su brazo desnudo, indicando con un breve gesto la puerta del dormitorio.

—Siénteme, Olimpia, solo siénteme y deja que se desvanezca todo lo demás.

Volvió a besarla, su lengua traspasó la línea de sus dientes y se encontró con la suya, iniciando un caliente y lento baile erótico ante el que solo pudo gemir. Notó sus manos moldeándole los pechos, bajando por sus costillas, acariciándole el ombligo para que finalmente, una de ellas, se introdujese entre sus piernas, acariciándola.

—Tu cuerpo habla por sí solo —ronroneó, tras dejar un sendero de besos que recaló en su oído—, escúchale, deja que te muestre el camino...

—No necesito de ese tipo de indicaciones para saber por dónde...

Las palabras se le atascaron en la garganta cuando las caricias masculinas se volvieron más osadas y uno de esos largos y gruesos dedos se introdujo en su interior.

—No, sé que no las necesitas —replicó él risueño antes de mordisquearle el lóbulo de la oreja mientras la masturbaba, entrando y saliendo de ella, extendiendo la humedad natural que lubricaba su sexo—. Lo sé por la manera en que te humedeces, por lo caliente que estás... y eso hace que desee más de ti, que lo desee todo. ¿Me lo darías, Olimpia? ¿Me darías todo?

Gimió incapaz de lograr que sus labios dejaran escapar una respuesta coherente.

—Quiero verte disfrutar, quiero escucharlo en tu boca, en sus gemidos y en la manera en que tu cuerpo responde a mi llamado.

Su cerebro se había convertido en papilla para bebés y poseía su mismo intelecto. Todo lo que pudo hacer fue girar la cabeza, encontrar su boca e iniciar un lánguido beso al que él respondió con absoluta generosidad.

—¿Eso es un sí, Olimpia?

¿Un sí a qué? ¿Qué diablos le había preguntado? ¿Importaba acaso? Todo lo que deseaba en esos momentos era deleitarse en el calor del cuerpo masculino, en la dureza de sus músculos y el ardor que le provocaban sus manos. Él la trataba con delicadeza, sabía qué teclas presionar para obtener una nota perfecta y no podía más que obedecer sus órdenes como un instrumento bien afinado.

—Sí.

Sí a todo lo que quisiera hacerle, a que siguiese cortejándola de esa manera y la cuidase con el mimo que ponía en cada una de sus caricias. Había extrañado tanto sentirse querida de esa manera, sentir que era algo más que un mero objeto. Una mujer quería sentirse deseada y atesorada aunque solo fuese una vez en la vida y el que ella lo consiguiese con ese completo desconocido la dejaba tan estupefacta como el hecho de le estuviese permitiendo tanto.

¿Por qué había accedido a esto? ¿Por qué anhelaba sus caricias como si hubiese estado esperándolas toda la vida?

—Ven a mí, solo déjate ir y ven a mí —escuchó su voz, alta y clara en su oído—. Siente y disfruta de lo que te doy, no pienses en nada más. Deja que te entregue aquello que ambos anhelamos, soy el único que puede hacerlo, el único que entenderá la profundidad de lo que eres, de lo que siempre has sido y lo que serás.

Le mordisqueó el labio inferior, lo chupó con fuerza y lo dejó ir.

—Ven... —repitió con esa voz melosa y sensual que la deshacía por completo—. Solo ven...

Se dejó ir por completo prisionera de sus palabras, su cuerpo cedió a sus demandas y suspiró al sentirle abrirse paso entre sus piernas, al notar la punta de su pene empujando en su abertura, deslizándose en ella hasta que la sensación de sentirse repleta por ese duro miembro le arrebató el aliento.

—Reaper —pronunció su nombre echando la cabeza hacia atrás, aferrándose a sus hombros y apretando la cadera contra la suya mientras escalaba su cuerpo, enroscándose alrededor de su cintura.

—Te tengo... —gruñó él, antes de sentirlo abandonar su ceñido sexo para volver a penetrarla con suavidad.

Su unión se convirtió en un lento vaivén, un baile íntimo lleno de besos y caricias que la fueron desarmando hasta dejarla totalmente desnuda y a su merced. Clavó los dedos en sus hombros y se recreó en la intensidad compartida, en la marea de sensaciones que la arrastraban sin remedio hacia un demoledor orgasmo que casi podía acariciar.

—Oh dioses —gimió, sacudiendo la cabeza, buscando de nuevo su boca y envolviendo su lengua con la de él prisionera de una creciente necesidad.

Le lamió los labios y la apretó contra la pared, utilizando esta como punto de apoyo, mientras entraba y salía de su cuerpo con mayor fuerza y velocidad.

—No mentes a aquellos que nos han abandonado, mi Olimpia —le susurró al oído—. Aquí solo estamos tú y yo, solo nos tenemos el uno al otro...

—Reaper —gimió en su oído, ciñéndole con los muslos, deseando lo que él le daba.

—¿Más? —le susurró él.

Ella asintió.

—Pídelo —replicó con un masculino gruñido de placer—. Pronuncia mi nombre, pequeña diosa. Dime lo que deseas y te complaceré.

Se lamió los labios.

—Te quiero a ti —admitió sintiendo que se liberaba con esas palabras—, quiero esto, deseo más de esto, quiero sentirme así siempre... Quiero sentirte así...

—¿Así? —Giró sus caderas, tocándola en un punto especialmente sensible que la dejó jadeando.

—¡Sí!

Escuchó su risa un segundo antes de que le diese aquello que había pedido, llevándola más y más alto, volviéndola loca de deseo e impidiéndole al mismo tiempo pensar en cualquier cosa que no fuese ese hombre poseyéndola y marcándola de por vida.

Una y otra vez pronunció su nombre y pidió más de ese exquisito placer, de la ternura con la que la envolvía y la hacía ascender a las nubes. El orgasmo llegó sin previo aviso derribando las barreras que había instalado en su interior, arremetiendo con todo hasta dejarla totalmente expuesta a su amante y a lo que él quisiera hacer con ella.

Se aferró a él con desesperación, ocultó el rostro en su hombro mientras la utilizaba para llegar a su propia liberación, empujando con fuerza contra ella, follándola como si quisiera perderse eternamente en ese erótico momento.

—No te escondas de mí —lo escuchó gruñir un segundo antes de que una de sus manos le ciñese la barbilla obligándola a encontrarse con su mirada—. Nunca te escondas de mí, Olimpia, nunca te escondas de mí.

Su boca encontró entonces la suya en un hambriento a la par que suplicante beso en el que ahogó el grito de su propio orgasmo.

CAPÍTULO 11

*Estoa de Átalos
Ágora Griega, Atenas*

«*Dame una buena razón para no arrancarte los ojos ahora mismo, mensajero*».

Reaper ignoró la brusca y potente voz que atravesó el éter, abandonó la cama en la que dormía plácidamente su compañera y, tras arroparla y asegurarse de que no se despertaría en un buen rato, se vistió con un solo pensamiento y dejó que aquel tirón lo guiase al lugar en el que acababa de ser convocado.

Hizo una mueca al encontrarse en la *Estoa de Atalos*, a esas horas de la noche la única iluminación que proveía iluminación eran los focos que realzaban el tamaño de aquel monumental edificio.

Su antiguo amigo y compañero de batallas, lucía su antiguo atuendo, evidenciando con la espada en la mano y el ceño fruncido en su rostro que aquella convocatoria no traía consigo una reunión amistosa.

—¿Qué haces rondando a mi hija?

Dejó que su cuerpo se cubriese con su propia armadura y se dispuso a hacer frente a la encarnación de la Fuerza.

—No la estoy rondando...

—Más te vale que no lo hagas, que ni siquiera la mires, porque ella está fuera de tu menú.

Apretó los dientes y luchó por dominarse.

—No eres nadie para decirme con quien debo o no pasar mi tiempo —le soltó—, y mucho menos para prohibirme estar cerca de Olimpia. Ella me pertenece, nació para mí, puedes consultar con esas tres zorras griegas que tejen el destino...

Su respuesta fue enarbolar la espalda y lanzarse hacia él con furia y rabia a partes iguales.

—¡No tocarás un solo pelo de su cabeza!

Descargó el arma sobre él, obligándole a convocar sus espadas gemelas, el único regalo que le había hecho Hades. El sonido del acero con acero resonó en el solitario edificio, chispas

de colores surgieron del contacto enviándolos a ambos a varios metros de su oponente con la fuerza de su ataque.

—¡Deja de comportarte como un energúmeno! —escupió—. Es mi mujer, ni tú, ni ninguno de los dioses que una vez me disteis la espalda vais a apartarla de mi lado. ¡No me arrebatáis de nuevo lo que le pertenece!

—¿Qué has dicho?

Sus ojos se convirtieron en dos ascuas ardientes, su rostro enrojeció y empezó a bufar como un toro.

—¿Tu mujer? ¡*Tu mujer!* —Emitió un grito ensordecedor que hizo temblar el suelo a sus pies—. Te mataré, te mataré de modo que no vuelvas a volver a la vida.

Se preparó para un nuevo ataque, incluso sonrió, había echado de menos una buena pelea de vez en cuando.

—Te desafío a que lo intentes —declaró burlón —, pero he de advertirte que ya lo intentaron otros y no consiguieron nada. La Muerte siente una especial atracción por mí, no me permite morir y, créeme, he intentado liberarme de sus garras, pero al parecer la única que puede darme ese fin es *mi mujer...*

Entrecerró los ojos y se lanzó de nuevo sobre él.

Lucharon como en los viejos tiempos, cada golpe de espadas resonaba como un trueno en el solitario foro, no había contención, ni reservas, su oponente no se refrenaba lo más mínimo y sabía que si no tenía cuidado, podría terminar recibiendo algún corte.

No había mentido al decir que no podía morir, la muerte lo eludía, pero eso no quería decir que no sangrase, Hades se había encargado de hacérselo ver de las maneras más creativas.

—Eso es porque todavía nadie te ha cortado en pedacitos —rugió lanzándose sobre él con todo lo que tenía.

Sin embargo, antes de que sus respectivas armas pudiesen encontrarse, una cegadora luz los separó de golpe.

—¡Suficiente!

Niké apareció entre ellos, vestida para la guerra, tan altiva y hermosa como la guerrera que era.

—¡Parad de una puta vez! —Los fulminó con la mirada—. ¿Habéis perdido la cabeza o qué? ¿Queréis cabrear a medio Olimpo o qué?

—No te metas, Niké, esta escoria ha seducido a mi niña...

Niké puso los ojos en blanco.

—Tu niña es mayor de edad y puede acostarse con quien le dé la gana —lo apuntó con el dedo.

—Niké —gruñó amenazante.

—Le pertenece a Xanthus —insistió cabreada—. Nació para él porque ninguno de nosotros tuvo los ovarios o huevos de enfrentarse a Atenea y hacerle ver que se había equivocado.

El inesperado comentario lo cogió por sorpresa.

—Todos nosotros lo condenamos —insistió desafiando a su hermano.

—¡Traicionó a los suyos!

—¡Me engañaron! —protestó él—. Esas malditas *Hisminas* se presentaron en el campo de batalla... ¡Jamás habría dado la espalda a mis hermanos!

—Todos fuimos engañados, *Strategos* —declaró Niké—. Pero tú fuiste el único que pagó por todos nuestros pecados.

—Niké...

—Xanthus tiene derechos sobre Olimpia, del mismo modo que ella los tiene sobre el *Strategos* —zanjó la mujer—. La madre de tu hija se encargó de dárselos, así que punto en boca y deja de joder.

Con eso, le dio la espalda y lo miró a los ojos.

—Cuida de ella. —No era una petición, era una advertencia—. Porque si derrama una sola lágrima por tu culpa, no te salvará ni el maldito Hades.

Miró a Kratos y este entrecerró los ojos.

—Una sola lágrima y no dudaré en hacerme un collar nuevo con tripas.

Los miró a ambos.

—Yo no seré el que le haga daño —admitió en voz baja—, todo parece indicar, que el culpable de ello seréis vosotros...

Su respuesta trajo consigo un bramido del dios.

—Voy a matarte y a la mierda...

—¡Kratos! —lo detuvo Niké y lo fulminó a él con la mirada.

—Puede parecer mortal, puede vivir como mortal, pero sus poderes no pertenecen a este mundo —insistió, enfrentándose con ellos—. Es hija de dos deidades, eso la hace una diosa de pleno derecho... ¡Y no tiene la menor idea de ello!

Avanzó sin temor hacia ambos.

—Pero que se puede esperar de los dioses, que se puede esperar de aquellos que solo ven a los mortales como meros peones de su tablero de juegos, las cabezas de turco perfectas o alguien a quién utilizar para sus propios juegos —siseó, no se dejó nada—. Yo soy responsable de mis actos, de mis decisiones y mis equivocaciones, pagué por ellas, pagué muy caro... Aún sigo pagándolo y es de nuevo por vuestra propia necesidad de redención.

Se lamió los labios y contuvo su mal humor.

—Hacedme un favor y olvidaos de mí —siseó—. Olvidaos de nosotros, porque desde esta misma noche, existe un *nosotros* y no dejaré que nadie se interponga.

—Si piensas que voy a dejar a mi hija en tus manos...

Reaper hizo desaparecer sus armas y lo miró.

—Ya lo has hecho —replicó Niké, quien parecía ver aquello con otros ojos—. Lo hiciste en el mismo momento en que decidiste darle la espalda para casarte con esa ninfa...

Puso los ojos en blanco.

—Si ya habéis terminado —miró a uno y al otro—, mi mujer me espera.

Sin más, inclinó la cabeza y se esfumó dejándolos solos.

—Deberías haber dejado que le cortase los huevos.

—Cállate, idiota —resopló—. ¿Era necesario que sacases la espada?

Resopló con obvio cansancio.

—Ella no está preparada para esto, no tiene la menor idea de qué se le viene encima...

—¿Y de quién crees que es la culpa? —le recordó ella.

Resopló y sacudió la cabeza.

—No puedo dejar que siga a ciegas, no cuando él parece más que dispuesto a reclamarla y quedarse con ella —resopló—. Hades no lo dejará marchar, no sin pelear...

—Y por eso mismo ha llegado el momento de decirle a Olimpia quién es en realidad, para que ella sí pueda hacerlo.

—Esperaba no tener que hacerlo nunca, Niké.

Su hermana asintió.

—No eres el único, Kratos —admitió ella—. Pero ella nació para salvarle, es el regalo que quiso hacerle Celesta para contrarrestar todo el daño que le hicimos nosotros... Ahora, debemos poner de nuestra parte y preparar a esa muchacha para aceptar su papel de diosa.

—Solo espero que este plan que urdiste para unirlos, no termine estallándonos en la cara.

Ella asintió.

—Lo mismo espero, hermano, lo mismo espero.

CAPÍTULO 12

*Minutos después,
Reino del Inframundo.*

—¿Quién es ella?

Reaper se mordió la lengua y procuró mantener una expresión en blanco mientras comparecía ante Hades.

Hades lo había convocado nada más hubo abandonado el *Ágora Antigua*, sintió el tirón en su voluntad y se dejó llevar. No era el momento de desafiar al *Señor de los Muertos*, sabía muy bien como terminaban sus escaramuzas y ahora mismo necesitaba toda su anatomía intacta, la piel sobre los músculos y sus ojos dentro de las cuencas.

Se presentó ante él en la infernal sala de audiencias y procuró no mostrar ni una sola emoción ante el circo de almas en distintas fases de castigo con las que había decidido decorar la lúgubre sala.

El Dios era justo en sus juicios, incluso amable con las almas destinadas a los *Campos Elíseos*, pero aquellos destinados al *Tártaro*... disfrutaba especialmente castigándolos antes de enviarlos a la tortura eterna.

Procuró que no se le secase la boca y habló.

—Es una mensajera —respondió, dándole una pincelada de verdad y guardándose los detalles—. Una humana tocada por la muerte.

La manera en que descruzó las piernas y volvió a cruzarlas, no era precisamente una buena señal. Las manos que reposaban sobre las calaveras que formaban parte de la silla del trono, empezaron a abrirse y cerrarse, para finalmente detenerse en seco.

—¿Y su alma?

Apretó los dientes.

—No está lista para ser cosechada —replicó intentando mantener el tono lineal y no dejar traslucir el miedo y el odio que sentía en esos momentos. Si se atrevía a ir a ella, le clavaría la

maldita espada entre los ojos.

—Una verdadera lástima —declaró, se llevó los dedos al mentón y se lo frotó lentamente—. Pero, ¿qué es el tiempo para un inmortal?

Sus labios se curvaron lentamente en una peligrosa sonrisa.

—Un alma tocada por la muerte, custodiada por dos dioses menores... —Sus palabras dejaban claro que sabía más de lo que había dejado ver, que lo había puesto a prueba y había fallado—. Es asombroso como se ha mantenido a salvo de ojos curiosos, lejos incluso de la mirada de mi hermano... Pero los secretos antes o después se desvelan, ¿no es así, *mi general*?

Sus ojos se clavaron en él.

—Una hembra valiosa, la tuya...

Se obligó a seguir callado, a no dejar salir ni un solo sonido de su garganta.

—Un regalo inesperado, una diosa vinculada por nacimiento y herencia a mi reino...

—Es humana, ha vivido como humana, no pertenece a la generación Olímpica...

—No, ella es nieta de Titanes, hija de la Muerte y la Fuerza... —parecía saborear sus propias palabras—. Una combinación exquisita y tan valiosa que cualquier dios querría reclamarla para su causa.

Se inclinó hacia delante y cruzó las manos sobre una de las rodillas.

—Tráemela, haz que tome partido por el *Inframundo* y permitiré que vivas a su lado.

—No.

La negativa brotó de sus labios sin pensarlo dos veces, algo que borró rápidamente esa sonrisa de los labios del Dios.

—Lo harás —declaró con frialdad—. La traerás, la comprometerás y me jurará lealtad. Entonces, tendrás tu libertad.

Sus últimas palabras lo impactaron.

—No puedes...

—Me perteneces, *Strategos*, desde el momento en que llegaste a este mundo, tu alma me pertenece y la encuentro bastante provechosa como para liberarla sin sacar algo del mismo valor —declaró con absoluta satisfacción.

—Mí respuesta es *NO*.

La lentitud con la que descruzó las piernas y se levantó del trono no predecía nada bueno y lo sabía.

«*Niké, vigila de cerca a Olimpia, tienes que protegerla en mi ausencia*».

Notó la rápida respuesta de la *Diosa de la Victoria* en su mente, su presencia fue como una caricia y, antes de que pudiese decir algo al respecto, añadió.

«*Hades sabe de su existencia y la quiere en sus filas*».

«*¡No!*».

La voz que resonó en su mente no era la de la diosa, pero coincidió al cien por cien con su propia voluntad.

—Nunca he traicionado a los dioses y nunca lo haré —sentenció con la cabeza bien alta—. No te la entregaré, no te entregaré lo que me pertenece.

El Dios se detuvo ante él, sus ojos refulgieron y sus labios mostraron la más aterradora de las sonrisas.

—Veamos cuanto tiempo serás capaz de mantener esas palabras.

Un latigazo de ardiente calor le atravesó la espalda, haciéndolo caer de rodillas un instante antes de ver las primeras gotas de su sangre manchando el suelo.

«Volveré a por ti, Olimpia, te juro que volveré a por ti».

Solo esperaba conservar la vida suficiente para hacerlo cuando Hades terminase con su tortura.

CAPÍTULO 13

*Casa de Olimpia,
A la mañana siguiente*

Olimpia refunfuñó y volvió a meter la cabeza debajo de la almohada cuando aquel infernal sonido reverberó en su habitación. Se revolvió debajo de las sábanas y gimió, apretando la tela contra sus oídos mientras iba saliendo poco a poco del plácido sueño en el que se hallaba sumergida.

Deslizó la mano fuera de las sábanas y palpó en busca del maldito despertador, sus dedos chocaron con él derribándolo de la mesilla de noche, pero ni siquiera aquello fue suficiente para acallarlo.

—Cállate ya maldito cacharro —gimió, mientras se esforzaba por abrir los ojos. Se los frotó y se inclinó sobre el borde de la cama para encontrarlo sobre la alfombra—. Oh, cállate yaaaaa...

Estaba claro que lo suyo no eran las acrobacias, pues terminó resbalando ella misma hacia el suelo arrastrando la ropa de cama consigo.

—*Ouch.*

Se revolvió, cogió el despertador y lo apagó con un resoplido, luchó hasta conseguir sentarse y se quedó congelada cuando la sábana resbaló hasta su regazo y se dio cuenta de que estaba completamente desnuda.

Su mente reaccionó al momento trayendo consigo lo ocurrido la tarde anterior, su fortuito encuentro en la *Plaza Kotzia*, la aparición de Nikki y ese hombre aquí en su casa, con sus llaves, mirándola como si la entendiera, como si fuese una parte de ella misma que hubiese perdido tiempo atrás.

Se le encendieron las mejillas, el calor se le extendió por toda la piel y acabó mirando a su alrededor como si esperase que alguien le saltase encima de un momento a otro, solo que ese «alguien» parecía no estar en la misma habitación.

Se lamió los labios.

—¿Reaper?

No hubo respuesta, aunque tampoco es que hubiese levantado mucho la voz. Echó un nuevo vistazo y vio luz por debajo de la puerta del cuarto de baño adyacente.

Se envolvió en la sábana y se acercó sigilosa, agudizando el oído antes de aventurarse a llamar.

—¿Reaper? —Llamó de nuevo.

No obtuvo respuesta, ni un ruido, ni un pequeño sonido, nada. Frunció el ceño y empujó encontrándose el cuarto vacío.

La inesperada sensación de abandono que la atravesó la sorprendió y estremeció por igual, pero pronto quedó relegada por una creciente vergüenza para consigo misma.

Su ausencia la hizo muy consciente de lo que había pasado, de la forma en que había actuado con un completo desconocido. Sus palabras la habían desarmado, hicieron que bajase la guardia, que creyese en esa extraña química existente entre ambos y se había dejado seducir.

—Idiota, idiota, idiota —resopló, volvió a la cama y se dejó caer sobre ella—. ¿Cómo has podido ser tan idiota?

Se acostó de espaldas y se mantuvo unos segundos con la mirada clavada en el techo.

—Has caído bajo, Olimpia, muy bajo.

Y la única culpable de ello era su tía Nikki.

¿Cómo demonios había permitido que pasase algo así? ¿Por qué había dejado que ambos se saliesen con la suya?

—¿Qué mierda me está pasando?

Sacudió la cabeza, se incorporó y miró de nuevo a su alrededor sintiéndose acongojada, con ganas de llorar y, malditos fueran todos, ¡ella no lloraba!

Respiró profundamente, se levantó de un salto y se metió en el baño dispuesta a empezar la mañana maldiciendo a los hombres y a todo ser vivo del planeta.

Se vistió rápidamente con unos viejos *jeans* y una sudadera, se cepilló bien el pelo y se lo ató en una larga coleta que luego retorció hasta convertirla en un moño, abrió la puerta de su dormitorio y...

—Buenos días, cariño, ¿ya estás despierta?

—¿Papá?

Frente a ella, con ese aspecto de montaña indestructible y mirada inquisitiva, se encontraba su progenitor; Kratos Polemos.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a visitarte.

Sacudió la cabeza y lo miró de arriba abajo.

—Has venido a visitarme. —No pudo evitar repetir—. ¿Cómo?

El hombre frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con cómo? —chasqueó y se cruzó de brazos—. ¿Acaso no puedo venir a visitar a mi única hija?

Ladeó la cabeza y finalmente la sacudió.

—Todavía estoy dormida, es eso —declaró, se pasó las manos por el rostro y volvió a mirar delante de ella. Lo que creía parte de algún disparatado sueño seguía allí—. ¿Por qué sigues aquí?

Los ojos masculinos se entrecerraron sobre ella, la miró de una forma extraña, un escrutinio que le provocó un escalofrío.

—Será mejor que vengas a la cocina y te tomes un chocolate para empezar, tu tía ha preparado suficiente para todo un ejército.

¿Chocolate? ¿Su tía?

—¿Nikki también está aquí?

—¡En la cocina, cariño!

La voz de la mujer la hizo dar un respingo.

—De acuerdo, ahora sí que sé que estoy soñando —masculló y empezó a darse palmaditas en el rostro—. Despierta, Olimpia, despierta, estás teniendo una horrible pesadilla en la que tu familia se ha apropiado de tu casa.

—Deja de decir tonterías y muévete.

Su padre hizo ese corpachón a un lado para dejarla pasar, chasqueó la lengua y la empujó con suavidad, haciéndola muy consciente de que su presencia era real y no producto de su imaginación.

—¿Cómo habéis entrado en mi casa?

—Con las llaves que le has dado a tu tía.

Arrugó la nariz, esas eran las llaves que la muy traidora le había entregado a Reaper la tarde anterior.

¿Se las habría devuelto? ¿Habría venido esa mañana para comprobar que estaba de una pieza y se había encontrado con él? Pero, ¿y su padre? ¿Qué hacía su padre en Atenas? Él vivía con su nueva novia en el *Pireo*.

—No entiendo nada —gimió y se permitió el pelo con los dedos, arrancando algún mechón flojo de su recogido.

¿Dónde estaba Reaper? ¿Se habría encontrado con su padre? ¿Qué habría pensado de su presencia en su piso?

Demonios, nada de aquello tenía sentido.

—Buenos días, cariño —la saludó Nikki nada más traspasaron el umbral de la cocina. La mujer tenía su delantal puesto y, a juzgar por el desayuno puesto sobre la mesa, llevaba un buen rato cocinando—. El desayuno está casi listo.

Se la quedó mirando, observó todo a su alrededor y empezó a barajar la posibilidad de que todo lo que había pasado con Reaper no hubiese sido otra cosa que un vívido sueño. Su subconsciente podía muy bien haberse montado una increíble película a raíz de su primer encuentro y haberla reproducido esa noche...

—¿Qué hacéis los dos aquí? —Su mirada fue de uno al otro—. ¿Y por qué no habéis llamado como personas civilizadas en vez de allanar mi casa?

—Mi intención era venir sola, pero tu padre puede ser realmente cabreante algunas veces, así que no me quedó otro remedio que permitirle que me acompañase y viese con sus propios ojos que seguías de una pieza.

No estaba entendiendo absolutamente nada.

—¿Por qué no habría de estarlo?

—Eso mismo le dije yo —replicó ella, mirando al hombre que permanecía en el umbral—. Pero ya sabes lo cabezota que es.

—Vale, alto ahí, no entiendo absolutamente nada de lo que está pasando aquí.

—Reaper.

Escuchar el nombre en boca de su progenitor le provocó un escalofrío.

—Kratos, ¿qué habíamos hablado?

—Espera, ¿él es real?

—Lo mato, voy a matarle y deshacerme de su cadáver —gruñó él con visible irritación—. Te lo dije, Niké, te lo dije...

—Ay, cállate ya de una buena vez —chasqueó su tía y le hizo señas para que fuese a su lado—. Claro que es real, te lo presenté ayer, ¿recuerdas? Le pedí que te acompañase a casa, le di mis llaves, las cuales me devolvió esta mañana.

Hizo una pausa y se la llevó hacia el rincón de la nevera, dónde bajó la voz y le dijo al oído.

—Volverá a tu lado tan pronto cómo le sea posible —murmuró al tiempo que le cogía la mano y se la apretaba con suavidad—. No pienses que ha huido, ahora que te ha encontrado, luchará con uñas y dientes por ti.

No pudo evitar echarse hacia atrás, soltándose de su mano para mirarla como si le hubiese salido una segunda cabeza.

—Me parece que se os ha freído el cerebro a todos, a mí la primera —aseguró, pero las palabras que había pronunciado su tía habían deshecho el nudo de inquietud y vergüenza que llevaba en su pecho, procurándole alivio—. En serio, esto no... no tiene ni pies ni cabeza.

—Ven, lo primero que debes hacer es sentarte —la guió la mujer, pues ella parecía haber perdido toda capacidad de razonar en esos momentos—. Te vas a tomar el chocolate caliente que he preparado y... vas a escuchar lo que tiene que decir tu padre.

Enarcó una ceja y miró a su progenitor, quién frunció el ceño y prácticamente fulminó a su hermana con la mirada.

—¿Ahora me dejas a mí el marrón? —resopló.

—Eres su padre, te corresponde a ti ponerla al tanto de sus raíces —le soltó con tal seguridad que incluso ella estuvo a punto de asentir en acuerdo.

—Y tú su tía, la que la ha criado y consentido toda su vida —replicó él con gesto de fastidio.

Resopló y miró a los dos.

—De acuerdo, ahora sí que me estáis preocupando, ¿qué demonios pasa aquí?

—Kratos.

Con un cansado e irritado resoplido, su padre se giró hacia ella y mirándola a los ojos le soltó.

—Hija, tu madre y yo somos dioses del panteón griego —declaró con firmeza—, así que, eso te convierte a ti en una diosa de pleno derecho.

Se lo quedó mirando y, durante un par de eternos segundos, el silencio se hizo completamente en la cocina.

Sacudió la cabeza, se cruzó de brazos y replicó.

—De acuerdo, papá, ¿a quién has dejado embarazada ahora?

Solo había una posibilidad para que su padre saliese con semejante gilipollez en aquellos momentos.

—Te lo dije —replicó él mirando a su tía.

—Serás burro —declaró ella y, tras emitir un profundo resoplido, su tía hizo lo impensable, sufrió una inesperada y sobrenatural transformación allí mismo que hizo que se le detuviese el corazón—. Lo que dice el bruto de tu padre es cierto, Olimpia, Kratos y yo somos dioses y tu madre, Celesta, también lo es... Eso, cariño, te hace a ti una deidad, una diosa relacionada con la muerte...

Sus ojos volaron hacia su padre y vio cómo sufría la misma transformación que su tía, una que la dejó sin aliento.

De acuerdo. No sé qué narices te metiste ayer, Olimpia, pero estás teniendo una alucinación de campeonato.

CAPÍTULO 14

Olimpia no podía dejar de mirar a uno y a otro, de entre todas las cosas que podían inventarse aquellos dos, el proclamarse dos divinidades griegas se llevaba la Palma.

Pero entonces, estaba el pequeño detalle de que su tía Nikki pareciese un etéreo elfo, con un par de alas blancas a la espalda, su mismo pelo rubio y una Palma en una mano y una corona de laurel en la otra. Era la personificación de la diosa de la victoria, tal y como la representaban las esculturas.

Y su padre, ese hombre que siempre le recordaba a una montaña, parecía un antiguo gladiador, sus ojos brillaban con la fuerza que corría por sus venas y que emulaba a uno de los hijos del titán Palas.

Conocía los mitos y las leyendas que hablaban de los titanes, de los dioses y diosas de la mitología griega, se había criado con sus historias, pero de ahí a... ¿esto?

—Este tiene que ser el sueño más largo y rocambolesco que he tenido en mi vida.

Su padre puso los ojos en blanco y se llevó las manos a las caderas, su voz parecía atronadora, mucho más fuerte y potente de lo normal.

—No es ningún sueño...

—¿Qué no? La tía Nikki tiene alas y tú... tú pareces un gladiador puesto hasta las cejas de esteroides —catalogó sin pensárselo dos veces—. Los *Dioses de la Victoria y la Fuerza*, hijos de los *Titanes Palas y Estigia*... menudo numerito... ¿Y quién dices que es mi madre? ¿Celesta? ¿La representación de la muerte? ¿Cómo la describían...? Ah sí. Pelo rubio y largo, vestida de blanco, con una vela eterna en una mano y unas sandalias con alas a lo Hermes...

Soltó una nerviosa carcajada.

—Jesús, menudo panorama —jadeó divertida—. Eso me convierte en, ¿qué? *Hija de la Muerte y la Fuerza*... ¿Qué sale de ahí?

—Alguien muy especial —aseguró su tía—. La luz de la esperanza para un hombre que fue maldecido por los dioses y traído de vuelta por la dama blanca.

Se volvió hacia la mujer y se encontró con sus brillantes y sobrenaturales ojos.

—Eres capaz de sentir y ver a aquellos tocados por la muerte, de escucharles y guiarles — fue poniendo en palabras su secreto—. Y tienes la fuerza para mirarles al rostro y ver el más allá.

La miró a los ojos sin saber qué decir, sintiéndose expuesta y al mismo tiempo envuelta en una absurda realidad.

Despiértate, Olimpia, despiértate.

Necesitaba volver a la realidad, despertar en su cama y terminar con este rocambolesco sueño.

—Este sueño se está convirtiendo en una extraña pesadilla —masculló, los miró a uno y al otro y levantó las manos—. Me vuelvo a la cama. Con un poco de suerte, solo tendré que darme media vuelta y todo esto se esfumará.

—Olimpia, no estás dormida, ni siquiera soñando...

—Oh, lo estoy, créeme que lo estoy —los señaló a ambos—. Porque solo en mis más rocambolescos sueños podríais aparecer como un duendecillo con alas o *Conan*.

—¿Conan? ¿Acaba de llamarme *Conan*?

Su alada tía puso los ojos en blanco.

—Por los dioses, es igual de terca que tú —replicó mirándole, entonces se giró hacia ella y, llevándose las manos a las caderas añadió—. Tendríamos que haber hecho esto desde el principio, pero ambos queríamos que tuvieses una vida normal, tu madre deseaba que tuvieses una vida normal...

Hablaba de la mujer que la había traído al mundo y luego la había abandonado en la puerta de su padre como si fuese una vieja amiga, cuando para ella no era otra cosa que una completa extraña.

La única madre que conocía se había divorciado de su padre cuando cumplió quince años, decidió seguir su propio camino sin mirar atrás, sin acordarse siquiera de ella. En muchos aspectos, su tía había sido la única figura materna que tenía, a la que reconocía como tal.

—No sé quién es mi madre biológica y, en estos momentos, no puede importarme menos quién sea.

—Olimpia —la voz de su padre fue como un trueno—. No manches el nombre de tu madre de esa manera, ella te dejó con nosotros para protegerte.

—¿Protegerme? ¿De quién? ¿De la muerte? —Bufó y puso los ojos en blanco—. Ah, no, espera, ella es la Muerte...

—Olimpia...

Levantó ambas manos y negó con la cabeza.

—No, se acabó —se cubrió los oídos—. Voy a despertarme ahora, olvidaré todo esto y me despertaré de una maldita vez...

Su padre resopló, su tía agitó las alas y se cruzó de brazos.

—Bueno, ya lo intentamos a tu manera, Niké, ahora lo haremos a la mía.

Sin darle opción a réplica, avanzó hacia ella y, antes de que pudiese abrir la boca, le

acarició la frente con los dedos y, como si se abriese una compuerta, empezó a ver y escuchar su propio pasado y quién era ella en realidad.

CAPÍTULO 15

Seis meses después...

Atenas

El tiempo no significaba nada en el Inframundo, no había algo como el día y la noche para poder llevar una cuenta y, cuando te encontrabas encerrado entre cuatro paredes, encadenado y torturado una y otra vez, dejabas de intentar averiguar cuantos días, meses o años, habían pasado desde entonces.

Hades no había tomado nada bien sus continuas negativas, cada una equivalía a una nueva paliza, a una horrible forma de mutilación, pero sus labios seguían sellados, su garganta volvía a emitir una negativa siempre que le era posible arrancar algún sonido. Se había convertido en un círculo interminable, uno en el que había conservado la cordura a duras penas, para finalmente serle permitido salir y volver al «trabajo».

Reaper levantó el rostro para empaparse del calor y la luz del sol de la que le habían privado los últimos seis meses. Lo que para él había sido un puñado de tiempo, en el mundo de los mortales equivalía a medio año, una larga ausencia para la mujer a la que se había visto obligado a abandonar nada más encontrarla.

Respiró profundamente empapándose del aroma de las especias de las tiendas y los vendedores que salpicaban las aceras, la boca se le hizo agua habiendo estado privada de alimento tanto tiempo; si bien no podía morir, no significaba que no pasase hambre.

Todo parecía estar en su lugar, en el horizonte, envuelta por el manto azul del cielo, se

recortaba la eterna figura de la Acrópolis, a su alrededor la ciudad bullía de actividad, se oían «*kalimera*» por doquier, un típico saludo griego que equivalía más a un «*hola, ¿qué tal?*» que a un «*buenos días*».

Continuó por la acera, sorteando a los turistas que acarreaban su maleta, a los oriundos con sus prisas, hasta que vio el cartel del pequeño obrador con la oferta del día. El aroma del pan recién hecho le encogió el estómago, en el mostrador, a un lado de la puerta que permitía la entrada al local, un hombre atendía a la clientela, pero era la mujer rubia que vio al fondo de la tienda la que captó toda su atención.

Llevaba el pelo recogido en la nuca en un moño que había hecho con la trenza que recordaba cayéndole por la espalda, un delantal manchado de harina rodeándole la cintura, pero había algo más notable, el aura que había reconocido en ella tenía un tono más fuerte, más vivo, cómo si la parte humana hubiese cedido a su herencia divina y la mostrase cómo era en realidad; la hija de dos dioses.

La vio desaparecer más allá del umbral que se encontraba al final del pasillo y cedió a la necesidad de ir tras ella, de verla de nuevo. Echó un fugaz vistazo al mortal que atendía a la clientela, el cual parecía estar totalmente concentrado en entender el pedido de una mujer que le hablaba en inglés y se coló en el interior del obrador.

El aroma del pan recién hecho se mezcló con el de las empanadas de carne, con las especias e incluso aromas dulces que le hicieron la boca agua. Todo ello venía acompañado de un extraño sonido, de algo golpeando con fuerza contra una superficie y solo al llegar al umbral por el que había desaparecido su mujer, entendió a qué se debía.

Olimpia estaba en la cocina del obrador, goleando con inusitada saña un enorme bollo de masa de algún tipo y el aroma dulce que había notado, procedía del chocolate, aún humeante, que reposaba en un cazo ya fuera del fuego.

Algo no iba bien, pensó al ver la inusitada rabia con la que golpeaba la masa, pero sin duda lo más sorprendente fue ver el brillo en sus ojos azules, el causado por las lágrimas no derramadas.

—Nada importa, no pienses en ello, no pienses en nada, vacía tu mente —la escuchó murmurar en voz baja, una letanía que repetía una y otra vez—. Puedes con ello, lo has hecho bien hasta ahora, no te vengas abajo...

Cogió la masa con ambas manos, la levantó de la mesa y la golpeó de nuevo haciendo temblar todo lo que permanecía sobre esta. Se pasó el dorso de la mano por las mejillas dejando un nuevo rastro de harina mezclado con sus lágrimas y continuó con el proceso de amasado sin ser consciente todavía de su presencia.

—¿Insiste en casarse con esa mujer? Pues que se case, que sea feliz y tengan un montón de... ¡Y yo que coño sé que saldrá de ahí! —rezongó levantando ligeramente la voz—. Debería

haber un veto para contraer matrimonio y procrear con según qué cosas. Ya no estamos en la *Antigua Grecia*, por dios, hoy por hoy diseccionarían a una puta rana si esta se le diese por ladrar... Y él es un dios, un puto dios...

Reaper se encogió cuando vio cómo descargaba de nuevo el puño sobre la masa, hundiéndolo con saña; debía confesar que se alegraba de no ser él el destinatario de semejante furia.

—¿Por qué no puedo tener una vida normal como el más común de los mortales? —musitó echándose hacia atrás, pasándose el dorso de la mano por los ojos para eliminar las lágrimas que habían empezado a caer y dejar a su paso un rastro de harina—. No quiero ser lo que soy, no quiero añorar a alguien que me ha abandonado...

Cerró los ojos con fuerza y las lágrimas corrieron por sus mejillas dejando un surco a su paso.

—No fue decisión mía dejarte...

Las palabras salieron de su boca antes de que pudiese encontrar una mejor forma de expresar su disconformidad.

Ella alzó la mirada de golpe, clavándola en él con una mezcla de sorpresa e incredulidad.

—Tú...

La forma en la que lo miraba le provocó una punzada en el corazón, parecía aliviada y al mismo tiempo temerosa de tenerle ante ella.

—Olimpia...

Dejó la mesa y avanzó lentamente hacia él, ladeando la cabeza, mirándole de arriba abajo cómo si temiese que fuese un espejismo o algo irreal.

—¿Reaper?

Asintió y vio cómo esos ojos azules se iluminaban con un brillo sobrenatural, notó algo en ella que no había estado ahí antes y que tiró de él con tal fuerza que su alma gritó por ir a su encuentro.

—Siento haberte hecho esperar, pequeña.

La chica acortó la distancia entre ambos hasta que pudo posar la mano sobre su pecho. El jadeo que escapó de sus labios y la mirada anhelante en sus ojos cuando levantó la cabeza y se encontró con los suyos, fue un inesperado regalo.

—Eres tú... —musitó observando su propia mano como si no pudiese creer en lo que veían sus ojos—. Eres real...

—Tanto como puedo serlo, supongo.

Sus palabras arrancaron un paulatino sonrojo a sus mejillas, dio un paso atrás y su mirada cambió dejando a un lado el asombro para dar paso a una fiera y caliente rabia.

—¡Cómo te atreves! —le asestó un manotazo en el pecho, allí dónde lo había tocado

previamente—. ¿Cómo te atreves a aparecer ahora? —Volvió a pegarle—. Estaba a punto de convencerme de que no eras real, que solo fuiste un mal sueño.

—Yo también me alegro de verte, Olimpia.

—¡Vete al diablo! —siseó y dio un nuevo paso atrás, mirándole de nuevo como si todavía tuviese dudas de su presencia—. ¡Y quédate con él!

No pudo evitar poner los ojos en blanco y replicar.

—He pasado estos últimos seis meses en su compañía y no me apetece lo más mínimo volver a disfrutar de sus atenciones.

Sus palabras la paralizaron, algo pareció pasarle por la cabeza porque un inesperado temor atravesó su mirada y tuvo que apoyarse en la mesa, que estaba detrás de ella, para no caer.

—Olimpia —caminó hacia ella cuando empezó a perder el color.

Ella levantó la mano, cerró los ojos y luchó por respirar profundamente.

—No... no me toques —pidió en un susurro—. Ahora no...

Frunció el ceño dispuesto a protestar, pero algo lo detuvo, ese sexto sentido que había adquirido a lo largo de los siglos y que lo había llevado a localizar a las almas que necesitaban de guía.

El cuerpo femenino pareció desdibujarse ante él, su rostro adquirió unas facciones más marcadas y su pelo un brillo sobrenatural.

Esta era la diosa que habitaba en el interior de ese cuerpo humano, la divinidad asociada con la muerte y era tan hermosa como aterradora en su poder.

No lo pensó, sabía que no podía hacerle daño, por el contrario, le necesitaba, cómo él a ella, así que fue a ella y la envolvió en sus brazos.

—Ya estoy aquí —le dijo al oído, sintiendo como el menudo cuerpo iba perdiendo el calor y, al mismo tiempo, encontrando en ese frío helador un inmenso alivio para sus todavía recientes heridas—. Estoy aquí.

Para su sorpresa, envolvió los brazos alrededor de su cintura y se pegó a él, una silenciosa manera de darle la bienvenida.

CAPÍTULO 16

Olimpia sentía que se hundía entre las olas de un mar embravecido.

Desde aquella noche compartida seis meses atrás, su vida había dado un giro de trescientos sesenta grados. Todo lo que conocía, todo lo que sabía se había esfumado y la realidad había entrado como un cañonazo arrasando con todo.

Dioses del Olimpo, Titanes, inmortales... lo que siempre había visto como parte de su cultura, del folclore en el que se había criado, ahora resultaba tener una pátina de realidad que le afectaba en primera persona. Su particular visión empezó a cobrar sentido, su cercanía con la muerte se reveló como parte de su genética y con ello llegó también el deber de aprender sobre quien era, lo que podía hacer y cómo evitar que esos dones heredados por parte de sus progenitores, se convirtiesen en parte de ella, una que comprendiese por fin.

Pero para lo que no estaba preparada fue para echar de menos a un hombre al que solo había visto dos veces, un inmortal condenado al *Inframundo* por un crimen que no había cometido y cuya salvación había dado como resultado su propio nacimiento.

Ella había nacido para él, para completarlo, para salvarlo y el saberlo no ayudó gran cosa a comprender su repentina desaparición, ni porqué lloraba por las noches o sentía que se quedaba sin aire ante su ausencia.

Siempre había sentido que le faltaba algo, que había perdido una pieza durante el camino, pero el no saber qué era, la había mantenido más o menos entera... hasta que Reaper se cruzó en su camino y completó el puzle.

Había batallado consigo misma, con su recuerdo, se había peleado con su tía y su padre hasta el punto de pasar casi un mes sin dirigirles la palabra, para finalmente recurrir a ellos cuando el peso de la realidad se hizo tan acuciante que estuvo a punto de perder la razón.

Su *diosa interior*, cómo se había empeñado en llamar a la parte de sí misma que era incapaz de controlar, había despertado ante el peso de quién era, ante la aceptación de su otra mitad y la había conducido a un estado febril del que solo su madre, su verdadera madre había sido capaz de extraerla.

Celesta se había presentado ante ella para guiarla, para mostrarle el camino a seguir, le enseñó a aceptar el porvenir y no luchar contra lo inevitable.

«Eres su mensajera, Olimpia, no su Ejecutora, tienes la fuerza para resistir a su llamado y comandarlo al mismo tiempo».

Mientras su madre se limitaba a pasear entre los mortales sin ser vista, tocando a aquellos que la necesitaban y conduciendo sus almas al descanso final, ella podía ver el término de la vida, podía encauzar el camino de aquellos que se habían quedado atrás y conducirlos hacia su morada final o hacia el recolector que les perteneciera.

Nunca, en toda su vida, había aprendido tanto al hablar con los muertos, con aquellos que habían quedado atrás por uno u otro motivo y que ansiaban o no el continuar.

En esos últimos meses se había encontrado con un anciano griego de la época de *Platón* que decía estar dónde tenía que estar, cuyo deseo era permanecer todavía en la tierra un poco más para inspirar a aquellos que venían en busca de respuestas. También se había topado con una mujer perdida, alguien de finales del siglo dieciséis que deseaba volver con su marido y no sabía cómo hacerlo.

Todos, de un modo u otro, le habían aportado una serenidad que no había encontrado hasta el momento, una motivación para aceptar quién era y lo que podía hacer y no cerrarse al miedo y a la locura.

Pero incluso entonces, había seguido echando en falta aquello que le había sido arrebatado, a quién había estado esperando toda su vida aún sin ser consciente de ello, el mismo hombre cuyo aroma especiado penetraba ahora en su nariz, cuyo calor absorbía esa frialdad que la rodeaba y que no conseguía alejar con nada.

—¿Es chocolate eso que huelo?

El inesperado comentario hizo que levantase la cabeza y se encontrase con esos ojos penetrantes. No había podido olvidarlos, ni el tono de su voz, ni sus caricias, cada vez que cerraba los ojos podía volver a revivirlo todo como si estuviese allí, como ahora.

—Trufa —respondió y, como si se hubiese acordado en ese preciso momento de la crema, le soltó y empezó a mirar a su alrededor—. Es la crema de trufa para los bollos...

Los cuales, recordó abriendo los ojos como platos, tenía que sacar del horno.

—Ay Dios —gimió, cogió rápidamente las manoplas de encima de la mesa y cruzó el pequeño obrador hacia el horno—. Que no se hayan quemado...

Su mente obró el milagro de volver a ponerse en modo trabajo, sacó la bollería recién hecha del horno y la trasladó a una esquina de la mesa. El dulce aroma de la masa le hizo la boca agua y no pudo evitar lamerse los labios.

—Eso huele bien.

Volvió a mirar en dirección a la voz y se sintió aplacada con tan solo comprobar que seguía en el lugar en el que lo había dejado. El verle allí, el haberle sentido por fin, era como un milagro.

—¿También eres de dulce?

Avanzó hacia la mesa y cogió la cuchara con la que había estado removiendo la crema y la hundió en el cazo.

—¿Puedo?

No pudo decir que no, era imposible hacerlo al ver la mirada de deseo que bailaba en sus ojos.

—Adelante.

Tenía que estar penalizado por ley tener un aspecto tan sexy cuando alguien probaba chocolate.

—Increíble —admitió, relamiéndose, para luego dejar la cuchara en un recipiente apartado —. ¿Vas a rellenar esos bollos con la crema?

Asintió.

—Esa es la idea.

La forma en la que deslizó la mirada por la pequeña habitación le dijo que estaba inspeccionando el lugar.

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

La pregunta escapó de sus labios antes de que pudiese retenerla, debería conformarse con que estuviese allí, con que estuviese vivo, pero las cosas que le habían dicho Niké y su padre... Se estremeció ante el solo recuerdo y no pudo evitar sentir como le hervía la sangre al imaginarse al dios del Inframundo tal y cómo se lo habían pintado.

—No es necesario que lo sepas. —Fue su respuesta, entonces rodeó la mesa y fue hacia ella —. Ahora estoy aquí.

—¿Por cuánto tiempo?

—Tanto como me sea posible —admitió sin vacilar.

Se lo quedó mirando y negó con la cabeza.

—Esto... No sé cómo... Yo solo...

No la dejó terminar, posó un dedo sobre sus labios y se inclinó sobre ella.

—Tenemos mucho de lo que hablar, pero por ahora, déjame hacer algo que deseo más que nada en este maldito mundo.

Retiró el dedo y lo sustituyó por sus propios labios, engulléndola en sus brazos y reclamándola como lo hizo la primera vez. Se derritió contra él, suspirando cuando sus lenguas se encontraron, sin oponer resistencia alguna, sin pensar en nada que no fuese su sabor y su cuerpo pegado al suyo.

No tenía sentido, ni siquiera ahora, después de haber pasado tanto tiempo pensando en ello, tenía sentido el que lo deseara tanto, el que quisiera que se quedase a su lado. La realidad era que no conocía a ese hombre, todo lo que había escuchado de él pertenecía a otra época, a otro mundo, pero no a ella.

Rompió el beso, pero no se apartó, se permitió respirar su aroma, su presencia antes de decir en voz alta.

—Sí, tenemos que hablar —rescató sus propias palabras, dio un paso atrás y lo miró—. Y puedes empezar por hacerlo ahora mismo, respondiendo a mi pregunta inicial. ¿Dónde has estado?

Se lamió los labios, degustando su sabor y dejó escapar un suspiro.

—No es algo que necesites saber, Olimpia.

—Pero quiero saberlo —insistió, manteniéndose firme—. Quiero saber por qué te fuiste de esa manera, quiero saber por qué has tardado seis meses en volver. Necesito saberlo, Reaper.

Sacudió la cabeza, pero la sorprendió con una respuesta directa.

—He estado en el Inframundo, en la inestimable compañía de Hades.

Tragó, no pudo evitarlo. Las palabras de su padre se habían grabado en su mente desde el momento en que las pronunció.

—¿Qué te ha pedido el *Dios del Inframundo*?

Su tranquila aceptación así como el haber formulado la pregunta correcta, pareció tomarlo por sorpresa.

—He tenido algo de tiempo para lidiar con algunas cosas, cómo el hecho de que seas un inmortal al servicio de *Hades*, que *Atenea* te haya enviado allí y mi madre, *Celesta*, te trajera de vuelta sin tu permiso —resumió pronunciando unas palabras que se había repetido demasiadas veces en voz alta, intentando comprender, intentando ver el motivo de cada uno de esos actos—. Ahora sé quién soy, lo que soy... para ti.

Algo cambió en sus ojos y en su postura, cómo si se hubiese deshecho de un enorme peso que llevaba sobre los hombros.

—¿Lo sabes?

—Seis meses dan para mucho...

Para más de lo que cualquier mortal debería enfrentar, pensó, entonces se recordó a sí misma que ella no era una mortal cualquiera.

—Dímelo, por favor.

Negó una vez más con la cabeza y extendió la mano para acariciarle la mejilla.

—Me pidió algo que no estoy dispuesto a darle, que nunca le daré —declaró con total sinceridad—. Puede hacer el pino puente si quiere, no se lo entregaré.

—¿El qué?

Sonrió y ladeó la cabeza.

—Es difícil enfrentarme a ti cuando eres toda ternura y calidez —dijo acercándose de nuevo a ella para esta vez atraerla hacia él y rodearle la cintura con sus brazos—. Hubiese preferido que siguieses siendo la irritante mocosa que tropezó con la bicicleta y se me cayó encima, que me golpeó con la bolsa de las empanadas porque eso haría las cosas mucho más sencillas.

—Dame diez minutos y volveré a insultarte —replicó empujándole con las manos sin que él cediese ni un centímetro.

—Déjalo, ya no sería lo mismo —aseguró mirándola a los ojos, recorriendo todo su rostro y deleitándose en ello—. Nada ha sido lo mismo desde que te encontré, desde que supe que me pertenecías... Y quiero más de eso, quiero más de esto, de ti, de lo que eres, de lo que haces, tanto como sea posible.

—Te volverás a ir. —No era una pregunta, Niké se lo había explicado, no era fácil abandonar el servicio de un dios cuando este no quería que lo abandonases.

—Ahora estoy aquí —le recordó una vez más.

Una respuesta que no comprometía a nada.

—Olimpia... —pronunció su nombre, le acarició una vez más la mejilla y retiró los dedos manchados de harina—. Tienes harina hasta en las pestañas.

Frunció el ceño ante la inesperada apreciación, entonces sonrió, no pudo evitarlo, era un comentario absurdo dentro de aquella conversación, pero también un alivio.

—Es lo que pasa cuando trabajas en un obrador.

—¿Y quién es... tu empleado?

—¿Argus? —preguntó y echó un vistazo a la puerta que llevaba a la tienda. Se había olvidado totalmente de él—. Es un amigo de la infancia, totalmente mortal.

—¿Solo eso?

La pregunta la tomó por sorpresa y al final acabó riendo a carcajadas. Y, señor, qué bien sentaba eso.

—Apareces de repente en mi vida, la pones patas arriba en apenas una noche y a la mañana siguiente desapareces y todo a mi alrededor estalla en pedazos —resumió ella—. ¿Y tras seis meses ausente, me preguntas eso?

Por un momento pareció algo avergonzado por sus palabras.

—No quería que tu vida cambiase, Olimpia, no era plenamente consciente de lo que estaba pasando hasta que te reconocí —admitió—. Si hubiese existido otra manera...

Ahora fue ella la que lo silenció posando los dedos sobre sus labios.

—Déjame conocerte —pidió mirándole a los ojos—. Somos dos desconocidos, nos hemos encontrado en un momento para el que ninguno estaba preparado, solucionémoslo y empecemos por el principio.

Dio un paso atrás y le tendió la mano.

—Hola, Soy Olimpia Ward, trabajó en un pequeño obrador de mi propiedad haciendo pan, empanadas y dulces y, desde hace unos cuantos meses, soy diosa a tiempo parcial.

Él se la quedó mirando, sonrió de soslayo y le cogió la mano.

—Reaper, en otra vida fui general de las fuerzas griegas al servicio de Atenea, hoy trabajo

para Hades como uno de sus segadores —declaró y le apretó la mano con suavidad—. Y he pasado toda la eternidad buscándote.

—Pues ya me has encontrado —declaró ella, acercándose de nuevo a él, entonces señaló los bollos que acababa del horno—. Tengo que terminar esto, meter esa masa en su molde... ¿Te importa esperarme?

—Llevo tanto tiempo esperándote que unas horas más no significan gran cosa —declaró y se quitó la chaqueta, quedándose en camiseta—. Así que, dime, ¿cómo puedo ayudar?

Parpadeó y lo miró de la cabeza a los pies.

—¿En serio?

Él le sonrió.

—Ponme a prueba.

Correspondió a su sonrisa y asintió.

—De acuerdo, veamos que tan bien se te da rellenar unos bollos.

Tenerle en el obrador ya era extraño de por sí, pero aquel sería un momento que no olvidaría mientras viviese.

CAPÍTULO 17

Una semana después...

—¿Llegaremos en algún momento a la cama?

Olimpia se echó a reír ante el comentario de su amante y ocultó el rostro en su hombro. Tumbada contra su costado, con una de sus piernas entre las de él, la alfombra sirviéndoles de colchón y su mano jugando con el suave vello que espolvoreaba su pecho, entendía perfectamente a lo que se refería.

Desde que Reaper se personó en el obrador una semana atrás, no se habían separado más que unos pocas horas cada día, el tiempo necesario para poder sacar adelante su trabajo o hacer alguna entrega ocasional. Fiel a su palabra, se había quedado junto a ella, permitiéndole conocer esa parte de él que le era ajena y que necesitaba tanto o más que el resto de su persona.

Su compañía se había revelado ocurrente, tierna en unos momentos, fogosa en otros, no era un hombre que dijese que sí a todo, sabía cómo exponer sus puntos de vista, defenderlos y también ceder cuando veía que se había equivocado.

Y era una fuente inagotable de información sobre la antigüedad, una de la que se encontró disfrutando en más de una ocasión.

Pero sin duda, los momentos que no cambiaría por nada en el mundo, eran estos, cuando estaban piel con piel y no hacían falta las palabras para expresarse, cuando todo lo que necesitaban era una caricia o un beso.

No sabía si aquello podía catalogarse de flechazo, pues no lo encontraba tan superficial, pero tampoco podía asegurar que lo que sentía por ese hombre fuese amor, pues no había tenido tiempo para cultivarlo... Lo que había entre ambos iba mucho más allá de cualquier emoción humana, una conexión que venía de un tiempo infinito y que solo tenía sentido cuando ambos formaban un solo ser.

Desde aquella primera y última noche, no habían vuelto a tocar la cama, en realidad, no encontraban el tiempo suficiente para llegar a ella. El salón y la cocina solían ser sus lugares de encuentro favoritos, en especial esta última, pues su amante había desarrollado un gusto adquirido por el chocolate y le gustaba sobre todo cuando podía lamerlo sobre ella.

Compartir el desayuno, la comida o la cena había sido algo nuevo, se había instalado una rutina entre ambos que solía sacar a la luz algunas curiosas manías o costumbres de la otra persona, pero también les daba pie a hablar, a contarse cosas y descubrir quién había debajo de la piel de la persona que tenía delante.

A pesar de ello, Olimpia era muy consciente de que había cosas que se guardaba para sí mismo, datos que no quería compartir. En esas ocasiones se limitaba a sonreír, negar con la cabeza o simplemente besarla para acallar sus protestas. Para él, el Dios del Inframundo era un tema tabú, al igual que lo eran los últimos seis meses.

No quería pensar en ello, pero cada vez que veía las marcas en su piel, unas que no habían estado ahí la primera vez, se le encogía el estómago. Sus dedos a menudo seguían viejas cicatrices, preguntándose dónde las había adquirido y por qué, unas veces se atrevía a preguntar y obtenía susurradas respuestas, pero otras se limitaba a guardar un mortal silencio y era en esos momentos en los que creía saber el por qué no deseaba mencionar a Hades.

«Nunca hagas tratos con los dioses, Olimpia, ni siquiera la muerte los merece».

No lo decía abiertamente, pero sabía que le guardaba rencor a Celesta por haberle traído de

vuelta, el mismo rencor que guardaba a los dioses a los que había entregado su lealtad y devoción y que lo habían condenado sin juzgarle siquiera.

La traición que se le achacaban era un peso en su alma, uno que lo arrastraba hacia el fondo, pero no podía compararse con la de aquellos que lo habían conducido a esa situación.

Los que una vez consideró amigos, le dieron la espalda y lo condenaron sin una sola palabra, los que debieron escucharle, darle el beneficio de la duda, reaccionaron demasiado tarde y la segunda oportunidad con la que quiso obsequiarle Celesta al ver la equivocación de los dioses, había supuesto para él una condena más que una salvación.

Todos, de alguna manera, habían herido a ese hombre que la acunaba con ternura entre los brazos, que la hacía sentirse cuidada, querida y tan importante como una diosa.

—¿Reaper?

Él inclinó la cabeza hacia ella, para mirarla.

—¿Qué ocurre?

Se lamió los labios y se acomodó de manera que pudiese mirarle.

—¿Qué fue lo que le prometiste a Hades?

Sintió el inmediato cambio en su cuerpo, la tensión que lo recorrió y el imperceptible movimiento que hizo.

—No le hice ninguna promesa. —Su respuesta fue seca, carente de emoción alguna—. Simplemente me recordó algo y me ofreció la posibilidad de trabajar para él o... seguir bajo sus cuidados eternamente.

Se incorporó de golpe y acarició una cicatriz especialmente fresca que cruzaba su pecho.

—¿Cuidados como estos? —replicó y notó en su voz el peso de la diosa que habitaba bajo su piel—. ¿Esa fue su oferta? ¿Unirse a sus filas o ser torturado durante toda la eternidad?

Sus ojos se encontraron y se limitó a asentir muy lentamente.

—Me recordó que no tenía nada por lo que luchar...

—Me tienes a mí —declaró sin pensar.

Estiró la mano y hundió los dedos en su pelo, deslizándolos por él.

—Hay momentos en los que no sabes qué es lo que te espera, si alguna vez tendrás la oportunidad de escapar del infierno, si hay algo mejor del otro lado... —comentó en voz baja mientras jugaba con su pelo—. Él sabía cómo utilizar las palabras y yo estaba demasiado agotado para seguir negándome. Era obtener esto eternamente —resbaló la mano libre allí donde todavía posaba la suya—, o servirle... Y opté por la segunda opción.

Dejó escapar un resoplido y negó con la cabeza.

—No soy del todo inocente, Olimpia, no acabé en el territorio de Hades solo por obra de los dioses, fue mi mano la que empuñó la espada que acabó con su vida, con la de la favorita de Atenea... —Se lamió los labios, parecía que le costaba hablar—. Fui yo el que atravesó el

corazón de Electra con la espada. Las *Hisminas* sembraron el caos, nos confundieron, pero fue mi mano la que perpetró tal crimen... En una guerra entre dioses, son los inocentes los que salen heridos, nunca ellos...

Dicho eso, volvió a deslizar la mano por su espalda, reanudando las caricias que le había prodigado hasta el momento.

—Por eso no quiero que te veas envuelta en esto, no es tu lucha, pequeña diosa, no hay necesidad de que salgas herida.

Pero era su lucha, lo era desde el mismo momento en que Celesta le dio la vida para que pudiera encontrarle y liberarle de todas las cadenas que los dioses del Olimpo le habían puesto.

Si tan solo supiera cómo...

—¿Qué fue lo que le dijiste a mi tía? ¿Qué le dijiste a Niké para que se presentara en mi casa con el chalado de mi padre a la mañana siguiente de tu partida? —Se apoyó en su pecho para poder mirarle a los ojos—. ¿Qué les dijiste para que ellos decidieran que era el momento de quitarme la venda de los ojos?

—Le pedí a Niké que te cuidase en mi ausencia —se limitó a responder—. Que ambos lo hicieran, no era justo que siguieses en la ignorancia, ya no...

Le sostuvo la mirada y frunció el ceño.

—¿Y Hades?

—Olimpia...

—¿Debo ir a él y preguntárselo yo misma?

La manera en la que se levantó y le apretó los brazos con los dedos hasta el punto de lastimarla, le dijo todo lo que su boca no se había atrevido a pronunciar hasta el momento.

—¡Te lo prohíbo! —Clamó y vio en sus ojos, en su rostro, en el aura que lo envolvía, quién era en realidad—. Jamás te acerques a él. Tu sitio está aquí, en el mundo de los vivos, no ahí abajo...

—Reaper, me estás haciendo daño...

La soltó al momento, se miró las manos y sacudió la cabeza, entonces la atrajo contra él, envolviéndola con su cuerpo.

—Nunca, jamás, bajo ninguna circunstancia, acudas a su llamado —le susurró al oído en una ardiente súplica—. Prométemelo, Olimpia, prométeme que siempre te mantendrás a este lado.

—No acudiré a su llamado —aceptó, escogiendo muy bien sus palabras—. Te lo prometo, siempre me mantendré a este lado y no acudiré a su llamado, pero...

—Nada de peros.

—Pero... —insistió con mayor énfasis—. Tú deberás prometerme también algo.

—¿El qué?

Le cogió el rostro entre las manos y lo miró fijamente.

—Que vivirás para mí —sentenció—. Porque mi vida no tiene sentido si tú no estás en ella, lo sé, he podido darme cuenta después de todos estos años echándote de menos, aún sin saber que existías.

—Siempre he vivido por ti y seguiré haciéndolo mientras la muerte no requiera otra cosa de mí.

Asintió.

—De acuerdo, eso tendrá que valer —aceptó y lo besó en los labios, sellando el acuerdo.

CAPÍTULO 18

No había vuelta atrás, pensó Reaper mientras contemplaba el descanso de su compañera, la única mujer que se le había metido bajo la piel y que había hecho que, por unos pocos días, sintiese que había merecido la pena todo el padecimiento sufrido para llegar a conocerla.

Atrás quedaban las dudas y la culpabilidad, de una manera extraña, Olimpia había conseguido que hiciese las paces con su pasado o, al menos, con parte de él.

Sabía que llegaría el día en el que podría presentarse ante sus antiguos camaradas, aquellos que habían caído luchando a su lado, para pedirles perdón y enfrentarse a sus reproches, si los tenían, pero hasta que ese momento llegase, lucharía por conservar lo que el destino había puesto en su camino.

Se inclinó y le acarició el pelo con suavidad, un roce de los dedos que hizo que se revolviere ligeramente para finalmente suspirar en su sueño.

—Duerme ahora, *agapi mou*^[2] —le susurró—. Y ruega a quién crees que quiera escucharte que la mañana nos encuentre bajo el mismo cielo.

Quién le diría que el amor llamaría finalmente a su puerta, que una pequeña mujercita como ella conseguiría que su corazón latiese de nuevo. Pero aquello iba más allá del amor romántico, era un sentimiento indefinido, de encuentro y pertenencia, cómo si después de tanto viajar al fin hubiese encontrado el lugar en el que descansar su maltrecha alma.

La arropó solo para encontrársela revolviéndose una vez más, aunque esta vez se dio la vuelta, hasta quedar de cara a él. Abrió un poco los ojos y curvó los labios en una tierna sonrisa.

—¿No puedes dormir?

—Me he entretenido mirándote —declaró y le acarició el pelo—. Vuelve a dormirte.

Parpadeó, estaba claro que no se había despertado del todo.

—No te vayas —musitó cogiendo su mano y apretándola contra su pecho, al calor de sus senos—. Si tienes que hacerlo, yo iré contigo... No dejaré que te haga daño...

Sus palabras lo calentaron por dentro.

—*Shh*. Estoy aquí, duérmete.

Se llevó la mano a la mejilla y la usó como almohada, dejando claro incluso en el sueño que

no estaba dispuesta a dejarle ir.

—No puedes irte, me enfadaré si lo haces y créeme, Reaper, no te gustará nada verte enfadada... —masculló somnolienta—. No te perderé otra vez, no ahora... que te he... encontrado...

Sonrió, sintió cómo su pecho se llenaba de calidez y cómo su corazón latía con más fuerza ante esas palabras.

—Nunca me perderás —le susurró al oído—, siempre seré tuyo. Esté donde esté, serás mi única dueña, la única con la que bailaré el resto de mi vida... y mi muerte.

Un te quiero no era suficiente, demasiado mundano y al mismo tiempo muy pobre como para expresar lo que ella era para él, lo que sería por toda la eternidad.

—Vive por mí, Olimpia —la besó con suavidad—, disfruta la vida que te han dado por los dos.

Retiró su mano muy lentamente, con cuidado de no despertarla y sonrió al verla suspirar.

«*La abandonas de nuevo*».

La voz de censura que le taladró la mente lo llevó a sonreír con ironía. Se incorporó, le dedicó una última mirada y abandonó el dormitorio que por fin habían conseguido compartir y se trasladó con un pensamiento a los pies del *Partenón*, en la Acrópolis.

—No puedo quedarme a su lado cuando Hades está empeñado en traerla a sus filas.

El colosal guerrero de brazos cruzados parecía una estatua más del complejo arqueológico, un hallazgo que sin duda daría de que hablar a los conservadores del lugar.

—Renuncias a ella a pesar de que te pertenece.

Se limitó a encogerse de hombros, aunque su decisión no era tan sencilla como eso.

—Hago lo que tengo que hacer para protegerla —replicó y añadió—. ¿No es lo que vosotros habéis hecho durante todos estos años?

Sacudió la cabeza, el pelo negro le cayó sobre los ojos pero no hizo gran cosa para escudar la expresión que dominaba su mirada.

—Sigues olvidando quien eres.

Negó con la cabeza.

—Nunca he estado tan seguro de quién soy como en este mismo momento, Kratos, nunca he visto mi cometido tan claro como ahora.

La encarnación de la Fuerza frunció el ceño y resopló.

—No le va a hacer ni pizca de gracia que te marches ahora que has vuelto a ella —declaró como un padre que advertía al novio de su hija con que algo muy malo le ocurriría si lastimaba a su florecilla—. Si derrama una sola lágrima por tu culpa...

—Te encargarás de estar ahí para secárselas —declaró con firmeza, mirándole a los ojos como lo había hecho en los viejos tiempos—. Estarás a su lado para evitar que haga algo estúpido

y desafíe a los dioses.

Enarcó una ceja ante su respuesta. Parecía sorprendido de que la conociese tan bien.

—La estás privando de elegir su propio camino.

Volvió a negar con la cabeza.

—Estoy impidiendo que haga algo estúpido, cómo convocar a Hades y entregarle justo lo que quiere para que me deje ir —declaró con rotundidad—. Puede que no lleve tanto tiempo a su lado como vosotros, pero la entiendo, amigo mío, la entiendo porque es una parte de mí...

—A estas alturas ya no sé si compadecerte o darte un puñetazo —chasqueó el guerrero—, supongo que puedo hacer las dos cosas al mismo tiempo mientras te acompaño.

La declaración de Kratos lo dejó sin palabras durante un eterno segundo.

—Si ya te has cansado de este mundo hay mejores maneras de pasar al otro que hacerle una visita a Hades.

—Estoy muy satisfecho con este mundo, especialmente ahora que he vuelto a casarme —declaró con rotundidad—. Mi futura esposa me ha amenazado con despellejarme si no vuelvo a casa y es capaz de hacerlo, créeme, así que... Será mejor que aligeres el paso o serás tú el que se enfrente a la ira de una nereida.

—¿Por qué haces esto?

—Porque no quiero ver a mi niña llorar por las esquinas cómo lo ha estado haciendo estos últimos seis meses —replicó con un bufido—. No es sano para un padre ver a tu hija deshaciéndose en lágrimas y lo es mucho menos cuando esa hija es la puñetera Muerte en sí misma, así que... A menos que quieras que te corten las joyas de la corona, *Strategos*, ya puedes empezar a pensar en un plan para librarte del capullo de Hades.

La de vueltas que daba la vida, pensó mirando al hombre que, en otra época, había sido su mano derecha en el campo de batalla, el mismo que ahora estaba dispuesto a volver a combatir junto a él por una sola mujer.

«Mi señora Atenea, si me estáis escuchando, proteged a los insensatos que han servido y sirven bajo vuestro mandato. Yo ya estoy perdido, pero mi esposa necesitará a los suyos cuando todo esto acabe».

No hubo respuesta, nunca la había, pero si había un lugar en el que siempre quedarían las plegarias dirigidas a la diosa, era ese antiguo templo.

CAPÍTULO 19

«*Olimpia*».

La suave voz se coló en su sueño, deslizándose sinuosa en su subconsciente, alertándola con la urgencia que escuchaba en su tono.

«*Olimpia, ha llegado el momento*».

Siguió el sonido y, cómo si se sumergiese en un sueño, se encontró caminando en la oscuridad, sus pies descalzos avanzando a través de un suelo de pulido mármol negro hacia una figura tenuemente iluminada por la luz de una vela.

A medida que avanzaba, la figura iba definiéndose un poco más, revelando el cuerpo de una mujer alta, delgada, vestida de blanco, cuyos pies estaban calzados con unas sandalias doradas con alas que la mantenían unos centímetros por encima del suelo. En su mano derecha llevaba una palmatoria, el pelo largo y suelto le caía sobre los hombros, hasta la altura de los pechos, en un tono rubio tan pálido que podía pasar por blanco, pero fueron sus ojos, de un límpido azul, los que la dejaron sin aliento.

—Madre.

Los pálidos labios se curvaron ligeramente y la delicada cabeza asintió en respuesta, pero no se movió del lugar, manteniendo la distancia.

—Mi pequeña Olimpia. —Ahora pudo escuchar su voz, la cual era como una dulce caricia sobre su piel—. Mi hermosa y dulce, niña.

Esa etérea figura flotó hacia ella, hasta quedar a pocos centímetros de ella, pero no la tocó, en ningún momento hizo ademán de hacerlo.

—No puedo, amor, la muerte no puede encontrar su propia muerte, aún si esta es una tarea eterna que nunca tendrá fin.

Sus palabras no tenían sentido y, al mismo tiempo, lo tenían todo.

—Te tuve en mis brazos el día en que naciste y es un recuerdo que me acompañará durante toda la eternidad —aseguró con una cálida sonrisa. Si bien no podía tocarla, podía sentir la caricia de sus ojos sobre ella—. Así está escrito y así será, la *Muerte de los Dioses* está en tus manos.

—¿Qué quieres decir?

Sus ojos parecieron aclararse un poco, el peplo que a duras penas ocultaba las curvas de su cuerpo se movía como mecido por un aire invisible.

—Los dioses siempre se han creído inmortales, no se dan cuenta de que llegará el momento en que sus vidas se extingan —dijo con voz suave, melodiosa—. Y esa perpetuidad los ha llevado a obrar sin medida en la antigüedad, solo la pérdida de fieles ha evitado que se alcen de nuevo con el poder... Pero esta es la era de los mortales, no de los dioses y así deberá ser durante el resto de la eternidad.

—No entiendo lo que quieres decir, madre.

—Tú naciste para cambiar eso, para recordarle a los poderosos que también pueden caer y dar esperanza a los caídos, prometiéndoles una nueva vida —continuó—. No permitas que los dioses sigan dirigiendo los pasos de aquel que luchó en su nombre, libérale de las cadenas que lo retienen, recupera aquello que te pertenece, sé aquello para lo que naciste...

Sus palabras estaban dirigidas a una única meta, a una única persona, pero, ¿cómo llegar a conseguirlo?

—¿Cómo puedo hacerlo? No soy... no soy una buena diosa, a duras penas estoy aprendiendo lo que soy, lo que puedo llegar a hacer, yo no...

Ladeó la cabeza, levantó la mano libre y la sostuvo en el aire sin tocarla, pero su caricia le llegó igual, sintiéndola en su rostro, arrancándole lágrimas de necesidad.

Quería tocarla, quería abrazarla, ella le había dado la vida y, la quería, siempre la había querido a pesar de su ausencia.

—Mamá...

—Solo escucha a tu corazón, *kóri mou*^[3], tienes la fuerza necesaria para enfrentarte al destino y doblegarlo a tu voluntad —le aseguró con firmeza.

Su corazón. Siempre había intentado guiarse por él, hacer lo que le dictaban sus emociones, pero cada vez era más difícil desoír esa voz en su interior, dejar de sentir el frío que le helaba las venas y apagaba lo que debía sentir.

—Eres la única que puede salir victoriosa de esta batalla, la única que puede liberar a un inocente de su prisión —continuó ella y clavó esa mirada azul en la de ella—. El reino del Inframundo se rige por reglas que no pueden ser quebrantadas, aunque su *Señor* tiende a burlarlas cuando así le conviene.

—¿Quieres decir que Hades ha burlado las reglas para quedarse con el alma de Reaper?

Los labios femeninos se estiraron lentamente.

—Solo un alma que ha pasado al otro lado, puede ser juzgada por el tribunal —declaró con sencillez—. Solo quién sea capaz de pagar al barquero, puede dejar las *Praderas de los*

Condenados y cruzar el río para enfrentarse a los jueces del tribunal, quienes valorarán a dónde deben ser llevadas esas almas.

Normas, leyes, incluso los muertos las tenían.

—Un alma que ha muerto y vuelto a la vida, solo encontrará su camino en la Muerte, porque ella es su destino, la única con la que podrá danzar eternamente —concluyó—. Tú eres esa Muerte, eres su camino, su destino y mientras estéis juntos, no habrá soledad que os aqueje, ni eternidad a la que desafiar con el olvido.

Apretó las manos contra su vientre para impedirle sucumbir a la necesidad de tocarla, de abrazarla, sabiendo que aquello solo propiciaría el desastre.

—Cumple con tu propósito, Olimpia, encuentra lo que has buscado por tanto tiempo —le dijo y su voz, al igual que su silueta empezó a alejarse de ella, cómo si la oscuridad la enguliese por a poco a través de un corredor que se iba extendiendo.

—Madre... ¡Mamá!

Una cálida brisa le acarició el rostro y la arrastró consigo hacia atrás, brindándole una vertiginosa sensación de caída.

«Vive, korítsi mou^[4], vive una larga vida y sabe que siempre estarás presente en mi corazón».

Cerró los ojos y se dejó envolver por sus palabras, por su tibieza. Estaba allí, podía sentirla, si estiraba la mano casi podía tocarla, podía abrazarla...

«Olimpia».

Su voz se hizo más lejana, el tono cambió, pero podía sentirla aún, podía verla, podía...

—Olimpia, despierta...

Luchó por abrir los ojos, por extender la mano hacia ella...

—No... No te vayas —musitó—. Espera, por favor... no...

—*¡Olimpia!*

Abrió los ojos de golpe, los pulmones dejaron de funcionarle y durante una milésima de segundo se quedó sin aire. Entonces respiró de golpe, su corazón empezó a latir a toda velocidad y ladeó la cabeza para encontrarse con la mirada de su tía puesta sobre ella.

Pero no era su tía quien la miraba, era la diosa Niké en toda su vena guerrera.

—¿Qué ocurre?

—Xanthus ha vuelto con Hades. —Sus palabras fueron como un golpe en el estómago, un puñetazo que la despejó por completo—. Va a enfrentarle y eso no puede traer nada bueno consigo, especialmente porque tu padre ha ido con él.

Se incorporó de golpe y se dio cuenta de que estaba sola en la cama, las palabras de su tía le provocaron palpitaciones.

—¿Qué?

—Xanthus. Tu padre. Hades. ¡Fiesta!

—¡Mierda!

—Sí, eso mismo —declaró su tía, entonces la miró e hizo una mueca—. Permíteme.

Al momento acabó vestida de pies a cabeza, su atuendo digno de una antigua diosa griega.

—Así está mejor —admitió, entonces se la quedó mirando unos segundos en silencio—. Ha venido a ti, ¿no es así?

El vivo recuerdo de la presencia de su madre acudió a su memoria y le llenó los ojos de lágrimas.

—Es... es hermosa.

La mujer sonrió y sus propios ojos se empañaron.

—Siento que no hayas podido conocerla antes —admitió y añadió—. Nunca he visto a Celesta amar a alguien, pero sin duda, a ti te ha amado.

Asintió, lo sabía, lo había visto en sus ojos, lo había sentido en sus caricias.

—Ella... Ella me ha dado lo que necesito —admitió secándose las lágrimas al momento—. Sé cómo hacer que Hades me devuelva a Reaper.

—¿Y a qué estamos esperando?

Asintió, respiró profundamente y la miró.

—Dime cómo puedo presentarme en el *Reino del Inframundo* —señaló hacia el suelo—. Ya es hora de que los Dioses tengan una conversación con su Muerte.

CAPÍTULO 20

*Palacio de Hades,
Reino del Inframundo*

Reaper hizo una mueca al ver al perro de tres cabezas durmiendo plácidamente su siesta en lo que parecía la caseta de perro tamaño montaña más hortera que había visto en su vida.

—¿Qué coño es eso?

—Un regalo de la *Reina del Inframundo* para *Cerbero*.

Kratos ladeó la cabeza y frunció el ceño ante el enorme bicho que no se molestaba ni en abrir uno solo de sus ojos.

—¿Lo ha drogado?

Negó con la cabeza.

—No. Simplemente sabe que no es sabio meterse conmigo, la última vez que lo hizo perdió una de sus cabezas —aseguró y continuó adelante.

El pasillo estaba más sombrío que de costumbre, los dos enormes colosos de piedra parecían más silenciosos de lo normal, pero no tardaron en reaccionar, moviéndose al unísono para cortarles el paso.

—¿Quién osa atravesar los dominios de nuestro señor? —La pregunta surgió al mismo tiempo, un fuerte y grave eco emitido por los dos enormes gigantes obsidiana.

—Soy Reaper, *Segador de la Muerte* y traigo conmigo a Kratos, *Señor de la Fuerza*.

Como si fueran uno solo, los dos colosos se retiraron a sus puestos, flanqueando de nuevo la delicada y hermosa puerta que se alzaba ante él.

—Interesante sistema de seguridad el que se ha montado aquí abajo.

Se limitó a mirarle de soslayo antes de posar su mirada en la delicada puerta de madera blanca y ver ese delicado y dulce rostro apareciendo sobre ella.

«¿Qué buscas en el otro lado, *Segador*?».

Extendió la mano y la posó con suavidad sobre la lisa piedra, permitiéndole que leyese la verdad en sus palabras y quién sabía si algo más.

—Al señor de sus dominios —replicó contemplando ese pálido y triste rostro—. Deseo tener una audiencia con él.

Los vacíos ojos se desviaron entonces hacia su acompañante.

—Soy Kratos y estoy aquí para escoltar a Xanthus.

Escuchar su verdadero nombre en labios del guerrero le provocó una punzada de nostalgia.

Esos ojos sondearon a su compañero un segundo antes de escuchar como la puerta cedía, abriéndose.

—Estás a tiempo de dar media vuelta —le informó, mirándole de soslayo.

—¿Y perderme la diversión? —chasqueó la lengua y avanzó a su lado, recorriendo con la mirada las enormes columnas blancas que flanqueaban el corredor que conducía a la sala del trono.

Reaper notó que algo iba mal en cuanto vio el trono vacío, el silencio de la sala era ensordecedor, no había gritos de condenados, ni risas de los que iban camino a los *Campos Elíseos*, todo lo que se escuchaba era el crepitar de las llamas de los pebeteros que iluminaban la estancia.

—*¡Ad el castillo!* —Alzó la voz—. *Papi, ¡he vueltoooo!*

Sabía que había sonado un pelín peliculero, pero hacía tiempo que había perdido su sentido de auto conservación. Pese a ello, el silencio se mantuvo, un silencio absoluto que hizo que le subiese un escalofrío por la columna.

—¿Hola? Jefe, vengo a presentar mi dimisión —exclamó, esperando que de un momento a otro lo fulminase un rayo o apareciese algún esbirro demoníaco para hacerle callar.

—Has perdido la cabeza por completo —escuchó mascullar a Kratos, quién se mantenía atento a cualquier posible ataque.

—Pasa unas vacaciones en este lugar y luego me cuentas si eres capaz de mantener la cordura —replicó en voz baja.

El silencio empezaba a ponerlo nervioso.

—Hades, no tengo todo el día para...

No pudo ni terminar la frase, pues la espalda empezó a dolerle como si se la estuviesen abriendo a base de latigazos. Cayó hacia delante, jadeando de dolor y sintiendo al mismo la sangre resbalando de su carne abierta.

—Joder —siseó, escupiendo al suelo la sangre que había inundado su boca después de haberse mordido el interior—. Si llego a saber que estabas de tan buen humor, habría venido antes.

—Serás gilipollas...

Sí, sin duda lo era y también un suicida, pensó tras escuchar el siseo de su acompañante. No había otra explicación para que soltase tales perlas cuando el *Dios del Inframundo* estaba de pie

en medio de la sala y con un humor que era mejor evitar por su alta tasa de mortandad.

—Llegas en el mejor de los momentos, Reaper —declaró. Podía ver las puntas de sus botas a medida que caminaba hacia él, incluso en sus pisadas se palpaba la nobleza, el atractivo y el aura de supremo poder que envolvía al ser ante el que comparecía—. Y con compañía, además. Hacía tiempo que no se cruzaban nuestros caminos, Kratos.

—No sueles confraternizar mucho con los de arriba, Hades.

La sombra que pasó por el rostro del Dios era una promesa mortal, una que su compañero ignoró completamente.

—¿Qué te ha traído hasta mis dominios?

—Él.

Su mirada se posó entonces sobre su persona y el peso de su poder hizo que le fuese imposible levantarse del suelo. Al dios le gustaba tener a todo el mundo de rodillas y mostrándole pleitesía o lo que era lo mismo, que le tenían un miedo de cojones.

—¿Traes un invitado sin pedirme permiso o avisarme primero, recolector?

—Se ha presentado solito, *mi señor*, no ha sido cosa mía.

Su respuesta fue mirarle y posar la mirada más allá de ellos, frunciendo al mismo tiempo el ceño.

—Pero no fue él a quién te pedí que trajeses.

No, no lo era, pero su encargo estaba fuera de discusión, jamás traería a Olimpia a ese lugar; antes muerto.

—*Mi esposa* no tiene cabida en este lugar.

Sabía que estaba firmando su propia sentencia con esas palabras, pero Olimpia era suya y no había otra manera en la que pudiese referirse a ella sin ofenderla.

Kratos le dedicó un ligero asentimiento, aprobando su elección de palabras.

—*Tu esposa* pertenece a este reino —replicó Hades, haciendo un burlón hincapié en la palabra «esposa»—. Olimpia es la puerta al otro lado, capaz de abrir el paso hacia los *Campos Elíseos* o hacia el Tártaro si esa es su elección... Es la *Muerte* en sí misma, una cuya fortaleza no tiene parangón... Es una diosa de pleno derecho y tú... tú no eres más que un mortal caído en desgracia.

Un latigazo de luz le atravesó la espalda, enviándolo por completo al suelo, abriendo nuevas heridas a través del cuero de su chaqueta.

—Y como *Diosa de la Muerte*, debe prestar sus servicios al *Reino de los Muertos*.

El dolor era tan ardiente que le llevó un momento encontrar de nuevo la respiración. Se obligó a apretar los dientes, apoyó las palmas sobre el frío y prístino suelo de mármol negro y se incorporó hasta quedar sentado sobre sus talones.

—No —declaró con fiereza, clavó los ojos sobre él y negó con firmeza—. Ella pertenece a

la luz, no a la oscuridad.

El rostro del Dios se afiló al punto de ver prácticamente su calavera a través de la piel.

—¿Se ha instaurado hoy el día de *Jode con Hades* y he matado al mensajero antes de dejarle emitir su mensaje?

Había verdadero fastidio en su voz, estaba claro que no le gustaba que se le llevase la contraria.

—Yo diría que el muchacho ha sido muy claro, Hades —declaró Kratos, a quién parecía traerle sin cuidado si lo convertían en pincho moruno allí mismo—. Olimpia no pondrá un pie aquí abajo y mucho menos para hacerte de recadera.

Los ojos del Dios se encendieron.

—No tienes autoridad en este lugar, *Fuerza*.

El aludido se limitó a encogerse de hombros.

—Y tú no la tienes sobre otros dioses —le soltó como si tal cosa—. Y mi hija, no solo es una Diosa, es nieta de *Titanes*... cuya primera generación, debes conocer bien, ya que tengo oído que llevan dándote dolor de cabeza desde que los encerrasteis en el Tártaro.

Los escritos decían que los Dioses Olímpicos habían vencido a los Titanes, engañándolos y encerrándolos en el Tártaro, pero muy pocos sabían que el Tártaro había sido creado precisamente por ellos, como un elemento de balanza entre el bien y el mal... Y, tal y cómo acababa de decir Kratos, no eran precisamente vecinos ejemplares.

—Si el Padre Zeus no la ha reclamado a sus filas, ¿qué te hace pensar que ella querrá unirse a las tuyas?

Una petulante sonrisa le curvó los labios.

—Que su *marido* pasará el resto de la eternidad en el Tártaro si no lo hace...

—No puedes... —empezó Kratos.

—Sí, por supuesto que puedo —declaró y lo señaló—. Él me pertenece, me ha pertenecido desde el momento en que puso un pie en mi territorio y aceptó mis reglas.

Sus ojos brillaron, adquiriendo ese tono rojizo que prometía muerte y desmembramientos a la carta.

—Le ofrecí una salida a su actual situación y la aceptó —declaró con fingida seriedad.

—Si llamas situación al hecho de que me encerrases y torturases por el mero placer de hacerlo sin permitirme comparecer ante el juicio del *Tribunal de las Almas*, sí, podríamos decir que sí —declaró Reaper, pronunciando cada palabra con mucho cuidado—. Fue *Niké* quién me atravesó con una espada y *Tánatos* quién me trajo hasta la orilla del *Estigia*, fue *Celesta* la que retuvo mi alma antes de abandonar por completo la vida y me condenó a vagar entre dos mundos y fuiste tú quién me encerró y torturó hasta que no me quedó otra salida que aceptar tu propuesta...

—No hubo un juicio —declaró Kratos con voz fuerte, contundente, evidenciando una falta

en el reinado de Hades.

—No, no lo hubo —declaró él, confirmando las palabras de su camarada.

—En ese caso, exijo que se lleve a cabo el *Juicio de Radamante*.

La sala pareció quedarse sorprendentemente silenciosa tras escuchar aquella voz, los tres se volvieron al unísono y Reaper hizo un verdadero esfuerzo por ponerse en pie al verla.

—Olimpia —jadeó al verla. Sacudió la cabeza y se volvió hacia Niké, quién la acompañaba—. ¿Qué has hecho? ¡Llévatela! ¡Sácala de aquí!

—¡No!

Su voz resonó con el toque de una campana de difuntos en la sala, sus ojos azules brillaban con un aura sobrenatural y su pelo rubio caía en una cascada sobre su espalda, brillando con un halo fantasmal. La mujer que se enfrentaba a ellos no era una mortal, era una diosa y estaba bastante cabreada.

—Exijo el juicio del *Tribunal del Hades* —insistió avanzando hacia ellos, deteniéndose delante del Dios, el cual le sacaba una buena cabeza y la doblaba en envergadura—. Toda alma que llega al Inframundo debe ser juzgada de modo que pueda recorrer uno de los tres caminos, es la ley.

El dios apretó los dientes, pero levantó la cabeza y la miró como si no fuese otra cosa que un insecto.

—¿Qué sabrá una pequeña diosa criada entre humanos sobre las leyes del Hades?

Ladeó la cabeza de esa manera que solía hacerlo y su voz sonó demasiado dulce al responder.

—¿Qué sabe un viejo dios sobre la *Muerte de los Dioses*? —replicó y, Reaper no pudo evitar sorprenderse al ver la palidez que de repente embargaba el rostro del dios.

—No, no es posible que tú... —murmuró el dios y sacudió la cabeza, dando un paso atrás y mirándola como si la puerta de los Titanes se hubiese abierto y estos hubiesen escapado dispuestos a cobrar venganza.

—Soy hija de la *Buena Muerte* y de la *Fuerza*, sobrina de Tánatos, *Dios de la Muerte* y de Niké, *Diosa de la Victoria* y nieta de los titanes Palas y Stigia —enumeró con un ligero encogimiento de hombros—. Nací para salvar a los humanos de las egoístas decisiones de los dioses y decirles que su *Muerte* ya está aquí.

Levantó ligeramente la cabeza y enderezó la espalda de modo que pareció un poquito más alta y, sobre todo, más regia.

—Decide, Hades, el *Tribunal* para *mi marido* o... la *Muerte de los Dioses* eligiendo el *Inframundo* como lugar vacacional.

—No puedes matar a los dioses, su muerte traería una ruptura en el equilibrio del universo...

—¿Tú crees? —replicó llevándose un dedo al mentón con gesto pensativo—. Según yo lo veo, la humanidad prácticamente se ha olvidado de vosotros, sois... Anotaciones en viejos pergaminos, historias que intentan explicar el nacimiento de una antigua cultura y, o sí, un reclamo turístico brutal... Pero, más allá... ¿qué sois?

Chasqueó la lengua y agitó un dedo delante de su rostro.

—Como muy bien has dicho, me crie como una mortal y puedo decirte, sin lugar a equivocarme, que les dan exactamente igual los dioses de la antigüedad.

—Perra...

Su insulto hizo que se recurriese a sus últimas fuerzas y se pusiese de pie.

—No... te atrevas... a insultarla...

Al escuchar su voz, Olimpia se giró y la mirada en su rostro cambió automáticamente a una de horror y preocupación.

—Por todo lo sagrado, ¿qué te ha hecho? —jadeó ella y, un segundo después estaba a su lado, sujetándolo con su menudo cuerpo, permitiéndole que se apoyase en él a pesar de la sangre—. Estás sangrando, esto es sangre...

—Shh, estoy bien.

No le creyó, no solo eso, sino que la diosa en su interior salió a la superficie y cada uno de los presentes sintió por primera vez lo que significaba la muerte para un inmortal.

—¡Exijo el juicio, Hades! ¡Ya!

El Dios clavó su ardiente mirada llena de odio en él, sabía que había perdido, que no podía negarse a una petición de un igual, sobre todo cuando dicha diosa podía matarlo con solo un chasquido de los dedos.

—Que se convoque el juicio —siseó, obviamente nada complacido con todo aquello.

CAPÍTULO 21

Plaza del Tribunal, Reino del Inframundo

Para la mayoría de las personas, el infierno no era sino una metáfora, una manera de englobar todo el mal, toda la corrupción y la desesperanza que existía en la humanidad, muy pocos entendían que el reino de los muertos era mucho más que eso.

No sabía si se debía a su capacidad para sentir la muerte, para ser consciente de todos aquellos que quedaban atrás o a las enseñanzas y la educación que había recibido de su padre y su tía que hacía que su visión de Hades fuese mucho más allá del concepto infernal.

El *Inframundo* era un territorio basto, dividido en varios reinos sobre los que gobernaba Hades, pero no era el que tenía la última palabra sobre las almas que llegaban hasta allí.

Las *Islas de los Bienaventurados*, los *Campos Elíseos*, el *Territorio de los Muertos*, los *Prados Asfódelos*, el foso del *Tártaro*, los cinco ríos del Hades... Ahí abajo había un lugar para los héroes, para las personas de bien, para aquellos que ni siquiera habían destacado, pero no habían cometido crimen alguno y para los criminales, almas que debían enfrentarse al tribunal o vagar eternamente por los *Prados Asfódelos* hasta que algún familiar o amigo le entregase la moneda con la que poder pagar al barquero.

Olimpia miró a su amante, Niké había empezado a atender sus heridas, unas provocadas por la necesidad de control de un imbécil con el ego desproporcionado, uno al que acababa de hacer frente.

—Olimpia, estoy bien, puedes dejar de fruncir el ceño de esa manera.

Negó con la cabeza, su pelo voló en todas direcciones, pero fue incapaz de decir una sola palabra. Tenía miedo de hacerlo, temía qué, en el momento en que abriese la boca, no podría detenerse y acabaría llorando por lo que le habían hecho.

Los dioses habían jugado con su vida, lo habían abandonado sin más en la orilla de los *Prados de los Condenados* sin una maldita moneda y su propia madre le había impedido morir, poniéndole al momento en la mira de Hades.

A muchos niveles, su familia era la culpable de todo aquello.

—Lo que te hicieron, de lo que te privaron... —apretó los labios una vez más y sacudió la cabeza—. Fue injusto... no tenían derecho...

Su respuesta fue tenderle la mano y no dudó, a pesar de todo lo que había dicho, de todo lo que había hecho, estaba aterrada, se había limitado a dejarse llevar por la adrenalina y ahora que se le había apagado... se sentía como una niña pequeña aterrada y sin saber cómo proceder.

La envolvió con los brazos y la besó en la cabeza.

—Estoy aquí, estoy bien...

—Y una mierda que lo estás —protestó ahogando las palabras contra su pecho—. Estás sangrando, tu espalda...

—He pasado por cosas peores.

Sus palabras no fueron un consuelo, al contrario, no hicieron otra cosa que aumentar su rencor hacia el maldito dios que le había hecho eso.

—No puede hacerlo, debiste exigir...

—Las cosas aquí abajo no funcionan de una manera... lógica, especialmente cuando son los propios dioses los que propician el que llegues aquí.

—¿Desde cuándo se premia a los dioses por joderle la vida a alguien inocente? —protestó—. Mi padre y mi tía me lo contaron, me dijeron lo que pasó... Fue un estúpido juego entre dos deidades para ver quién meaba más lejos. Os utilizaron a ti y a los tuyos, te engañaron, no fuiste el culpable de lo sucedido y sin embargo te culparon por ello —resumió—. ¿Qué clase de justicia es esa? Los que tenían que estar aquí abajo son Atenea y Ares, no tú.

—Olimpia, cuida tus palabras —la reprendió Niké—. Este no es un buen lugar para mentar a otros dioses, no a menos que quieras cabrear aún más a Hades.

—Me importa una mierda lo que ese hijo de puta piense al respecto —siseó, dejando salir de nuevo a la diosa que llevaba dentro—. Si vuelve a poner una sola mano sobre *mi marido*, lo m...

No pudo terminar la frase ya que Reaper le tapó la boca con la mano y negó con la cabeza.

—No, pequeña diosa, tú voz puede ser ley aquí abajo y no queremos tener que vernos con el resto de los Olímpicos cuando este lugar se vaya al garete.

Resopló bajo su mano, pero asintió conforme.

—Te dije que no vinieses —le dijo él retirando su mano y se giró a Niké—. ¿Por qué la has traído?

—Porque es dónde debe estar —le aseguró e hizo algo en su espalda que provocó que él jadease y apretase los dientes con fuerza.

—Niké, por favor, ya lo han torturado bastante, no contribuyas al trabajo —pidió pasando del enfado a la preocupación en dos segundos.

Dios, se estaba volviendo bipolar, ese lugar estaba sacando todo tipo de emociones de su interior y algunas de ellas, hacían que se sintiese de nuevo eso frío helador en las venas.

—Debes controlar tus emociones, cariño, no quisiera que dejases frito a alguien por un subidón —le dijo y palmeó el hombro de Reaper—. He cerrado las heridas, terminarás de curarte con el tiempo.

—Gracias.

Dicho eso se volvió de nuevo hacia ella y la miró detenidamente.

—Me gusta tu nuevo look.

Se sonrojó ante su inesperado comentario y se esforzó por dar una respuesta digna.

—Debía causar una impresión adecuada —respondió con un carraspeo—. Y creo que lo he logrado.

—Créeme, casi se lo hace en los pantalones —comentó Niké, quien cruzaba la sala para reunirse con Kratos, que acababa de aparecer en el umbral de la entrada principal.

Su padre se había ausentado casi al mismo tiempo que Hades, no habían sido más que unos pocos minutos, pero a juzgar por la expresión de su rostro, había sido suficiente para encabronarlo.

—Xanthus, el tribunal ha aceptado revisar tu caso.

Él asintió y se puso en pie, no sin dificultad, estaba claro que le tiraban las heridas de la espalda.

—En ese caso, no les hagamos esperar —replicó y se giró hacia ella—. No volveré a dejarte, te lo juro.

Le cogió la mano y se la apretó.

—Te lo recordaré cuando pienses en volver a hacer algo estúpido.

El beso que recibió en respuesta fue suficiente para infundirle valor.

«Has llegado hasta aquí, Olimpia, ya solo puedes seguir adelante».

CAPÍTULO 22

Había cosas que una nunca esperaba encontrarse en su vida y esta debía ser sin duda la primera en su lista, pues, ¿quién podría imaginarse siquiera la posibilidad de terminar en el Inframundo griego y asistir a una vista del Tribunal de las Almas?

Olimpia miró a los tres hombres que aguardaban de pie en una amplia plaza, cada uno de ellos representaba a un gran rey de la antigua Grecia, convertidos en jueces de las almas por su honestidad, generosidad y sentido de la justicia.

Minos, *rey de Creta*, Éaco, *rey de Egina* y Radamantis, el *hermano de Minos*. Se decía que mientras Éaco juzgaba a los occidentales y Radamantis a los orientales, Minos emitía el voto decisivo que debía enviar a las almas juzgadas a su morada final.

—Xanthus de Grecia, se ha puesto en conocimiento de este tribunal que exiges el veredicto para tu sentencia.

Reaper apretó su mano y avanzó.

—Mi señor, todo lo que pido es que mi alma sea juzgada apropiadamente —pidió con humildad—. Dejo en manos del tribunal el destino que me corresponda y lo acataré como tal.

—¿Eres tú quién lo ha conducido hasta aquí, *Diosa de la Muerte Final*?

Parpadeó al escuchar la voz del rey de Creta en su cabeza, como si le hubiese ha ido mente a mente. Los ojos del hombre estaban sobre ella, limpios, carentes de expresión, esperando una respuesta.

Casi podía jurar que era capaz de ver a través de ella, ver quién era en realidad, lo que había sido y lo que sin duda sería algún día.

—Soy quien lo acompañará en esta vida y en todas las demás —pronunció entonces en voz alta—. Su alma irá de mi mano y la mía de la suya, por toda la eternidad.

El hombre miró entonces a sus acompañantes, con quien parecía intercambiar impresiones en alguna especie de código.

—Hades, *Señor del Inframundo*, ¿cuáles son las pruebas que queréis presentar ante este tribunal?

La mención de su nombre hizo que ambos se giraran en el momento en que el dios hizo su

entrada triunfal en la plaza.

—Mis señores jueces, comparezco ante el tribunal para reclamar mi derecho como soberano del mundo de los muertos sobre un alma que quebrantó las reglas y abandonó los *Prados Asfódelos* sin pagar su diezmo al barquero.

De nuevo se miraron entre ellos, comunicándose silenciosamente.

—Reclamó su alma como mi posesión y su servicio como pago por su transgresión — insistió, echando una furtiva mirada en su dirección—. Y reclamo también el servicio de la *Diosa de la Muerte Final* para el *Inframundo*, como una de las mensajeras que es.

Apretó los dientes y habría ido a por él si Reaper no le hubiese apretado la mano en ese momento.

—No pertenezco al *Inframundo*, como tampoco pertenezco al *Olimpo* a pesar de llevar su nombre —replicó mucho más serena de lo que pensaba que estaría—. No puedo ser reclamada cuando ya lo he sido. Solo respondo ante un dueño, ante el alma que está siendo aquí juzgada, porque la suya complementa la mía desde el mismo momento en que fue arrancada de las garras de la Parca y traída a la vida.

Sus palabras parecieron llamar de nuevo la atención de los jueces, que clavaron su mirada en ella al unísono.

Que la juzgaran sin así debía ser, pero no permitiría que su amante siguiese por más tiempo en las manos de Hades.

«Solo un alma que ha pasado al otro lado puede ser juzgada por el tribunal».

La voz de su madre volvió a resonar en su mente, sus palabras una verdad tan a la vista que todos la habían pasado por alto.

«Un alma que ha muerto y vuelto a la vida, solo encontrará su camino en la Muerte, porque ella es su destino, la única con la que podrá danzar eternamente».

Se aferró a la mano que sostenía la suya, respiró profundamente.

—Yo...

—Esta alma no pertenece al *Inframundo*, no pertenece al mundo de los muertos, porque le pertenece a la mismísima muerte. —La voz de Éaco resonó en la solitaria plaza, sus ojos se clavaron en ella y finalmente en Hades—. No puede ser juzgada, su lugar no está aquí, ni allí, su voluntad no obedece a nadie más que a la Parca. Y ella es quién decide sobre el destino de los Dioses, por lo que no puede ser atada a un solo lugar. La Diosa Olimpia pertenece tanto al *Inframundo*, como al *Monte Olimpo* y al *Mundo de los Mortales*, ella es el final de todo y el principio, su palabra es ley...

—¡No! —Se adelantó Hades—. Pertenece al *Inframundo*, exijo su reclamo...

—No me reclamarás —musitó en voz baja, su cuerpo acusó la frialdad en sus propias palabras, el eco de la diosa en ellas, pero no se detuvo, no estaban ni su padre ni su tía para

detenerla—. Ningún dios vivo o muerto me reclamará jamás, pues mi voluntad es solo mía, llevaré el final sobre todo el que desafíe mis privilegios, que niegue mis palabras y solo responderé a aquel para el que he nacido, por quién viviré y moriré las veces que haga falta para permanecer siempre a su lado.

Cerró los ojos tan solo un segundo y cuando volvió a abrirlos, el mundo parecía otro, mucho más claro, todo parecía más intenso y allí donde posaba la mirada, veía la vida que esperaba a ser vivida, la que había quedado atrás y el manto de olvido que antes o después lo cubriría todo.

—Soy la melodía del olvido, los pasos y giros de la vida, el compás que acompaña cada respiración hasta el último aliento, quien decide cuándo empezar y cuándo terminar, soy aquello que no se ve y lo que siempre estará desde el inicio hasta el final de los tiempos. Quien tome mi mano, sabrá lo que significa bailar con la Muerte por toda la eternidad —concluyó y bajó la mirada hacia la mano que sostenía la suya con fuerza.

—Hay bailes por los que merece la pena morir —murmuró Reaper y se llevó su mano a los labios—. Y tú siempre serás mi último vals.

Asintió lentamente y se giró hacia él.

—Que así sea.

Al mismo tiempo que pronunciaba esas palabras, el destino se asentaba sobre ambos con la fuerza de un trueno que llegó acompañado de la ira de un Dios derrotado en su propio territorio.

—De todas las deidades existentes tú eres la única que tiene poder para acabar con los de su propia clase —declaró mirándola a los ojos—. Cuida tus palabras a partir de ahora, pequeña diosa, o un día serás tú misma la que lamente haberlas pronunciado.

Clavó su mirada en él, pero no dijo nada, no podía, pues debajo de toda esa rabia en los ojos del dios, también encontró el peso de la soledad.

—En cuanto a ti. —Se volvió hacia Reaper—. Te devuelvo tu nombre, quedas libre de mi servicio, pero nadie podrá librarte de la marca de la muerte que te impusieron los dioses al traerte de vuelta. Seguirás viviendo en un limbo, no serás parte de un mundo, ni parte del otro. Al final, los dioses a los que serviste te entregaron un castigo mucho peor del que encontrarías jamás por mi mano.

Antes de que pudiese responder, el tribunal emitió su veredicto.

—Xanthus de Grecia, tu alma no pertenece a este reino, ni tampoco al de los dioses, debes volver al mundo de los mortales y continuar allí tu eterna penitencia —sentenciaron—. Tu destino está en manos de la Muerte, ella será tu camino durante toda la eternidad.

Una mano anciana levantó un típico mazo de juez y lo hizo resonar como el estrépito de un cañonazo. No bien lo levantó de nuevo, el mundo a su alrededor se desvaneció y ambos se encontraron, junto a Niké y su padre, Kratos, a los pies del Partenón, donde una hermosa mujer morena que emulaba la efigie esculpida en las estatuas los recibió.

—Mi señora Atenea...

La voz de Reaper dio nombre a la diosa que permanecía ante ellos.

—*Xanthus de Grecia*, bienvenido de nuevo a la vida.

EPÍLOGO

Dos semanas después...

Atenas

—¿Hay alguna forma de evitar que cada dios del Olimpo venga de visita?

Reaper la miró desde su posición en la cama, tendido de espaldas y con las manos detrás de la cabeza. Sonrió ante el tono irónico en la voz de su mujer, era un milagro que su pequeña diosa no hubiese cerrado la puerta en las narices a sus indeseados visitantes.

El resultado del juicio en el *Inframundo* había corrido como la pólvora entre los *Olimpicos*, no era usual que a Hades le pateasen el culo y todos sentían curiosidad por conocer a la diosa que lo había hecho posible, así como también querían asegurarse que clase de mujer era la que se había revelado como la *Muerte Final* para los dioses.

—Puedes darle con la puerta en las narices cada vez que llamen —le dijo y sonrió para sí—. O venderles todas las empanadas y el pan que tengas a mano, al menos de ese modo le sacarás provecho a las visitas.

—¿Qué crees que he estado haciendo durante toda la semana?

Se rió. Habían empezado a acosarla incluso en su lugar de trabajo, algo que había tomado como una injerencia insoportable y que acabó convirtiendo en un beneficio obligándoles a comprar sus empanadas.

Al final había optado por dejar de ir al obrador durante esa semana y lo había dejado todo en manos de su empleado.

—Empiezo a plantearme el amenazar con una muerte lenta a cualquiera que llame a nuestra puerta en los próximos días si así podemos tener un poco de privacidad —declaró subiéndose a la cama y acurrucándose contra él.

El tenerla así, cerca de él, era como un bálsamo para sus innumerables cicatrices, aún ahora, casi un mes después del perdonarse ante el tribunal, le asombraba la fuerza interior que

tenía, el compromiso que había adquirido con él y lo fácil que resultaba quererla. Porque la quería, con cada día que pasaba, con cada nueva cosa que aprendía sobre ella, se enamoraba un poco más.

Olimpia era su otra mitad y no podía imaginarse el futuro sin ella a su lado.

—Y lo hago extensible a mi padre y a mi tía —aclaró con un mohín—. Ellos deberían dar ejemplo, pero, ¿lo hacen? No.

Dejó escapar un profundo suspiro y se giró para mirarle.

—¿Has vuelto a verla?

No. No había vuelto a verla desde el momento en que se vieron trasladados al Partenón, pero esa inesperada reunión había sido suficiente para él.

La *Diosa de la Sabiduría y la Guerra* había mostrado abiertamente su felicidad al verle libre de una cadena de acontecimientos, había dicho, que habían comenzado por su falta de visión. La diosa se había mostrado contrista y arrepentida, le había pedido perdón por todo lo ocurrido y prometió reparar los errores del pasado, aún si para él esa reparación llegaba demasiado tarde.

Había sido la mano de Olimpia, todavía enlazada en la suya, la que le hizo recordar algo importante; si no hubiese ocurrido todo aquello, ahora no la tendría junto a él.

Curiosamente, el haber visto de nuevo a Atenea y tener la oportunidad de dar voz a la injusticia cometida por medio de su verdad, le había permitido sacarse esa última espina que siempre había tenido clavada.

No guardaba rencor a la diosa, por el contrario, estar de nuevo ante ella le hizo recordar la clase de hombre que había sido y quien quería ser a partir de ahora.

—Por primera vez en... una eternidad, puedo pensar en ella como lo hice antaño —respondió a su compañera—. Y eso me da paz. No necesito verla, sé que si llego a necesitarla, acudiré a mí.

—Lo hará —murmuró abrazándole—. Algo me dice que lo hará sin dudar.

Bajó los brazos y la atrajo hacia él, disfrutando de su contacto.

—No puedo creer que hayas hecho algo tan temerario como ir a buscarme ahí abajo.

Se incorporó y lo miró con expresión irónica.

—¿Ahora yo soy la temeraria? —replicó con un bufido—. Perdona, pero, ¿quién fue el idiota que decidió volver con su carcelero para alejarlo de mí?

—¿Y quién fue la inconsciente que se presentó en el Hades sin pararse a pensar en el peligro que corría?

—De acuerdo, tú eres idiota y yo soy inconsciente —declaró ella con un resoplido—. Tenlo presente, porque si vuelves a cometer otra estupidez como esa, yo iré detrás para patearte el culo y traerte de vuelta.

Se rió y bajó sobre ella, capturando su boca en un suave beso.

—Mi dulce panadera, mi diosa, mi amor —le acarició la nariz—. Mía en la vida y en la muerte, mía por toda la eternidad.

—Tuya, mi amado *Strategos*, tuya siempre.

FIN

^[1] Hijas de Eris, diosa de la discordia, eran las personificaciones de los combates y las disputas.

^[2] *Amor mío* en griego.

^[3] Hija mía en griego.

^[4] *Mi niña* en griego